

IX CERTAMEN

Creadores por la Libertad y la Paz

Fundación contra el Terrorismo
y la Violencia Alberto Jiménez-Becerril





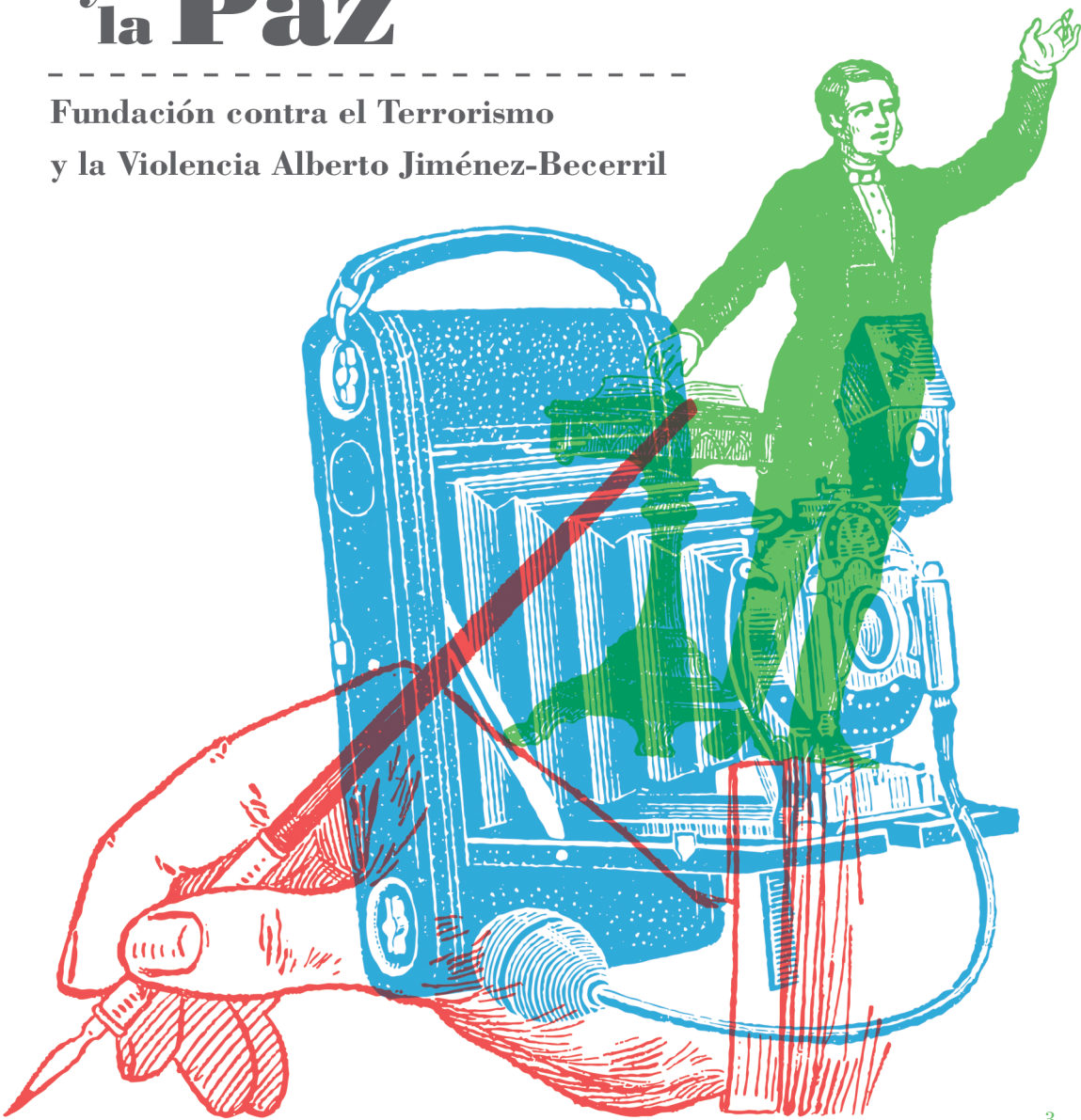
Fundación

Alberto
Jiménez-
Becerril

IX CERTAMEN

Creadores por la Libertad y la Paz

Fundación contra el Terrorismo
y la Violencia Alberto Jiménez-Becerril



Dirección y coordinación:

Fundación contra el Terrorismo y la Violencia Alberto Jiménez–Becerril

Fotografías:

Raúl Vaquero

Diseño y maquetación:

Ricardo Barquín Molero

Copyright de la presente edición:

Fundación Alberto Jiménez–Becerril

Diciembre de 2015.

Fundación contra el Terrorismo y la Violencia Alberto Jiménez–Becerril:

Calle Recaredo, nº. 4, entreplanta, 41003, Sevilla

Tel.: 955 471 590 – Fax: 955 471 595

Email: fundacionalbertojimenez-becerril@sevilla.org

Web: www.fundacionalbertojimenez-becerril.org

Depósito Legal:

SE 377-2016

Imprime:

Coria Gráfica

Índice

- 07 Texto de la presidenta de la Fundación, D.^a Teresa Jiménez-Becerril Barrio
- 11 Composición de los jurados
- 12 Fallo de los jurados
- 13 Fotografías de los jurados
- 17 Narrativa: D. Luis Miguel Moreno Carmenado y D. Jesús Balbuena Blanco, «Héroes de papel», primer premio
- 105 Fotografía: D. Ignacio Pérez Crespo, «Tamuke», primer premio
- 115 Poesía: D.^a Antonia Álvarez Álvarez, «Fiat pax», primer premio
- 127 Poesía: D. Antonio San Miguel Roldán, «Minúsculos desastres», accésit
- 155 La Fundación

*«No hay más paz que la que nace de la justicia
y no hay otra libertad que la que nace de la verdad».*

No hay paz ni libertad sin justicia

Es para mí un enorme orgullo presidir la Fundación que lleva el nombre de mi hermano Alberto Jiménez-Becerril, asesinado junto a su esposa Ascensión García en 1998 por la organización terrorista ETA, en su amada ciudad de Sevilla donde era teniente alcalde.

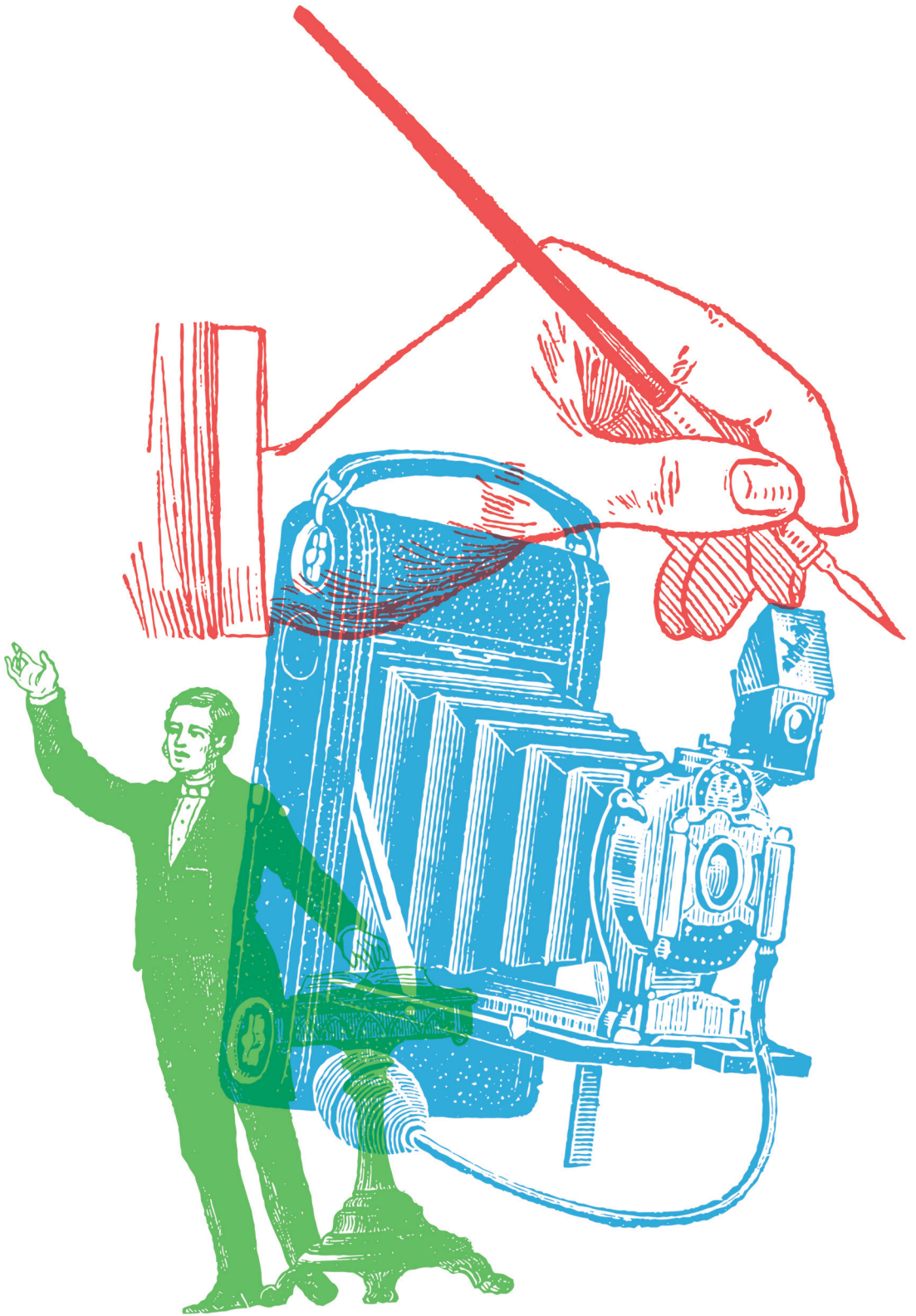
Pasa el tiempo y aunque el dolor se acomoda en nuestros corazones, ansiosos de paz, sabemos que la paz verdadera solo puede nacer de la Justicia. Lo demás es palabrería, deseos huecos o ganas de pasar página, algo apenas posible en nuestra conciencia ya que la última página sobre esta trágica historia del terrorismo etarra –donde solo hubo inocentes que morían y verdugos que asesinaban en nombre de un trozo de tierra o de no se sabe qué ideales mezquinos–, no puede ser escrita sino con la tinta de la verdad. Y esa verdad que nos obliga a recordar, aun sin quererlo, nos ayuda a construir la memoria colectiva de quienes pagaron el precio más alto: las víctimas, esos hijos, padres, madres, hermanos, hermanas, esposos, amigos y, en el fondo, el conjunto de la sociedad española que durante más de cincuenta años fue víctima de ETA. El terrorismo mata a unos para aterrorizar a todos. Cualquiera puede ser una víctima. Su gran perversión es atentar contra nuestro valor más sagrado: el de vivir, y asimismo atentar contra otro de los más fundamentales derechos: el de vivir en libertad.

Estos Premios, nacidos de las hermosas palabras «paz» y «libertad», persiguen, al igual que nuestra Fundación, mantener vivo el recuerdo de Alberto y de Ascen, y las ideas por las que ellos murieron: nuestra libertad, nuestra democracia y España. Todo lo que hagamos por fomentar los valores y derechos fundamentales en los que ellos creían, será nuestro mejor tributo a su memoria y asentarán esa libertad y paz sin las que no merece la pena vivir. Vuestras creaciones en forma de poesías, fotografías o novelas son instrumentos para alcanzar esa libertad que no se doblega, esa paz que no se vende y esa dignidad que es el faro de todos los que trabajamos por los derechos de las víctimas del terrorismo. Los testimonios son necesarios, porque donde ellos no están, habita el olvido, recordando el verso de Luis Cernuda. No queramos nunca que nuestro olvido permita que esa página en blanco la escriban quienes han hecho del odio, de la mentira y de la violencia más cruel, su ideario, intentando al mismo tiempo que quienes deban juzgarlo no consigan distinguir entre el bien y el mal. ¡No, eso nunca!

Quienes amamos la libertad y la verdad por encima de todo no vamos a permitir que eso ocurra. Nosotros sabemos quiénes son nuestros héroes. Personas valientes, sencillas, que amaban la vida, como Alberto, como Ascen, ellos son nuestro ejemplo, ellos nos inspiran, porque ellos representan la verdadera paz y la más auténtica libertad. Esa que siempre será premiada.

Teresa Jiménez-Becerril Barrio

Presidenta de la Fundación contra el Terrorismo y la Violencia Alberto Jiménez-Becerril



Composición de los jurados

Presidenta:

D.ª Teresa Jiménez-Becerril Barrio, presidenta del Patronato de la Fundación

Vicepresidente:

D. Jesús de la Lama Lamamié de Clairac, director gerente de la Fundación

Secretaria:

D.ª Antonia Román Falcón, responsable de Administración de la Fundación

Vocales Narrativa:

D. Antonio Rodríguez Almodóvar

D.ª Rosario Fernández Cotta

D.ª Pilar Ostos Salcedo

D. José Lufs Aguinaga Saenz

D. José Lufs Castro Lombilla

Vocales Poesía:

D. Jacobo Cortines Torres

D. Francisco Vélez Nieto

D. Manuel Senra

D.ª Raquel Rico Linaje

D.ª Manuela Domínguez Palomino

Vocales Fotografía:

D. José Álvarez Marcos

D. José Morón Borrego

D. Alberto Rojas Mazas

D. Raúl Vaquero Vicente

D. Antonio Jesús Pérez Gil

Fallo de los jurados

«En Sevilla y siendo las 19:00 horas del día 30 de junio de 2015, se reúnen, en la sede de la Fundación contra el Terrorismo y la Violencia Alberto Jiménez-Becerril, los jurados del IX Certamen Creadores por la Libertad y la Paz en la modalidad de Narrativa, Poesía y Fotografía, constituidos por las personas anteriormente citadas, con el siguiente orden del día:

Punto único: fallo de los jurados y concesión de premios correspondientes a las distintas modalidades del IX Certamen Creadores por la Libertad y la Paz.

Tras debatir los trabajos presentados a esta edición, los jurados deciden otorgar los siguientes premios:

En la modalidad de Poesía, el jurado acuerda:

- Conceder el primer premio al trabajo presentado de título «Fiat pax», cuya autora resulta ser D.^a Antonia Álvarez Álvarez.

- Conceder accésit al trabajo presentado bajo el título «Minúsculos desastres», cuyo autor resulta ser D. Antonio San Miguel Roldán.

En la modalidad de Narrativa, el jurado acuerda:

- Conceder el primer premio al trabajo presentado bajo el título «Héroes de p apel», cuyos autores resultan ser D. Luis Miguel Moreno Carmenado y D. Jesús Balbuena Blanco.

En la modalidad de Fotografía, el jurado acuerda:

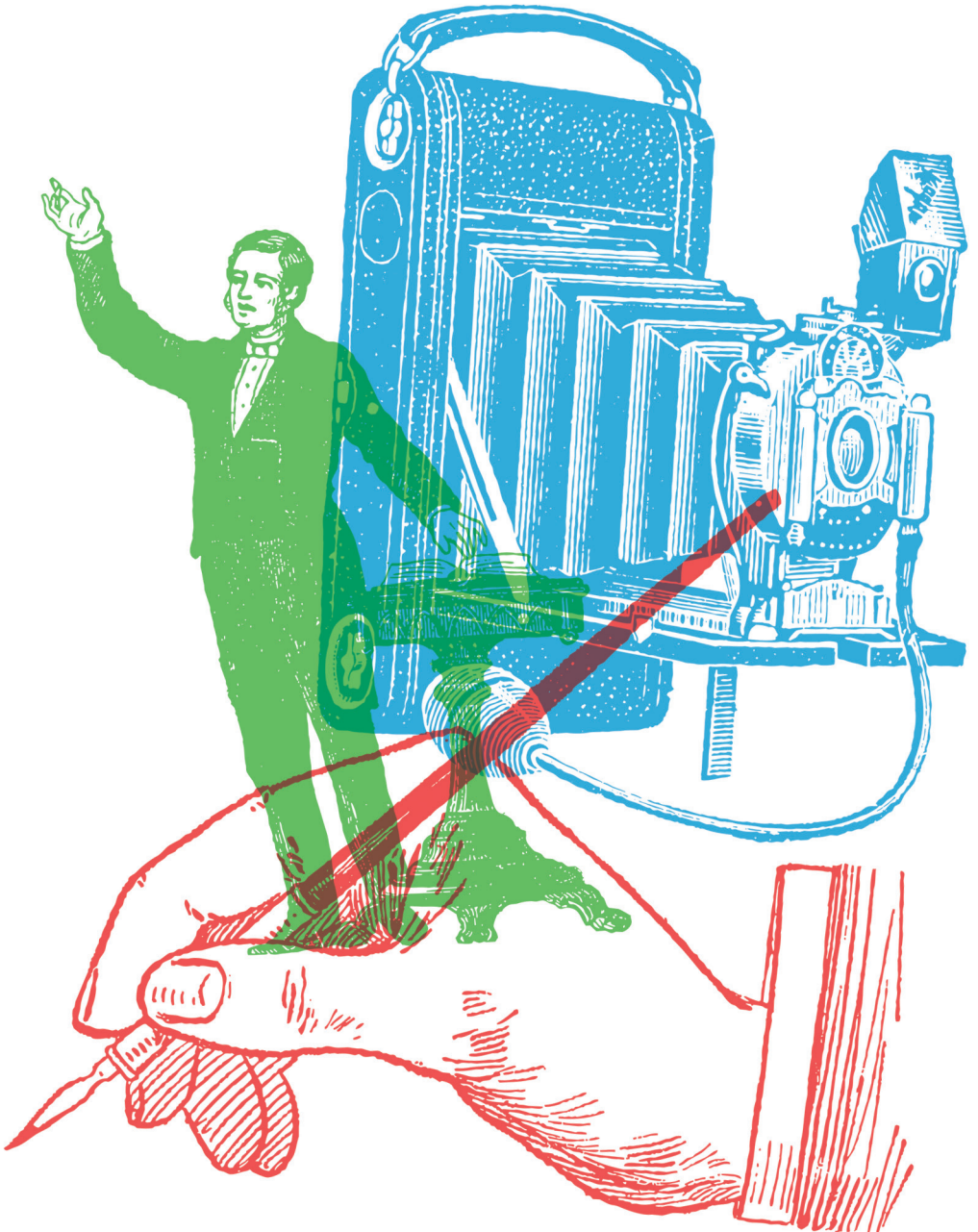
- Conceder el primer Premio al trabajo presentado bajo el título «Tamuke», cuyo autor resulta ser D. Ignacio Pérez Crespo.

En Sevilla, a julio de 2015.»

Fotografías de los jurados







Narrativa - Primer premio:

Héroes de papel

Luis Miguel Moreno Carmenado

y Jesús Balbuena Blanco

CAPÍTULO

I

En fin, podría resultar hasta gracioso. O no. Visto desde fuera, claro que lo sería. Él mismo se podría partir de risa al contemplarlo –su sentido del humor siempre había sido muy particular–. Solo que había un pequeño detalle. Algo casi sin importancia. Sutil. Y era que él no estaba fuera, sino dentro. Ese era él. Y, por si hiciera falta aclararlo, malditas las ganas de reír que tenía en aquel momento.

Pero además estaba ese olor... Vaya, empezaba a resultarle preocupantemente familiar.

Posiblemente si hubiera sabido cierto detalle, las cosas serían distintas. Y es que todos tenemos miedo. A veces ese miedo es al propio miedo, a estar asustados, a que eso nos paralice o a aquello en lo que nos convierte el miedo. Por eso no queremos verlo. Pero siempre está ahí, agazapado. Al acecho.

Sí, definitivamente, si Álvaro lo hubiera sabido, las cosas habrían sido más sencillas. Un poco, al menos. El caso es que quizá habría podido entenderlo todo. Quién sabe. Igual incluso desaparecería parte del problema.

Pero la verdad es que justo en aquel momento le resultaba difícil pensar en todo eso. En parte podría ser porque ya ni siquiera le parecía un problema. Era, simplemente, algo que estaba ahí, en su vida, y que por lo general se repetía con cierta frecuencia.

Y lo peor era que sabía que todo era culpa suya. Aquel olor penetrante, acre, intenso. Un olor que se agarraba a sus fosas nasales y se quedaba ahí acampado hasta que se hacía tan natural para él que se olvidaba de que ya todo parecía oler así.

Suspiró y se inundó los pulmones, respirando profundamente. Error. Aquella peste penetró aún más.

Trató de aclarar sus ideas, pero en el fondo todo estaba completamente cristalino. Una vez más, sabía que era culpa suya. A pesar de que el dolor en las costillas y el escozor de la boca trataran de rebelarse ante esa idea. Sí, se había llevado lo suyo, pero había sido su error. Uno que sabía que no podía permitirse. Las normas eran claras y se había vuelto a olvidar de ese detalle.

Desde que murió su madre, papá era así. Se había transformado. Porque creía recordar que antes reía. No con esa extraña mueca, sino con una risa de verdad. Incluso jugaba con él cuando era pequeño.

Pero él ya no era pequeño y su padre ya no reía. Desde que se quedaron solos los tres –papá, él y su hermano pequeño, Róber–, su padre parecía perdido, desorientado. Primero se quedaba en el sofá, como hipnotizado. Y Álvaro decidió ayudarlo. Al menos con lo que estaba en su mano.

Empezó por encargarse de Róber. Jugaba con él, lo bañaba... o lo intentaba, porque entonces él aún era algo canijo y no podía con el niño, así que lo metía en el bidé. Como no sabía poner el calentador de agua, al principio el enano lloraba de lo lindo por el frío. Luego aprendió a conectar el agua caliente. Y al menos eso mejoró bastante.

De hecho, el baño de su hermano se convirtió en algo divertido, un juego entre ambos. Solo que entonces papá se enfadaba por la cantidad de agua que gastaban y el baño se convirtió en una ducha rápida. Aun así, Róber ya había aprendido también a adaptarse y el pobre no protestaba por nada.

Álvaro también comenzó a encargarse de la comida porque su padre ni siquiera parecía capaz de eso. Tampoco parecía especialmente feliz con lo que cocinaba, pero con la práctica logró que ya no le tirase el plato de comida diciendo que era una mierda. De hecho, a estas alturas, se le daba bastante bien, aunque sabía que debía hacerse con alguna receta nueva.

Y por último, también se hizo con la lavadora. No era tan complicado, a pesar de que con los primeros intentos lió algunas bien gordas. Pero ahora estaba chupado. Dónde iban detergente y suavizante en el cajetín, qué programa poner... en fin, todo.

Por eso sabía que aquello era culpa suya. Al fin y al cabo, si él se encargaba de lavar todo, ¿cómo había podido dejarse aquello?

Bien, hay costumbres que cuesta quitar. Cuando de pronto, y sin saber por qué, empezó a manchar los calzoncillos. Instintivamente los escondía. Pero claro, papá, que a esas alturas ya había dado con una solución a sus problemas y empinaba el codo que daba gusto, no podía contenerse cuando se los encontraba.

Aquellos fueron los primeros golpes. Y Álvaro sospechaba que ambos se habían sentido igual de sorprendidos. Él, al recibirlos y papá, al darlos. Solo que este comprendió pronto que aquella descarga de rabia le sentaba bien, en cierto modo. A Álvaro, en cambio, ni que decir tiene que no le pasaba lo mismo.

Pero el caso es que así se habían acabado por asentar las normas. Él se encargaba de todo, y no había problemas. No, mientras lo hiciera bien. Pero lo de sus calzoncillos... vaya, aquello era lo que peor le sentaba a papá. De modo que el chaval los metía en la lavadora tan pronto como descubría una nueva fuga. Error de nuevo. A papá tampoco le gustaba que el resto de la ropa cogiera ese olor. Más golpes.

Finalmente había optado por lavarlos a mano y a escondidas. Lo cual resultó ser una solución ideal.

De modo que el haberse dejado esta vez las prendas manchadas de heces había sido un fallo imperdonable. Y los golpes que recibió, los habituales en aquellas circunstancias. Era culpa suya. Y lo sabía.

Por eso, en aquellos instantes, solo podía pensar que realmente se merecía el estar ahí, castigado, sopor-

tando el dolor de la última tunda y con los calzoncillos sucios puestos en la cabeza, con su olor inundándolo todo, para que no olvidase que jamás debería cometer de nuevo aquella falta.

Pero si hubiera sabido que tenía miedo, que en realidad, y bajo todo, estaba ahí, agazapado, al acecho —el miedo—, quizá todo sería diferente. Porque podría reaccionar. Podría comprender que tal vez aquello no era realmente justo. Ni normal. Y también porque conocer el miedo no haría que este se le enquistase dentro. Y le aflorase por sorpresa en forma de manchas y fugas en su ropa interior.

CAPÍTULO

II

Definitivamente, era un momento ideal. Don Miguel echó un vistazo al desierto pasillo del instituto. Bien, no había moros en la costa. Abrió la puerta del departamento de Geografía e Historia. Con un suspiro, cargado del aroma dulce a libros manoseados, confirmó que todo iba según lo previsto. Porque tampoco allí había un alma.

Cerró la puerta, echó el pestillo y descargó el manual de ese curso y la carpeta con sus papelajos sobre el escritorio de color verde manzana –la misma mezcla de hierro y madera que los pupitres de clase, pero versión XL.

Se sentó en la silla medio reventada que se negaba a cambiar porque manfas tontas las tiene cualquiera, y disfrutó unos instantes de aquella calma. El rumor amortiguado al otro lado de la puerta, muy lejano en apariencia, le transmitía cierta sensación hipnótica.

Pero, al menos en parte, no estaba allí para eso. Tenía cuarenta y cinco minutos por delante y debía aprovecharlos. ¡Para una vez que no le tocaba sustituir a nadie en su hora libre...!

Aun así, era consciente de que nadie debía pillarle con las manos en la masa. Llevaba años lográndolo, pero uno nunca debe bajar la guardia. Así que aguzó el oído. Nada. Solo el ronroneo distante que da pulso al enjambre hormonal que se aburre en aulas.

«Vale, pues al lío», se dijo. Discretamente, como si tratara de ser innecesariamente sigiloso, tomó su maletín de cuero marrón, reblandecido y desgastado por el uso. Abrió el cierre de metal e introdujo la mano, palpando sin mirar. Finalmente dio con ello.

Lo extrajo con cuidado porque, a esas alturas, el cochambroso estado de aquello amenazaba con hacerse polvo, literalmente, entre sus dedos. Lo sostuvo un momento mientras lo observaba por enésima vez y absorbía por las fosas nasales el aroma a libro viejo.

En las fronteras del Far West de, Karl May. No sabía cuántas veces lo había leído y releído ya, igual que otras tantas novelitas del oeste que disfrutaba a escondidas desde que era joven. O sea, desde hacía ya bastante... Ya antes sabía que sus compañeros se burlarían de él si lo pescaban con semejantes lecturas. Pero ahora, a medida que crecía la diferencia de edad con el resto del profesorado, intuía que los jóvenes licenciados se caerían de culo entre carcajadas si viesan al viejo y sobrio dinosaurio, erudito en historia, con cuentecitos de indios y vaqueros.

Pero, como siempre, la clandestinidad no hacía sino incrementar el placer.

Abrió las amarillentas páginas de edición barata. Las cosas se estaban poniendo crudas para Old Shaterhand, el profesor alemán reconvertido en héroe de la frontera americana, y aunque él sabía de memoria cómo acababa todo, no podía dejarlo colgado en ese punto.

Sin embargo, cuando ya comenzaba a sumergirse en aquel mundo de interminables praderas, con olor a pólvora y aventura, cierto ruido le hizo dar un respingo en la silla.

El picaporte se movió en un intento de abrirse. Quienquiera que fuese no se daba por vencido o era consciente de que él estaba ahí, porque acto seguido comenzó a aporrear la puerta.

Suspiró un segundo antes de resignarse. Una última idea cruzó su cerebro mientras hacía crujir sus rodillas al levantarse: «Tiene narices la cosa...»

Quitó el pestillo y abrió la hoja de madera verde, a juego con el resto del mobiliario.

—¡Joé, Miguel! ¿Para qué narices te encierras?

Don Miguel observó a su inesperado interlocutor: Raúl, el chaval que se había incorporado al departamento de Matemáticas. Bueno, chaval... Tenía sus treinta años largos, pero era de esa camada que iba de «enrollado», como si en realidad nunca hubiera salido de su propio instituto.

—¿Qué pasa? —se limitó a preguntar, haciendo oídos sordos a la interrogación del chaval.

—Me ha dicho Noe que te pases a verla. Está en su despacho.

—¿Ahora? —refunfuñó el dinosaurio a través de su espeso bigote.

—Sí. Creo que sabes que estás de libre, así que...

—No me puedo escapar, ¿eh?

—Tú mismo. Yo solo soy el mensajero y he cumplido —comentó, levantando las manos como Pilatos tras el remojón—. Si te las quieres ver con ella, allá tú. Pero vamos, que yo no me la jugaba.

Con un nuevo suspiro que le despeinó el mostacho, Miguel hizo acopio de fatalidad y asintió.

—Vale, gracias. Ahora voy.

Una última mirada desangelada al desgastado libro fue su lacónica reacción. Solo pudo pensar una última cosa antes de esconderlo de nuevo y partir en busca de Noe, la jabata. ¿Habría descubierto el chaval su secreto? Difícilmente. Iba siempre como loco y no solía fijarse en nada.

Aun así, la próxima vez debía tener más cuidado y ocultar debidamente el cuerpo del delito antes de abrir la puerta. Pero había algo más. ¿Qué era aquello tan importante como para que la psicóloga del centro se molestara en averiguar sus horas libres y si estaba haciendo o no alguna sustitución?

Don Miguel cerró el departamento de Historia y se lanzó a surcar los pasillos. Lo normal era que estuviesen desiertos, pero aquí y allá siempre había algún alumno despistado o escaqueándose con la mayor naturalidad del mundo. Esto antes no pasaba, constató. Pero tampoco le apetecía ponerse a fisgar. Hoy no tenía el humor para esas cosas.

Cuando finalmente llegó al despacho de Noe, encontró sentado en el banquito de la puerta a un chaval. A ver, se llamaba... Álvaro, sí, de primero A. El crío era callado y no daba mucha historia, pero era difícil que pasara desapercibido. Al menos para él.

Por un lado, los chavales callados siempre le habían llamado más la atención que los alumnos estrella, los graciosos o los populares. Quién sabe, quizá se sentía más identificado con ellos.

Pero, por otro lado, las pintas del muchacho jugaban en su contra si quería ser invisible. Sus ropas exageradamente anchas para un cuerpo más bien canijo ya eran, de por sí, algo más que peculiares. Pero si eso no era suficiente para las burlas de sus compañeros y para convertirle en un paria, también estaba ese permanente olor a... vaya, a mierda.

¿Qué narices pasaba con él?

En sus treinta años de oficio había dado con críos mal atendidos, descuidados y sucios, pero este, que aparentemente iba limpio, se llevaba la palma con esa nube tóxica que flotaba a su alrededor.

Ese olor que ahora, de nuevo, le abofeteaba las fosas nasales. Así que apretó los labios como si cerrara cualquier compuerta al tufo, saludó al chico con un leve movimiento de cabeza mientras éste dibujada algo parecido a un cómic, y abrió la puerta del despacho al mismo tiempo que llamaba. ¿No le había hecho ir? Pues entonces no tenía sentido pedir permiso para entrar.

Noe apenas tenía una ligera idea de cómo abordar el tema, pero confiaba en extremo en su capacidad de improvisación. Bueno, en eso y en dos detalles importantes. El primero, que estaba convencida de que la idea era buena. Al fin y al cabo, era suya. Y el segundo, la extraña corriente de simpatía, velada, que fluía entre ella y Miguel, alias el Mostacho.

En cierto modo, no podía ser de otra manera. No porque ninguno de ellos fuera especialmente simpático, sino más bien al contrario. Y cuando dos siesos como ellos se cruzan, descubriendo que comparten silencios en determinados momentos, ambos saben el humor ácido que subyace a ciertas pausas del otro en los claustros. Y claro, esa afinidad entre bordes redomados da paso a una peculiar complicidad que rara vez se manifiesta de forma clara, pero que está ahí.

Sin embargo, lo más extraño de todo era que lo mismo les ocurría con los chavales. Como si los chicos vieran en la actitud de ambos algo más auténtico que el buen rollo de ciertos profesores.

Podía ser que ellos, en efecto, no fuesen en absoluto simpáticos, pero en la acidez de su humor y en su crudeza, no engañaban a nadie. Los chavales, sin duda, apreciaban saber qué terreno pisaban con ellos. Les hacía sentirse seguros. Les hacía confiar. Les hacía sentir que no les estaban vendiendo ninguna moto, que les trataban de tú a tú. Y eso dejaba muy atrás la mera simpatía.

Por eso, cuando Miguel entró en su despacho, una oleada cálida, como la que se experimenta al encontrar por sorpresa a un amigo o simplemente al ver un rostro familiar y reconfortante, invadió a la psicóloga del centro. Y supo que, lo planteara como lo plantease, en el fondo él aceptaría.

–¿Se puede? –preguntó innecesariamente Miguel, que ya se había plantado dentro del despacho.

–Sí, pasa, anda. Siéntate.

Había algo en los movimientos del maestro que le daban un aire extraño. Como si ningún ambiente lo intimidara y, al mismo tiempo, estuviera fuera de lugar en todos. Era un turista perpetuo de la vida, pasando de largo continuamente.

–Tú dirás –arrancó él. En su rostro delgado, enmarcado por un flequillo que resistía la alopecia a sus cincuenta y tantos, y su espeso bigote, cierto gesto desafiaba el estoicismo que le caracterizaba. Vamos, que parecía mosqueado.

–Bueno, ya sé que te he fastidiado la hora libre –comenzó Noe, disfrutando del impacto de sus palabras; le gustaba demostrar, aunque fuera de pasada, que no se le escapaba ni un detalle–, pero quería comentarte una cosilla...

Si esperaba una reacción por su parte, lo llevaba claro, porque Miguel no pensaba darle ese gustazo. Mantuvo su expresión de sereno fastidio, como diciendo: «pues coméntalo, narices, que para eso me has traído». Así que ella, adivinando esa frase en el silencio, porque también habría pensado lo mismo, continuó.

–Verás, es... una idea, un experimento... algo así como una experiencia piloto. En plan informal, aunque en otros sitios ya lo han hecho y ha ido bastante bien.

Oh, oh, oh... Vaya, aquello no pintaba nada bien, pensó Miguel, pasando por alto que llamasen experiencia piloto a algo que ya se había hecho. Llevaba demasiadas reformas educativas a cuestas, cada cual con más papeleo y burocracia, como para no olerse la tostada cuando trataban de endilgarle un nuevo muerto. Instintivamente enarcó una ceja, arrancando otra sonrisa a Noe.

La tía parecía disfrutar con todo aquello. Le caía inexplicablemente bien aquella psicóloga. Seguía viéndola como una jovencueta, a pesar de que acababa de alcanzar las cuarenta y dos primaveras, por el simple hecho de que él ya era un veterano cuando ella llegó.

Desde entonces, aquella mujer de aspecto cuidado pero informal, con su pelo liso, peinado de forma sencilla, su ropa juvenil, pero no en exceso, sus ojos rasgados sin pintar y su rostro de perenne gesto irónico –como si pensase constantemente en un chiste que solo ella conocía–, no había dejado de sorprenderle. No sabía si era su sentido del humor, tan peculiar como crudo, o su aparente brusquedad lo que le otorgaba cierto gancho con los alumnos que ni ellos mismos lograban explicarse.

Pero, sobre todo, le admiraba la capacidad de observación y la forma en que calaba a todo bicho viviente en poco tiempo. De hecho, a él le había ayudado con bastantes chavales a los que no conseguía comprender ni meter en vereda.

Cierto que los consejos de Noe generalmente parecían peregrinos e incluso absurdos y expeditivos, pero Miguel había aprendido una cosa: comprendiera o no lo que ella le sugería, debía seguir sus pautas a ciegas porque no solía fallar.

Por eso, muy a su pesar, y venciendo el fastidio inicial, no pudo evitar sentirse curioso ante aquella nueva idea de la psicóloga.

–Sorpréndeme –se limitó a decir.

–Es una especie de tutorización externa. Se trata de que un profesor se convierta en tutor de un alumno fuera del horario lectivo.

–¿Fuera del horario lectivo? –preguntó sin intención de ocultar la cara de acelga que se le iba poniendo–. Clases de refuerzo y esas cosas, imagino.

–Sí y no –Noe meneó la cabeza como si así pudiera filtrar por un tamiz la explicación más clara y sugere–. En parte es eso. Pero sobre todo, es para... ayudarlos.

La ceja de Miguel volvió a saltar como un resorte. «Ayudarlos» era un término muy relativo. E implicaba ciertos esfuerzos que a esas alturas del partido no estaba muy seguro de querer hacer.

–Está pensado para chavales cuyos problemas, en realidad, están fuera del centro. Así que la única forma de saber cuáles son y cómo ayudarles, es esta. Ofrecerles una figura en la que puedan confiar y que los apoye ahí fuera.

Un suspiro de el Mostacho condensó el agobio que le producía la mera idea de todo aquello. Pero Noe, definitivamente, no estaba dispuesta a dejarle escabullirse.

–Tú siempre te has preocupado por los chavales, a pesar de lo que te has esforzado en disimularlo y en actuar discretamente, en la sombra –dijo, y ahogando una incipiente protesta del profesor, añadió–.:Y además, no me digas que no tienes tiempo. Te pasas las tardes encerrado en casa como un geranio...

–¿Y tú cómo narices sabes lo que hago por las tardes?

El tono había sido seco. Como un latigazo.

Noe no se dejó intimidar, pero bajó a un aire más íntimo.

–Por el Face. Te pasas toda la tarde conectado y sin publicar nada. Ya me extrañaba que te registrases, incluso que supieras manejarlo. Pero solo tienes gente del instituto, con la que tampoco es que hables mucho. Y a tu hijo... Verás –prosiguió más despacio, sabiendo que se adentraba en terreno resbaladizo–, creo que en realidad esto te vendría a ti tan bien como al chaval en cuestión.

–¿Ah, sí? –la retó él. Y ella entró al trazo.

–Sabes que no me gusta meterme en tu vida, pero desde lo de Felisa...

Un brillo helado se posó en los ojos de Miguel, que se quedó rígido en el asiento. Cuando al fin habló, su voz parecía una grabación gastada.

–Pues si no te gusta meterte en mi vida, y como a mí tampoco me hace gracia que lo hagas, mejor déjame en paz.

Unos instantes de silencio dieron a la escena cierto aire de tensión. Luego, él se incorporó, como si una nube de olvido disolviera la última parte de la conversación.

–Bueno, entonces, ¿quién me ha tocado?

–¿Eso es que aceptas?

La mirada de paciencia extinguida en los ojos de Miguel espolé a la psicóloga a seguir antes de que se arrepintiera.

–Álvaro Montalvo; lo tienes en primero A.

La mente del Mostacho repasó las caras de esa aula, pero no necesitó mucho tiempo. En realidad, el chaval era fácil de recordar. Callado, pequeño, como metido en su mundo, pero sobre todo...

–¿El que apesta?

–Hombre, sí, pero si eso es lo que le vas a decir...

–Su problema básicamente es que es un guarro. No necesita apoyo externo, solo ducharse.

–Si lo dices un poco más alto, a lo mejor toma nota. Imagino que le habrás visto esperando en el banco de ahí fuera.

«¡Claro!», pensó Miguel, «a ver si va a ser verdad que últimamente no estoy muy fino.»

–Ojalá el problema fuera ese –refunfuñó Noe.

–¿Y entonces cuál es?

–No estoy segura. Para empezar, me la jugaría apostando por la encopresis.

–¿Quién?

–Qué, más bien. Encopresis... que se caga encima, vamos.

«¡La madre del cordero!», gritaron las neuronas de el Mostacho para sus adentros. Y no es que no lo hubiera pensado, pero desde luego descartó la opción por improbable, aunque evidente.

–¿Con doce años?

–A veces se dan casos incluso mayores.

–Ya, pero... ¿Y qué narices quieres que haga yo para que no se cague? –preguntó con gotitas de sudor frío comenzando a aflorar en su amplia frente.

–Pues verás, esa es la cuestión. A falta de un problema intestinal, que ya está descartado, eso tiene que pasar por algo. Generalmente viene asociado a problemas emocionales, miedo, ansiedad...

El cerebro de Miguel trataba de asimilar todo aquello a marchas forzadas, anticipando ya que al día siguiente tendría agujetas mentales por el sobreesfuerzo.

–La cuestión es: ¿ansiedad, por qué? ¿Miedo a qué o a quién?

–O a quiénes –puntualizó el Mostacho.

Un reflejo de satisfacción recorrió a Noe. Miguel ya se había implicado, incluso antes de ser consciente de ello.

–¿Qué quieres decir?

–Pues que evidentemente no es muy popular. Se meten bastante con él. A ver... el chaval lo pone a huevo.

–¿Crees que es bullying?

–Llámalo como te dé la gana. ¿Por qué creéis que poner nombrecitos cambia algo?

–Pues porque desde que los chavales se suicidan por cosas así, llamarlo gamberradas se queda un poco corto, ¿no crees?

–Esto ha pasado siempre.

–Pues en algún momento habrá que reaccionar.

Una sonrisa asomando bajo el denso mostacho vino a significar algo así como touché. Aunque hacía ya

mucho tiempo que había llegado a la conclusión de que todo daba igual, que nada cambiaba por mucho que se luchase, le emocionaba ver cómo gente como Noe aún conservaba su fe. Y, de algún modo, no podía evitar el viejo reflejo de tratar de unirse a ella en la brecha, a pesar de saber que quizá no tuviera sentido. No era esperanza; simplemente algo semejante a camaradería con los demás que seguían en la trinchera por el alma y la mente de aquellos críos.

Así que, reincorporándose en su asiento, siguió metiéndose cada vez más en todo aquello, aparentemente sin darse cuenta.

—¿Y la familia?

—No sabemos casi nada. Su madre murió hará unos cuatro años. Vive con su padre y su hermano pequeño. Pero fuera de eso, es una incógnita. No tenemos ni idea de nada.

—¿Amigos?

—Nada, ya te digo. Aquí apenas se relaciona. Y cuando le preguntamos por su vida fuera, se vuelve hermético.

Ambos se miraron un segundo, notando cierta punzada de inquietud que no deseaban manifestar pero que, en el fondo, daba sentido a todo aquello. Finalmente, él rompió la magia obtusa del momento con otra preocupación latente.

—No quiero tener que lidiar con familias cabreadas.

—Tranquilo. La familia, en este caso el padre, es cosa mía. Tú no tienes por qué tratar con él.

—¿Qué me puedes contar del tipo, de todas formas?

—Nada. No ha aparecido por aquí.

Gruñido de asentimiento y cabeceo de reflexión.

—¿Le digo que pase? —preguntó Noe con un deje pícaro que sólo ella sabía a qué venía.

—¿A quién?

—A mi madre, ¡no te jod...! —se atragantó el exabrupto por la promesa que se había hecho a sí misma de controlar su vocabulario—. Pues a Álvaro. Se lo tendremos que decir, ¿no?

—¿No lo sabe?

—No.

—¿Y si se niega?

—¿Y si omitimos decirle que puede negarse?

Miguel frunció los labios en reconocimiento a lo expeditivo y audaz de Noe. Había que reconocer que,

cuando se ponía, era imparable.

– Venga –se arrancó Miguel–, pues dile que pase. Pero acércame el ambientador, anda...

Cuando por fin le hicieron entrar, Álvaro ya hacía rato que le había dado forma a su nueva tira de cómic. Le gustaba. Y en realidad era la única manera de cambiar las cosas. A esas alturas, ya sabía cómo iba a acabar la mañana, cosa que tampoco requería una gran imaginación; sería como todas. Emilio y los cuatro imbéciles de Sergio, Alberto, Rubén y Dani le verían salir, empezarían a insultarle y quizá incluso lo escoltaran un par de manzanas llamándole de todo y partiéndose de risa, hasta que se cansaran de que él no reaccionase.

Toooooooooodos los días igual. ¿No se daban cuenta de que a él lo que le molestaba, básicamente, era lo pesados que resultaban? Después de tanto tiempo solo quedaba eso, la hartura. ¿Tan divertido era aquello?

Y mientras, él solo pulía mentalmente cómo acabar la nueva viñeta en la que daría la vuelta a aquella situación. Era una forma como cualquier otra de abstraerse.

Por eso, cuando la psicóloga le explicó para qué lo había llamado, tampoco es que le prestase mucha atención. Solo que al silencio que vino cuando ella acabó de hablar, dedujo que algo debía contestar. A ver, le había parecido oír algo de que el Mostacho, que se sentaba a su lado, pero manteniendo cierta distancia forzada y con los ojos vidriosos, le echaría una mano por las tardes, así que lo mejor era responder con una pregunta.

–Entonces, ¿es para que me ayude con los deberes y eso?

–Bueno, en parte es eso, sí –confirmó Noe–, pero también es para... no sé, hacer otras cosas. Dar una vuelta, ir al cine o cosas así. O simplemente para merendar y charlar.

Oh, oh, oh... Aunque aquella tía no le caía mal –cosa rara, porque con todo lo que le había preguntado por sus cosas, lo normal sería que lo tuviese harto–, veía que una vez más le tomaban por idiota. ¿De verdad creían que no sabía por dónde iba todo aquello?

En fin. Aun así, sopesó la idea. Una cosa es lo que ellos quisieran y otra lo que él hiciera con ello.

Pasar varias tardes con El Mostacho... no es que el hombre fuera la alegría de la huerta, pero a lo mejor variar un poco sus planes no estaría mal. Sobre todo, sería una excusa para estar fuera de casa. Pero claro, ahí venía el problema. Papá no aceptaría ni loco. Él tenía que cuidar de su padre y del enano.

Además, a papá tampoco le gustaba que nadie metiera la nariz en sus vidas. Solo que eso era fácil de

controlar. Álvaro no era tan tonto como todos parecían pensar. Al menos eso sí lo sabía. Igual que sabía cómo evitar que figasen, cómo manejar todo aquello.

–No sé si mi padre querrá –se limitó a decir.

–No te preocupes –aseguró Noe–. Él querrá.

Aquella seguridad pareció darle alas por encima de las dudas y se dejó seducir por la promesa de algo nuevo. Algo diferente. Algo para él. No la atención de nadie, sino tiempo. Tiempo fuera de casa, tiempo sin responsabilidades. Tiempo para él. En fin... libertad.

Así que, a pesar de su actitud reticente –porque tampoco había que enseñar todas las cartas, en especial cuando él era el único que conocía la jugada completa–, una extraña sensación le avivó el pulso, sonriéndose a sí mismo sin mover los labios. Porque, traducido a viñetas, en el bocadillo de su personaje se leería: «¿Dónde hay que firmar?»

CAPÍTULO

III

Todo correcto. Cuando Miguel se sentó en el sillón de su cuarto de estar, todo estaba en su sitio. La televisión, en el Canal Historia, con un documental que indagaba si el joven Tutankamón había sido asesinado o muerto de forma natural. En la mesita baja, entre su sitio y el sofá de su mujer, el ordenador con la página de Facebook abierta. Y en el revistero, a mano por si lo demás fallaba, *En las fronteras del Far West*. En fin, la tarde era larga y daba tiempo a todo.

Dio un trago a la lata de cerveza y meneó ligeramente la cabeza. No paraba de darle vueltas a la entrevista de la mañana.

–¿Sabes qué? –le dijo a su silenciosa esposa–. El caso es que ese chaval es verdad que tiene algo curioso. No sé por qué no me había fijado antes; ya sabes que me llaman la atención los discretos –añadió con una sonrisa que no obtuvo respuesta. Luego suspiró–. Supongo que es verdad que no estoy en mi mejor momento. O que me voy haciendo mayor. O... ¡Yo qué sé!

O tal vez fuera lo que Noe había tratado de hablar. Solo que eso no se lo podía decir a ella, a Felisa. Porque ella era precisamente el problema. Lo que había ocurrido un año atrás...

En cualquier caso, ella mantuvo el silencio que se les había venido encima desde entonces. Sus ojos, aquella mirada clara y serena seguía esquivando la de él con una naturalidad escalofriante, como si algo en aquel documental captase toda su atención y simplemente fuera incapaz de oírle.

Él la miró, desafiando la resignación.

–Noe cree que puedo hacer algo, pero no sé... no sé.

Nada, ese nuevo disparo había vuelto a hacer agua. Así que decidió seguir con su reflexión por su cuenta.

Porque, en realidad, lo que Noe había dicho era que a él también podía ayudarle el echar una mano al chico. ¿Por qué? Bueno, siendo honesto, él mismo lo había descubierto momentos antes, al comprender cómo aquel chaval, que era de los que solían llamar su atención, de aquellos a los que solía identificar para ocuparse discretamente de ellos, le había pasado desapercibido. Quizá obligarse a espabilar fuera parte de la solución.

Solo que él sabía que había más. Porque ese silencio en el salón de su casa seguía allí.

Dio un nuevo sorbo a su cerveza para ayudarse a dejar eso a un lado. Porque lamentarse no era la mejor forma de centrarse.

«A ver», pensó, «empecemos por aclarar qué narices pasa en el instituto; luego a ver qué nos encontramos fuera.»

Un suspiro de satisfacción selló el plan. Bueno, eso y otro trago. No es que se hubiese roto los cuernos pensando, pero es que tampoco podía hacer mucho hasta la mañana siguiente. O eso, o era tan listo que en un segundo podía trazar una astutísima línea de acción. Pero la orgullosa sonrisa se le borró al reconocer que tenía de astuto lo mismo que de ardilla voladora. En efecto, la cosa se reducía a que, de momento, no podía avanzar más.

Así que, aburrido, echó un nuevo vistazo a Felisa. «¡Maldita sea!», se dijo, «no sé cómo consigue mantenerse así de guapa, la condenada.» Buscó en vano su atención con una tos forzada. Luego, resignado, trató de refugiarse en el Facebook. Nada. No había mensajes. Sabía que los puntitos verdes indicaban que sus compañeros estaban conectados, quizá charlando entre ellos. Pero no con él. La mayoría eran jóvenes, con todo lo que eso significaba. ¿Por qué iban a querer hablar con él?

Dio otro trago. Ahora más largo. Se le acababan los puntos de atención y las opciones. Pero aún le quedaba un último cartucho. El más doloroso, tal vez, porque sabía adónde lo llevaría.

—Voy a llamar al chico. ¿Quieres que le diga algo?

Silencio.

Miguel tomó el teléfono de la mesita y marcó el número de su único hijo. Desde hacía demasiado, aquella había sido la única forma de hablar con él. Vivía a quinientos kilómetros, pero él sabía que eso era solo una excusa. Una que le escocía de mala manera. A su nieto le conocía básicamente por las fotos que el hijo colgaba en el Facebook.

Sin embargo, con cada tono, la certeza era mayor. Ya ni por esas iba a lograr hablar con él. Pocas veces lo cogía. Solía elegir el momento de devolver la llamada a su padre.

El Mostacho dejó el teléfono en su soporte con un estrépito inesperado.

Ese fue el único momento en que Felisa desvió la mirada. En realidad, su mirada desapareció. Y su cara. Todo. Porque el marco con su foto se volcó en la mesita.

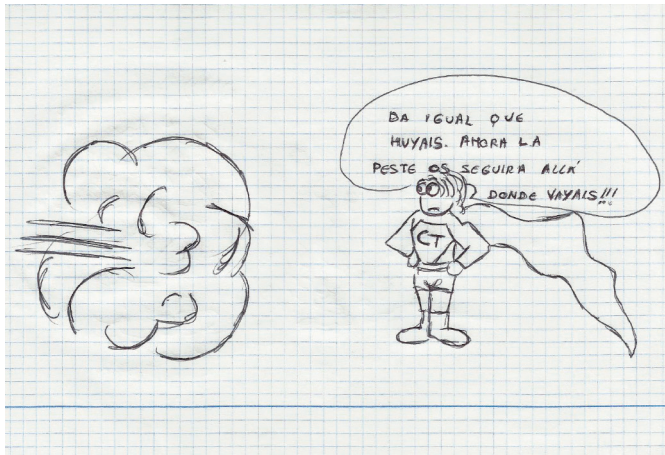
Miguel lo miró un instante. Ahora que la foto no estaba, ahora que no tenía más remedio que reconocer que eso era todo lo que le quedaba de ella, una extraña calma lo invadió.

Por eso ni él mismo logró explicarse por qué colocó una vez más en pie la foto, mientras apuraba la cerveza y comprobaba las horas de silenciosa vigilia que todavía tenía por delante.

CAPÍTULO

IV

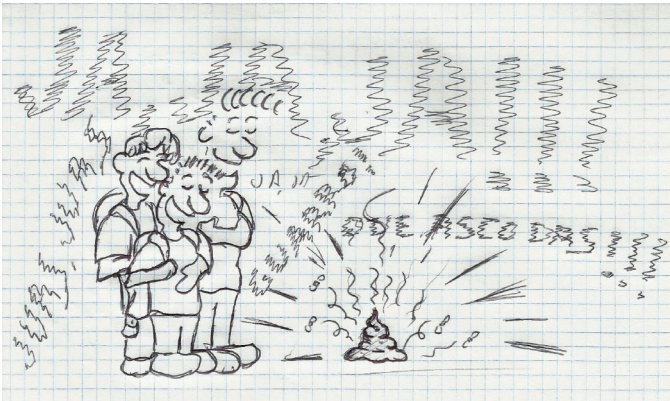




Bueno, en realidad no había sido exactamente así, claro. Pero tampoco es que pretendiera hacer un documental de su vida ni nada por el estilo. Ni siquiera una especie de diario. ¿O sí?

Álvaro miró la tira que acababa de dibujar. No estaba mal, pero era capaz de hacerlo mejor. Miró el reloj. La cuatro. Aún tenía tiempo. La hora de la siesta era su momento. Papá estaba durmiendo aún y hasta las cinco no tenía que recoger a Róber. Así que hizo un nuevo intento.





Sí, esto podría estar mejor. Ensanchó las aletas de la nariz en un tic particular. Luego observó un poco mejor las viñetas, comparando unas con otras, y cierta inquietud le tembló en el cerebro. Porque si la misma realidad podía transformarse en cosas tan distintas... No sabía decir el qué, pero había algo raro, como una respuesta evidente, una solución a un problema que tal vez ni siquiera existía; algo, en fin, que parecía llamarlo desde aquellos dibujos.

¿Qué era? ¿Qué había visto? Por más que se esforzaba, no lograba identificarlo. Era como si un destello de lucidez, una idea tremendamente clara, hubiese pasado por su cerebro tan rápido que no había logrado retenerla. Y ahora solo quedaba la huella de su paso en forma de incomodísima inquietud.

Resopló. Y casi al mismo tiempo se tapó la boca con las manos, abriendo de par en par los ojos. Pero un vistazo le dijo que no había pasado nada. Papá seguía durmiendo en el sofá.

Las cuatro y media. Con un poco de suerte, cuando se fuese a por el enano, en quince minutos, su padre aún no se habría despertado.

Quince minutos... ¿Qué podía hacer? Recogió la cocina antes de la siesta –interrumpir el sueño de papá con ruido de cacharros desde luego no era buena idea–, y los deberes... esperarían a cuando Róber viese los dibujos después de cenar, antes de que papá volviese de su tournée por los bares.

Así que en ese momento no pudo evitar el hacer frente a cierto asuntillo que había estado aplazando sin darse cuenta. Lo que le habían propuesto Noe y el Mostacho...

Un escalofrío le corrió por todo el cuerpo solo de pensar en cuando se lo dijeran a su padre. No le gustaba que nadie se metiera en su familia ni en el curso habitual de las cosas. ¿Cómo se iba a tomar que de buenas a primeras su hijo empezara a pasar tardes fuera de casa? Y encima con un profesor...

Noe parecía muy segura de que no pondría pegos. Pero Noe no lo conocía. No vivía allí. No sabía lo que le cabreaba. Bueno, en realidad muchas veces a Álvaro también le pillaba por sorpresa, pero en parte porque dependía de por dónde soplase el aire aquel día. Sin embargo, había algo que Álvaro sí sabía y Noe no. Él sabía de lo que papá era capaz cuando se le cruzaba el cable. Y dudaba mucho que le hiciera feliz tener que ocuparse de Róber mientras él andaba por ahí con el Mostacho. Especialmente porque sabía que desconfiaría de lo que él pudiera contar, o se le pudiera escapar, sobre casa.

¿Pero qué podía hacer él? ¿Podía negarse? Tal vez. Aun así, había algo más que luchaba por ocultar. Algo que no deseaba reconocer para evitar una nueva decepción. Y es que él quería probar aquello.

Quizá quedar con el Mostacho no fuera la fiesta padre, pero le apetecía realmente poder tener tiempo para él mismo. Tiempo fuera de casa. Sentirse un chaval más de su edad, sin responsabilidades por un

rato. Con alguien que se ocupara de él, para variar, aunque fuera porque le pagasen por ello y lo hiciera obligado. Si era capaz de transformar la vida en las viñetas, bien podría utilizar la imaginación para ver al Mostacho preocupándose realmente por él, apreciándolo. Imaginar que era algo así como su tío. No sé. Por probar... Pero todo tiene sus normas. Concretamente, las de este juego eran sencillas. Debía lograr que papá estuviese seguro de que él no contaría nada de casa. Debía crear una doble ficción: para su padre, una que le hiciera sentirse seguro, y otra para el profesor. Por supuesto, eso incluía que el Mostacho no debía sacarle nada de información real. Lo demás... bueno, habría que ver cómo se desarrollaban las cosas. Y claro, habría que encontrar la forma de no desatender la casa ni a Róber. ¡Uf! Un ligero agobio se le vino encima. Pero ahora lo sabía, estaba decidido.

La única pega era que todo dependía de cómo lograrse convencer Noe a papá . Y si, por experiencia, le costaba confiar en los adultos –por muy bienintencionados que fueran–, aún más le preocupaba la reacción de su progenitor.

Unos gruñidos, acompañados de crujidos de sofá, vinieron a sacarle de sus ensoñaciones.

Con los ojos abiertos de par en par por el sobresalto –y por el miedo; ese miedo al que, a fuerza de estar siempre ahí, ya apenas lograba identificar–, constató lo que ya sabía. Papá estaba despertando de la siesta.

Cierto estremecimiento se agitó en su interior, como descargas eléctricas que convertían sus músculos en gelatina. Tembló como una hoja de papel. Siempre lo hacía. La costumbre es el peor veneno precisamente por cosas así. Disfrazan de cotidiano lo anormal. El terror.

Miró el reloj y por una vez la suerte estaba de su lado. Las cinco menos cuarto. Debía salir ya a recoger a Róber. Por supuesto, no se lo pensó dos veces antes de largarse disparado pero en absoluto silencio. Era la envidia de los ninjas. Las represalias le habían adiestrado con eficacia. Sin duda, el silencio era lo suyo.

CAPÍTULO

V

De repente, todos los chicos detuvieron sus juegos y giraron la cabeza para mirar a la puerta del pabellón y ver salir al Mostacho. Por supuesto, él no fue ajeno a la reacción en cadena que provocó, pero prefirió achacarla a ese marcado carácter especial que los bisoños estudiantes atribuyen siempre a los maestros más veteranos. Y desde luego, ése era su caso, sí. Pero nada tuvieron que ver sus treinta años de intachable trayectoria en la enseñanza con aquella mirada colectiva. Ni siquiera tuvo que ver el imponente bigote, que relucía sobre su cara para maquillar ciertas arrugas, producto de los años y los disgustos.

Desde antes de cruzar la puerta incluso, don Miguel ya pensaba en sus zapatos nuevos como motivo de mofa entre los chavales del colegio. Y eso que empezó por el calzado para no llamar mucho la atención, «aunque a lo mejor me pasé con el modelito», pensó para sí. Igual hubiera sido mejor esperar a que Felisa me aconsejara. Si me viera mi hijo...

Quizás ese color rojo acharolado, que tanto brillaba en su estreno con el sol, no fuera el color que más respeto imprimiera en un tipo de su edad. Quizás esos cordones amarillos no ayudaran demasiado. Por no hablar de esas suelas tan gruesas que casi parecían plataformas y que lo elevaban del suelo un poco más de lo habitual.

Plantado en la puerta, con el silbato en la mano y oteando el patio con decisión, quiso hacer creer que nada le importaban los comentarios de los chicos sobre sus nuevos zapatos, que por cierto, tampoco es que hicieran mucho juego con aquel pantalón gris de tergal. Le importaban más las miradas de los otros profesores que a esa hora vigilaban el patio. Sí, todos esos que se pasaban la tarde conectados al Facebook y que hablaban de sus cosas, de las cosas propias de la gente de su edad y no de las de un hombre a punto de cruzar la frontera que separa la madurez de la vejez y aficionado, además, a las novelas del oeste. Y aunque con su rápida supervisión del patio no pudo identificar si a los profesores –entre los que había encontrado a Noe– les gustaban o no sus zapatos, el Mostacho decidió saltar a la pista.

Decenas de chicos jugaban un partido de fútbol de esos en los que uno puede pasarse el recreo corriendo sin haber tocado el balón. Otros hacían corrillos, que se abrían al paso del viejo, en los que intercambiaban sus cromos repetidos. Los más mayores fumaban sin recato al otro lado de la valla del centro o compraban bocadillos en la cafetería. Las chicas se arremolinaban en torno al gran chopo situado junto a la verja y se encendían como los zapatos de don Miguel al ver los regates del chico que les gustaba. Muy

cerca de allí había otro grupo de muchachos formando un círculo casi perfecto, con sus cabezas agachadas hacia el centro, vociferando palabras que al Mostacho le resultaron ininteligibles al principio y que se tornaban en feos insultos según se acercaba al mismo. A un metro ya de ellos, don Miguel sopló fuerte su silbato –reliquia de otros tiempos, como él–, y el corro de chicos se disolvió como esos remolinos que brotan en primavera y que se deshacen de un soplo. Solo quedó uno, agachado en el centro de aquel círculo ya difuminado, tembloroso y sofocado, con una mirada difícil de descifrar, a medio camino de tantas cosas que el profesor apenas logró reaccionar.

Allí estaba la presa que andaba buscando: Álvaro, el chico de la... ¿cómo era? Sí, coño, la... contipresis... No, así no era. Acababa en presis, pero... Bueno, el que se cagaba encima.

No le dio tiempo a agacharse para consolarlo cuando descubrió la presencia de Noe, que venía hacía ellos. Se estiró de nuevo, miró de reajo sus zapatos nuevos sobre los que ya reposaban varias motas de polvo, se atusó el bigote y se dispuso a saludar:

–Hola, lo acabo de ver. Estos chicos pueden llegar a ser muy crueles...

Ella lo interrumpió sin decir nada. Le bastó extender una mano en el aire para lograr el silencio de Miguel. Entonces se agachó junto al chico y no pudo evitar mirar de reajo los zapatos de charol del profesor. Le habló en un susurro e hizo un amago de limpiarle unas lágrimas inexistentes. Aquel chaval no lloraba. A pesar de todo, no lloraba. Se mantenía en una especie de serena reserva a la que la psicóloga no lograba dar crédito.

El viejo miraba la escena con interés, intentando captar alguna técnica que le sirviera en la tarea que tenía por delante con el chaval. Este se levantó despacio, miró a Noe y después al Mostacho y empezó a caminar despacio hacia el pabellón.

–He hablado con el padre –dijo Noe acercándose a don Miguel–. No tiene problemas en que intentemos poner solución a esto, aunque no lo veo convencido. Dice que un par de hostias a tiempo corregirán todo esto.

El Mostacho volvió a fijarse bien en aquella joven con trazas desafiantes. «Qué seguridad», se dijo, «para ser tan joven. Bueno, tampoco nos pasemos. No es una chavala», murmuró entre dientes. Agachó la vista hacia sus zapatos y la volvió a levantar para mirar de nuevo a la psicóloga, que sonreía muy segura de sí misma.

–¿Cómo lo has hecho? –preguntó con cierto asombro.

–¿El qué? –inquirió ella.

–Joder, convencerlo. Un tío que dice que con un par de hostias sobra... En fin...

–Pues no creas que ha sido fácil. Lo cité hasta tres veces y no vino a verme hasta la cuarta. Me llamó pesada, ¿sabes?

–¿Y cómo se lo ha tomado? El proyecto para su hijo, digo.

Ella respiró hondo y repasó con la vista el patio de recreo.

–Digamos que tengo mis métodos de persuasión.

Una sonrisa triunfal se dibujó en los labios de la psicóloga, que desvió la mirada para no resaltar el chisporroteo orgulloso de sus ojos. No le apetecía demasiado comentar el modo en que había amenazado al padre con una llamada a servicios sociales para que le hicieran una visita. Sutil como un cañonazo, sí, pero igual de efectiva. Lo único que le preocupaba era que con ese farol parecía haber dado en un blanco que creía fantasma.

–No sé si esto me alivia o me inquieta un poco más –dijo el Mostacho atusándose el bigote y rascándose luego el mentón–. ¿No entiende que lo de su hijo es una patología?

–Dice que eso son huevadas de profesores modernos, pero tampoco quiere que metamos mucho las narices en su casa. Además, imagino que un veterano como tú igual le da cierto... respeto.

–Puedes decir «viejo», no te preocupes.

–Viejo veterano, entonces. Ya te digo, tienes el camino abierto. A por ello.

El viejo profesor pensó por un instante en las explicaciones de Noe, derivando enseguida en el duro trabajo que tenía por delante, no solo con el chico, sino también con el padre. Tras peinarse de nuevo el bigote, se despidió de Noe, que le sonrió como solo ella era capaz, con esa mueca socarrona tan característica. Sin duda el gesto le insufló ánimos en su tarea. Era una seductora, en el sentido más amplio de la palabra. Vamos a ello, se dijo. Y empezó a caminar con firmeza, de vuelta a clase, pisando fuerte sobre sus nuevos zapatos rojos, brillantes y con cordones amarillos.

CAPÍTULO

VI

En la cafetería flotaba ese cierto aroma de asepsia camuflada. Desinfectante con olor a pino. Y, en cierto modo, era de agradecer. Las cañerías hacía tiempo que rugían con desagradables efluvios que, extrañamente, los parroquianos ya habían asumido y echaban de menos cuando, de tiempo en tiempo, saneaban aquel desastre.

En conjunto, no era un sitio desagradable. Bastante bien remodelado, con paredes de color azul claro en su parte superior, y bajo la cenefa de papel adhesivo, crema claro.

Quizá, en realidad, lo más peculiar era la pareja sentada a una de las mesas, junto al gran ventanal que casi se alargaba hasta el suelo de baldosas anaranjadas. Había algo en ellos que, si cualquier curioso hubiera querido emplear el rato observando, no le habría pasado desapercibido.

Para empezar, un tipo más que maduro, a punto de caerse del árbol, junto a un crío era algo inquietante. Especialmente por el hecho de que no parecían guardar parentesco alguno. El silencio que había entre ambos y la rigidez de sus movimientos –al menos los pocos que hacían, ya que daban la impresión de no querer mover el aire a su alrededor–, desde luego denotaban una incomodidad palpable.

Estaban como congelados en una masa de gelatina o envueltos por una de esas bolas de cristal que se agitan para generar una tormenta de nieve en su interior. Solo que si se los zarandease a ambos, el torbellino vendría causado, sin duda, por el silencio que se arremolinaba en torno a ellos y toda la incomodidad traducida a palabras que no estaban dispuestos a pronunciar.

Álvaro observaba al Mostacho. El tipo estaba más tieso que un palo de escoba. Al principio carraspeaba, se rascaba aquí o allá nervioso y lanzaba de vez en cuando alguna pregunta, como tanteando algún tipo de conversación sin muchas esperanzas. Vaya, al tío se le daba igual de bien que a él eso de hablar con la gente, pensó el chico.

Al cabo de un rato, sin embargo, los tics, las preguntas y el rascarse se habían ido desvaneciendo lánguidamente. El profesor debía de haberse resignado. O comprendido que aquello no tenía mucho sentido. Pero Álvaro tampoco sintió la necesidad de ponerle las cosas fáciles. Además, ¿qué se supone que tenía que hacer? Aquello no había sido idea suya. Tenía curiosidad, sí, pero en principio aquel hombre debía estar haciendo aquello por algo concreto. Imaginó que, al quedar con él, tendría algo preparado, previsto... Y, al parecer, se había equivocado.

¿O no? Echó un nuevo vistazo al Mostacho. El hombre se había pedido una cerveza. Un segundo después pareció arrepentirse, abriendo instintivamente los ojos y mirándolo, como si descubriese que no era correcto del todo beber delante de él. Pero si realmente había pensado eso, se abstuvo de rectificar. Y ahora, mientras miraba por el gran ventanal, daba sorbitos a su vaso, que le dejaba restos de espuma blanca en el tupido bigote, en tanto por debajo de la mesa agitaba inquieto sus pies enfundados en unos llamativos zapatos rojos. ¿De dónde narices había sacado esos zapatos?, pensó Álvaro. Y sin saber muy bien por qué, aquel simple detalle le hizo sonreír interiormente. Por alguna razón, aquello le clavó la impresión de que ese tipo era algo más de lo que parecía.

Dio un sorbito a su coca-cola. Él no había querido pedir nada. Le daba una vergüenza tremenda que lo invitaran. Pero el tipo insistió. Y al bajar el vaso, descubrió que lo estaba mirando. En sus ojos, de pronto, apareció una especie de brillo, como si algo hubiera cambiado súbitamente mientras él bebía.

—¿Puedo pedir un sándwich? —dijo el chico con un hilillo de voz, apenas imperceptible.

El Mostacho dio un respingo en la silla y acercó la cabeza sobre la mesa para escuchar bien al muchacho.

—¿Cómo has dicho?

—Un sándwich... que si puedo tomar un sándwich. Es que no he merendado.

—Sí, claro. ¡Camarero! ¡Un sándwich, por favor! —gritó el maestro, rompiendo por un momento el runrún de la cafetería, la normalidad en un local que se iba llenando de gente por momentos en busca de un café con leche o de un par de refrescos con los que coger algo de resuello.

Viendo la rápida reacción del maestro, comprobando que no puso reparo alguno a su petición, Álvaro se relajó sobre la silla, dio un nuevo trago a la coca-cola y sacó un puñado de folios de su cartera. Eran unas hojas salpicadas de colores muy vivos sobre las que se puso a trabajar y que enseguida llamaron la atención de Miguel, que concedió un par de minutos de cortesía para preguntar al chico por aquellos papeles. Entre tanto, el camarero trajo el sándwich.

—¿Puedo verlos? —preguntó.

El chico alargó el brazo para entregarle dos de aquellos folios.

—Estos ya están terminados —explicó.

El Mostacho abrió mucho los ojos cuando vio lo que tenía delante. Eran viñetas de auténtica calidad, con dibujos muy bien trazados, coloreados de forma precisa, con sus bocadillos y sus onomatopeyas, dignos del mejor dibujante de cómic.

—¡Oye! ¡Esto está muy bien!

El chico quiso sonreír, pero el trozo de bocadillo que daba vueltas por su boca hizo que la sonrisa se convirtiera en una mueca extraña. Entonces pudo tragar, dar un sorbo al refresco –ya por la mitad– y dar las gracias con mucho esfuerzo.

Don Miguel soltó una carcajada muy sonora. Abrió tanto la boca que el crío casi pudo ver la garganta del maestro, casi tanto que de su campo de visión desaparecía el bigote, abundante no solo en pelo, también en espuma de cerveza.

–Parece que tenías hambre –dijo por fin, conteniendo la risa como pudo.

El chico hizo como que ignoraba al maestro, agarró sus lápices y siguió dibujando como si nada. Don Miguel se dio cuenta enseguida de que el chico se había molestado con su actitud. Decidió darse una tregua y agachó la cabeza para chocar con la realidad de sus zapatos, tan rojos y tan brillantes como el primer día. «Joder, es que ni siquiera destiñen», pensó. Décimas de segundo después, sus pensamientos se trasladaron a Noe. «Anda que si me hubiera visto refirme del chico, aquí, con la cerveza delante». Las cosas no habían empezado con buen pie, pero el profesor volvió enseguida al chico.

–Oye, Álvaro, ¿y tienes muchos?

El chico levantó la cabeza del papel.

–Sí, unos cuantos. Tengo tres carpetas llenas.

–Ah –dijo el maestro sin saber muy bien como seguir.

La cafetería seguía bullendo vida en su interior. Los camareros volaban entre las mesas, esquivando las sillas con sus bandejas en lo alto. En la barra, situada justo frente a la posición del pequeño dibujante, se formaban algunos corrillos de hombres bien vestidos que ordenaban copas y copas sin parar. Álvaro ya había terminado su merienda. Había apartado el plato y el vaso, con la idea de hacerse un hueco más cómodo en la mesa, y aparentaba estar absorto en sus cómics, pero lo cierto es que de vez en cuando miraba al Mostacho de reajo, atento a sus movimientos, en los que apreciaba que los nervios del maestro iban en aumento.

Entonces este se levantó arrastrando la silla hacia atrás, llamando la atención del chico.

–Ven conmigo. Vamos a mi casa. Te va a gustar la idea que acabo de tener.

Con mucha parsimonia, el chico recogió sus folios y sus lapiceros, se levantó de la silla, se colgó la mochila y salió detrás del maestro.

Caminaron durante un rato que el chico fue incapaz de calcular. En el trayecto, su mente se concentró tan solo en no hacerse caca encima para no dar el cante en casa de el Mostacho. Frente a la puerta, el maestro se puso a buscar las llaves en sus bolsillos. Álvaro no se separó de su espalda hasta que, una vez dentro, el maestro lo invitó a sentarse a la mesa del salón, que despejó antes de chismes.

–Vete sacando los dibujos. Espérame aquí.

En unos minutos, El Mostacho había regresado cargado con una caja repleta de unos hilos distintos a los que utilizaba cuando cosía los botones que su padre perdía en la camisa. Eran algo más gordos. Junto a esos hilos, acompañados de agujas también muy gordas, don Miguel trajo unos botes blancos de cola, que despistaron aún más al muchacho.

–Vamos a encuadernar tu primer cómic, a ver qué tal se nos da –dijo eufórico el maestro.

La cara de sorpresa del chico fue mudando a la ilusión. En sus ojos había un brillo distinto, que delataba por fin la confianza plena de Álvaro en Miguel. Al menos eso le pareció al segundo, que se hizo hueco en la mesa y se puso a trabajar.

–Por cierto –añadió, entornando los ojos–, ¿conoces la revista del instituto?

CAPÍTULO

VII

A su alrededor, como de costumbre, oía risas, cuchicheos.

Nunca le habían tocado un pelo, las cosas como son. Pero tampoco se engañaba al respecto. No había sido porque aquellos chavales tuviesen un gramo de humanidad en sus sobrealimentados cuerpos de atletas prematuros. No. Ni hablar. Simplemente, no le habían tocado porque les daba asco.

Muy a su pesar –o quizá no tanto–, una tímida sonrisa se dibujó en la cara de Álvaro, dirigida como siempre hacia las baldosas. «No me tocarían ni con un palo», constató entre amargo y divertido.

Y no es que tuviera miedo a los golpes, porque papá le había ayudado con creces a superar ese temor –o no–. Sencillamente había algo más profundo que eso. Algo que se le metía más adentro. Algo que le calaba hasta los huesos. Y, a veces, resultaba difícil sacarlo. Tanto que al final se convencía de que ni siquiera estaba ahí.

El desprecio.

Era algo raro. Él era perfectamente consciente de que, a su lado, esos críos eran pigmeos intelectuales. Así que, ¿qué más le daba lo que dijeran?

Simple. Evidente. Claro. ¿No? Sí, cristalino. Solo que una cosa es saber algo y otra bien distinta, sentirlo. Y, por más que le fastidiara, por más rabia que le arrancara y por más que quisiera obviarlo, lo cierto era que todas aquellas burlas le habían hecho mella. Claro. Al final, solo eran un granito de arena más que añadir al platillo de la humillación que ya le cargaba con creces su padre. Así que la balanza entre lo que sabía y lo que sentía, se volcaba irremediabilmente hacia el lado marrón. En todos los sentidos.

Por eso, aquella mañana notaba cómo el corazón se le aceleraba de un modo incomprensible. Parecía tener una batucada de las buenas en el pecho, mientras cierta sonrisa, que debía darle un aspecto aún más raro de lo normal, le temblaba rebelde. Era como un pulso entre sus labios y su cabeza.

¿Qué era aquello?

La verdad, no tenía ni idea. No podía describir esa sensación. De hecho, dudaba que existiera una palabra que acertase a dar una idea exacta. Porque, ¿cómo definirlo?

Las pulsaciones enloquecidas, los ojos abiertos de par en par, sin lograr evitarlo, igual que la sonrisa... ganas de saltar, de que al fin todo se tradujese en una risa que estallara a borbotones.

¿Qué narices era eso?

«Y total», se dijo, «todo por una tontería...». Pero hay tonterías así.

Aferró aún más fuerte el tirante de su mochila, afianzando la mirada en el suelo para que nadie reparase en esa expresión que no acertaba a contener, mientras con el rabillo del ojo veía a su alrededor aquello que, inexplicablemente, lo tenía así.

Cuando el Mostacho le propuso publicar sus viñetas en el periódico del colegio aquella tarde, mientras el olor del papel, la cola de carpintero y la madera se le metían dentro, en esa especie de extraña calma del taller, al principio no supo muy bien qué contestar.

Por un lado, la idea le chocó, como un golpe repentino que venía a sacarlo de esa especie de reconfortante ensoñación en que le sumía la tarea de cortar, poner cordel y encolar las hojas. «¿Publicar eso? ¿Pero qué narices...?» Aquellos dibujos, como bromas macabras, no eran más que la forma de exorcizar su rabia, su miedo. ¿Cómo iba a enseñárselo a todo el mundo? Era como pasearse en pelotas delante del instituto en pleno. O, peor, en realidad. Ya sabía lo bicho raro que lo creían todos, y no le apetecía cargar aún más las escopetas que lo tenían continuamente encañonado.

Sin embargo, había algo en esa locura que le llamaba la atención. El qué exactamente, era algo que no acertaba a concretar. Pero estaba ahí.

Tal vez fuera el tirarle a la cara a todo el mundo quién era realmente él, desafiar abiertamente a aquellos que le despreciaban. Quizá era su forma de gritar. O simplemente, todos buscamos la forma de comunicarnos. Y aquello era su manera de hacerlo. Pero para comunicarnos, es necesario que alguien reciba el mensaje. Y además, nadie tenía por qué entender que esas bromas traducidas a viñetas eran lo más íntimo de él. Quizá solo apreciaran su retorcido, oscuro y turbio sentido del humor.

Quizá.

Pero ¿y el Mostacho? ¿Lo había entendido él? Sí, por supuesto que lo había hecho. El tipo no era tonto. Para nada. Ni él. Comprendía a la perfección a qué venía todo aquello. ¿De verdad pensaba que no se había dado cuenta?

Resultaba casi enternecedoramente ingenuo todo aquel juegucito del maestro. Enseñarle a encuadrar, darle coba con sus viñetas, proponerle publicarlas... Estaba claro lo que se proponía. Pero en cierto modo apreciaba los torpes intentos del tipo por ayudarlo. Al fin y al cabo, podía no ser brillante, pero hacía lo que podía. Se agarraba a un clavo ardiendo por tender un puente con él, a pesar de su apariencia de indiferente y quemado. Sí, el tío se lo curraba. La cuestión era si él quería entrar en aquel juego.

No le gustaba que lo manipulasen. Pero, por otro lado, el Mostacho intentaba echarle una mano disimu-

ladamente, sin que él se diera cuenta. Solo que sí se daba. De modo que, ¿qué debía pesar más, dejar que jugasen con él o probar si eso realmente podía traerle algo bueno?

Retuvo unos instantes aquel interrogante. Quedó como en suspenso tratando de atinar con una respuesta sencilla. Y, por supuesto, la encontró sin demasiado esfuerzo. Porque permitir que lo manejaran, sabiendo que lo hacían, en realidad le seguía dando el control a él mismo. «Veamos a dónde lleva esto», se dijo. «En el momento que no me mole, lo puedo frenar. Al fin y al cabo, sólo me estoy dejando hacer... es él quien no sabe hasta qué punto me entero de lo que hace».

Además, lo cierto era que a estas alturas del partido, tenía muy poco que perder.

De modo que había aceptado la prueba. Y el resultado lo tenía ahora delante de sus narices.

Risas. Cuchicheos. Lo de siempre.

Bueno, lo de siempre... y, en el fondo, algo muy distinto.

Sí, las risas y los cuchicheos eran por él, pero en esta ocasión no sobre él.

CAPÍTULO

VIII

La chavala, constató Noe una vez más entornando los ojos, era efectivamente una reina del polígono. Pintada como una puerta, coleta con goma rosa chicle y la mirada tan apática y perdida como un político en el confesionario. Sin embargo, no le costaba ir un poco más allá de lo evidente. Podía rascar sin problemas la costra de aquella imagen para llegar a la cría confusa, perdida, que buscaba desesperadamente algo de cariño, aunque fuera a costa de dejarse manosear y tratar de cualquier manera por el primer fulano que se topara. Tanto maquillaje no servía para ocultarse a sí misma ante el espejo, y lo que quedaba era simplemente una chica medianamente mona con la autoestima en el subsuelo, desesperada por un gesto que le hiciera sentirse mejor. Fuera cual fuese el precio de ese gesto. Y, por lo general, el precio era acabar sintiéndose aún peor. Porque cuando comienzan a consentirse ciertas cosas, la espiral no tiene fin.

Noe respiró hondo antes de comenzar a hablar. Ni era la primera vez que se encontraba algo así ni sería la última. Este perfil de niñas, carne de cañón para malos tratos de cualquier bastardo, había ido aumentando pasmosamente con los años, a pesar de la incidencia de campañas al respecto.

—Mira, Vir, ya sabes que eres mi choni favorita. Pero no podemos seguir así.

—¿Así, cómo?

—Pues así —dijo abriendo la mano como abarcándolo todo—. Me lo paso muy bien contigo, pero que vengas cada dos por tres a contar tus movidas con el descerebrado de turno ya me empieza a aburrir un poco.

Los ojos de la cría se abrieron de par en par. Habría dado un par de mascadas rápidas si hubiera tenido el chicle en la boca. Pero no lo tenía, claro. Sabía que a Noe le daba asco.

—Tú sabes que no son más que una panda de desgraciados. Y lo peor es que te dejes utilizar sabiéndolo.

Vir suspiró. No le apetecía oír aquello.

—¿Me vas a venir tú también con que soy una puta? —la retó.

—No. Aunque si tú crees que lo eres, ya tienes una avería gorda.

La cría se descolocó. Su cerebro frenó en seco para ver a dónde iba Noe.

—¿Eres una puta?

—¿Qué?

—Que sí eres una puta.

—¡No!

—¿Entonces?

—¿Qué?

—Pues que por qué crees que lo iba a pensar.

—¡Yo qué sé! Como dices lo de los tíos... ¡Además, no me rayes!

—No te rayo. Pero dime una cosa. Si no eres una puta, ¿por qué te dejas tratar así? ¿Te mola que te traten así?

Vir la miró, ahora con una efervescente mezcla de rabia y confusión en sus estucados ojos.

—¿Sabes qué pasa? Que estás muy confundida. Te crees que así vas a conseguir que te quieran, y estás muy equivocada. Bueno, o no, porque en el fondo te das cuenta de que te tratan como a una mierda y al final te sientes peor.

Bufidos. Vir ya no sabía cómo sentarse. Ahora sí que necesitaba el chicle. O un piti. Le gustaba hablar con Noe, pero la tía debía estar con la regla o algo, porque la estaba rayando mazo.

—¡Tú qué coño sabes de mi vida!

—Pues lo que me cuentas y lo que veo. Y sé que no te mereces eso. Y sé que lo sabes, porque hasta ahí llegas. Hasta ahí y más lejos, porque de tonta no tienes ni un pelo.

Pataleó nerviosa. Las suelas de goma de sus Converse marcaron el agitado pulso de la cría, que había comenzado a dar cuenta de sus uñas postizas con los dientes.

Quizá fuera el momento. Quizá no. Pero Noe siempre prefería hacer las cosas cuando se lo pedía una parte algo incontrolable de su cerebro. La química con los críos funcionaba mucho mejor que las depuradas técnicas académicas. Y ahora su instinto parpadeaba con la luz verde para probar algo.

—Escúchame, Vir. No te rayes —la calmó—. Mira, hay una cosa que quiero hacer desde hace mucho. ¿Te animas?

Vir se puso alerta. Sabía que Noe estaba preparando algo, y eso no le gustaba nada. Pero, por otro lado, no podía evitar que le picase cierta curiosidad.

—¿Tienes las pinturas de guerra?

—¿Qué?

—Tu maquillaje.

—Sí. ¿Por?

—Pues es que... siempre te veo tan pintada y tal... yo, ya me ves, soy un desastre. ¡Hasta la raya del ojo me sale torcida!

Una risa se le escapó a la cría antes de que pudiera darse cuenta. Y cuando lo hizo, ya era demasiado

tarde. ¿Cómo lo hacía? La muy perra había conseguido que la tensión se evaporase en un segundo.

–¿Qué te parece si ahora que no nos ve nadie me ayudas a pintarme?

–Vale –respondió Vir aún atónita, pero intrigada y punzada por cierta complicidad bastante divertida.

–Lo que pasa es que tengo que pedirte también otra cosa.

Los sentidos de la muchacha se tensaron de nuevo. Ahí estaba el truco.

–Te veo siempre así, tan pintada y tan mona... que me gustaría verte aunque fuera una vez sin maquillar.

Silencio. Tensión.

–Tú me pintas y yo te veo sin pintar. No pasa nada. No nos va a ver nadie. Luego, si no nos gustamos, antes de abrir esa puerta nos quedamos como estábamos y tan tranquilas. ¿Sí?

Los engranajes rechinaban en el cerebro de Vir. ¡Joder, sabía que eso era uno de los jueguecitos de Noe! Pero había algo en ella... No sabía muy bien qué, a lo mejor su seguridad o la forma en que la trataba... Era algo así como una amiga, pero no era una amiga. No confiaba en ninguna como en Noe. Así que muy a su pesar, accedió. Tampoco tenía nada que perder, se repetía, como para convencerse de que aquella tía no hacía con ella lo que quería.

A medida que la pintura desaparecía, con cada pasada de la toallita, iba descubriendo una cara que no solía ver. Más joven... ¿Cómo decirlo? ¿Más limpia? Algo dentro de ella temblaba de una forma rara. Y lo más extraño era que esa sensación no era desagradable. Se sentía de alguna forma liberada, como si cierta presión del pecho cediese y comenzara a respirar como hacía mucho tiempo que no respiraba.

–¡Joder, Vir, estás preciosa! –oyó a Noe. Sin embargo, no la veía. No podía apartar los ojos del espejito, como hipnotizada por su imagen, que no era suya–. A ver, que pintada y tal eres mona. ¡Pero así...!

Las palabras parecían venir de muy lejos. No le decían nada que no estuviese viendo ella misma. Ensimismada.

–Fíjate bien en esa cara. Es la de alguien que no se esconde. Que no necesita esconderse con pintura, porque sabe que vale demasiado para dejar que la traten como a una mierda. ¿Y sabes? Esa... es tu cara de verdad. Ahora tú decides. Las pinturas están ahí.

Noe se arrellanó en su incómoda silla de oficina. El mobiliario público no daba para más. Pero en ese momento, en aquellos precisos instantes, ni siquiera se daba cuenta. Su trasero estaba varios metros por encima del gastado asiento de plástico. Porque, una vez más, lo había hecho. Había dado en el clavo. No es que Vir fuese a sufrir una metamorfosis drástica de la noche a la mañana con aquello. Pero al menos se

había abierto una pequeña rendija en su muro. Y a través de ella podía entrever algo más. Algo más allá.

La psicóloga se estiró con una sonrisa que le habría hecho avergonzarse de pura autocomplacencia y satisfacción. Solo que, además, había un raro orgullo que sobrepasaba todo eso. El orgullo de que esa chica fuera capaz de reaccionar y sacar fuerzas. Se sentía orgullosa de Vir, no de sí misma.

Resopló sonoramente. Al no caber en sí por la euforia, necesitaba hacer un hueco en su interior. Algo casi ridículo, pero físicamente necesario.

Luego, cuando su cerebro volvió al mundo real, sus ojos se posaron, casi al descuido, en unos papeles que destacaban sobre la montonera de la mesa. Con cierta curiosidad, que era más bien un reto a su inconsciente, tomó aquella débil encuadernación. La revista mensual del instituto.

Como si su rostro fuera una pizarra mágica infantil, la sonrisa de autocomplacencia se borró para dejar su lugar a otra más cálida.

En la portada, a modo de faldón sobre el margen inferior, aparecían unas viñetas que en seguida atraparían poderosamente su atención. Sí, eran los dibujos de Álvaro.

Sin duda, el chaval tenía un talento natural para la ironía. Sus dibujos lograban arrancar un chiste a situaciones que podrían resultar crueles y descarnadas. E iba más allá. Conseguía incluso darles la vuelta para otorgar cierta dignidad a las burlas más dolorosas y sangrantes.

Quizá todos supieran, al menos en la misma medida en que ella lo intuía, que todo aquello eran las propias peripecias de humillación que componían la vida del chico. Pero con eso y con todo, él se había sabido alzar victorioso por encima de sus torturadores. Y ahora, con cada risa, los enterraba aún más en su propia vergüenza.

Noe meneó la cabeza francamente admirada. Desde luego, Álvaro no era un crío normal.

No obstante, en el momento en que más tentada se sentía a dejarse llevar por la calma de un nuevo acierto, algo alertó sus sentidos. Al principio no supo muy bien de qué se trataba. Simplemente su instinto, por lo general más despierto que ella, le pellizcó el cerebro dolorosamente. De modo que, forzándose a un escrutinio más intenso, exploró cada línea de aquellas viñetas. Y entonces, con un estremecimiento tan profundo como una descarga eléctrica en los intestinos, lo descubrió.

Apartó los ojos de aquellos dibujos casi espantada, con las neuronas echando chispas.

Aquello era mucho más de lo que sospechaba. O al menos de lo que se había atrevido a sospechar conscientemente. Por debajo, su sexto sentido, que nunca había dejado de contemplar de reojo aquella posibilidad, insistió con un irritante soniquete: «Ya te lo había dicho...»

CAPÍTULO

IX

El olor del tabaco se mezclaba de forma extraña con el de la cola de carpintero. Cuando se entrelazaban, formaban un denso telón que envolvía al maestro y al muchacho. El Mostacho había preguntado a Álvaro si le molestaba. Pero, ¿cómo le iba a molestar? Al fin y al cabo, eso camuflaría sus posibles fugas intestinales. Ya casi no le pasaba, pero casualmente, cuando estaba ahí una cálida sensación de seguridad aflojaba involuntariamente sus esfínteres, de los que poco a poco iba logando cierto control.

Álvaro apretó las palomillas de las tablas que aprisionaban los folios. Una vuelta más y ya no habría forma de que se moviesen o descabalase ni una sola hoja. Comprobó que la resma se encontraba perfectamente alineada y la colocó en el borde de la mesa.

Miguel lo observaba dando una calada al cigarro. No podía evitar cierta tentación de ayudarlo, pero sabía que no debía hacerlo. Se trataba de que el chaval aprendiera la técnica. Y ya puestos, el placer de crear algo con sus propias manos. Algo completamente suyo. Además, lo cierto era que a pesar del impulso que a duras penas reprimía, tampoco había un motivo real para intervenir. El crío lo hacía francamente bien. Era como una esponja que observaba y aprendía cada detalle a la primera. Esa avidez por aprender incluso algo que probablemente no le importaba nada en un principio, fijó aún más la impresión que el maestro tuviera desde el primer encuentro. Álvaro era especial.

Aun así, cuando hubo que hacer los cortes en el canto de las hojas, tomó el cuchillo de cortar pan para hacer las primeras incisiones. Le daba cierto miedo que se hiriese. A pesar de saber que no lo haría.

Dio un trago a la cerveza y se puso manos a la obra. Sujetó el grueso de hojas con su mano izquierda y el cuchillo en la derecha y comenzó a serrar con cierta dificultad. No era la herramienta adecuada, pero se le habían acabado los pelos metálicos de la segueta, que era su instrumento habitual. Así que había que conformarse.

Con cada embestida del cuchillo de pan, el paquete se encabritaba, por más que él tratase de sujetarlo, por lo que entre sus propios gruñidos y jadeos, podía oír el tragar de saliva del crío, quizá preguntándose cómo acabaría todo aquello. Y claro, acabó como tenía que acabar. La mano, sudada, se escurrió por el mango y dio a cortarse con la serrada hoja.

Sería difícil precisar quién dio un respingo mayor. Pero Miguel trató de mantener cierta dignidad, chupándose la herida y obviando el incipiente mareo que le producía siempre la sangre. Luego, mirando al

chico por encima del dorso de su mano, achinó los ojos en una especie de sonrisa.

—¿Sabes quién era Jim Bowie? —dijo de pronto.

Álvaro tardó un poco en reaccionar. ¿A qué venía eso? Ni sabía de quién le estaba hablando ni tenía la más remota idea de qué tenía que ver ese fulano con el tajo que se había dado el Mostacho. Así que se limitó a parpadear un par de veces y sacudir negativamente la cabeza.

—¿No? ¿De verdad? El de *El Álamo*...

Nuevos parpadeos. Perplejidad por duplicado. Uno no podía creer que estos chicos no conociesen *El Álamo* ni a los personajes que se dejaron allí el pellejo. El otro apenas daba crédito a la ida de cabeza del hombre.

—Pero *El Álamo* te suena, ¿no?

—Sí. Los que estaban en un fuerte o algo así.

El maestro sonrió satisfecho. No todo estaba perdido.

—¡Eso es! —exclamó, sentándose para no caer redondo—. Prefirieron morir todos antes que rendirse. Y uno de ellos era este que te digo, Jim Bowie.

Vaya, se avecinaba una batallita, intuyó Álvaro. No es que le molestasen. Por lo general eran anécdotas curiosas sobre historia y cosas así. Pero en esos momentos, él conseguía duplicar su atención y obtener más información de la que Miguel creía. Mientras una parte de su cerebro escuchaba, filtraba y retenía lo más llamativo del discurso, otra parte examinaba las estanterías del despacho. No era curiosidad malsana. Simplemente necesitaba saber algo más de aquel tipo tan peculiar que parecía preocuparse realmente por él. Y por el que, a su pesar o simplemente sin saberlo, comenzaba a sentir cierto aprecio. O una palabra que le daba vergüenza reconocer. Cariño.

—Pues ese hombre es una especie de héroe por lo de aquella misión reconvertida en fuerte. La verdad es que hacían falta narices para plantar cara a todo un ejército con solo un puñado de soldados, la mayoría voluntarios.

Había entre los elementos de los estantes, atiborrados de libros con hojas amarillentas y objetos poco habituales, como un telescopio, un sextante... algo que llamaba poderosamente la atención del chico.

—Es curioso, porque se le recuerda como un héroe por eso, pero se olvidan de otras cosas. Como que fue tratante de esclavos, un camorrista que se aprovechaba de ser un tío enorme o que, en realidad, se pasó casi todo el asedio del Álamo tirado en una cama comido por la fiebre.

El objeto en sí era una foto metida en un marquito de madera, probablemente de los chinos.

– Bueno, pues todo esto venía a lo del cuchillo –recapituló el Mostacho, consciente de que estaba yendo por las ramas, como le solía pasar de un tiempo a esta parte–. Él inventó el cuchillo Bowie.

En la foto se veía a una mujer sonriendo a la cámara desde las almenas de un castillo. Había más fotos suyas, claro, pero por algún motivo, esa era diferente.

– ¿Sabes cómo son los cuchillos Bowie? –preguntó el maestro. Al obtener por respuesta un meneo de cabeza del crío, con la mitad del cerebro que atendía a Miguel, este siguió con su historia–. Pues son los que ahora se suelen utilizar para caza y esas cosas. Los que tienen guardas entre el mango y la hoja. O sea, como las espadas, ¿sabes?

Y aparte del gesto, que no lograba descifrar, algo más atraía al chico hacia la foto. Una pregunta. Un interrogante que se acentuaba visita a visita. Algo que necesitaba saber. Como un picor que no lograba rascarse. Porque rascarse suponía hablar con aquel tipo tan reservado acerca de por qué su mujer, la que los observaba desde las estanterías, aquella a la que jamás mencionaba, no estaba nunca en casa.

– Lo conocían por lo bien que manejaba los cuchillos. Pero cuentan que en una de sus peleas, o de sus duelos, no me acuerdo bien, al acuchillar a su enemigo, la mano se le escurrió del mango y se cortó. Ten en cuenta que la hoja de esos machetes era de más de un palmo de largo.

No podía pasar por alto aquello. Necesitaba saberlo. Ese hombre empezaba a formar una parte realmente importante de su vida. ¿Cómo no le iba a resultar desasosegante ese hueco? ¿No estaba porque no quería molestarlos? ¿O simplemente no estaba? Esa ausencia comenzaba a ser más que significativa, de modo que necesitaba entenderla. Lo necesitaba para conocerlo.

– Vamos, que le pasó como a mí ahora –seguía el maestro–. Por eso inventó los cuchillos con guardas.

Un silencio se posó de pronto en el cuarto. Miguel esperaba alguna reacción del chico, mientras este reunía las dos partes de su cerebro. Y una vez centrada su atención en un solo punto, la picazón se hizo insoportable. Por eso reunió a duras penas el valor suficiente para musitar:

– ¿Puedo decirle algo?

El maestro asintió orgulloso, dando por sentado que la historia había impactado al crío.

– Esa foto... –comentó tímidamente, apuntando con la cabeza hacia la estantería–. Su mujer parece muy simpática.

Ahora el silencio se heló. Los músculos en el rostro del profesor se tensaron súbitamente, rígidos, velando sus ojos con un nubarrón repentino que acabó con todo asomo de brillo.

– Lo era –replicó secamente.

La respiración de el Mostacho, súbitamente pesada, como el resollar de una animal a punto de investir, marcó el ritmo de los segundos, que parecían chirriar entre las estanterías del cuarto.

Pero cierto destello rompió el maleficio que parecía adueñarse de todo. Álvaro se levantó, como si de pronto fuera ajeno a lo que ocurría, cogió un rollo de celo y comenzó a enrollarlo en el cuchillo. No pronunció una palabra, pero al acabar, mostró orgulloso su obra a Miguel. Ahora, el cuchillo de pan tenía una guarda de celofán entre la empuñadura y la hoja.

—Un cuchillo Bowie —dijo sonriendo más esperanzado que inseguro—. Ya no nos volveremos a hacer daño. Todo habría sido perfecto entonces, de no ser por el calor líquido que Álvaro notó en su ropa interior y que no tardaría en delatarse.

CAPÍTULO

X

Habían pasado la tarde sobre la misma mesa de salón en la que, semanas antes, el chico y el maestro descubrieron dos aficiones con cierta dependencia entre sí, con algo que las ataba y que las complementaba. Dejando sobre el tablero los hilos, las agujas y la cola –ya los recojo yo luego, dijo el Mostacho– salieron a la calle camino de casa del chaval. Quizás influyó en la decisión las ganas del profesor de pasar un rato a solas, con su Facebook y sus novelas del Oeste, o más bien el tufillo que empezaba a expandirse por el salón y que en la calle se podría sobrellevar de otra manera.

Caminaron por la calle como lo hacían desde el primer día: Miguel por delante, pisando fuerte sobre la acera con sus zapatos rojos, y Álvaro un paso por detrás, con su cartera a los hombros y un contrapeso en el culo al que se acostumbró desde pequeño. Aquel esquema ya no se rompería durante el tiempo en que duraría la terapia que se estaba fraguando de alguna manera, y de la que ninguno de los dos terminaba de enterarse. Al principio parecían una pareja extraña, atípica en las calles de aquella ciudad que brillaba en la primavera, pero a los pocos días ya nadie se detenía a observarlos. Eran parte de aquella vida, de la que circulaba en turismos y autobuses, de la que entraba y salía de los grandes almacenes, de la que corría detrás de una pelota extraviada y de la que descansaba en los bancos de madera de aquel parque junto al que se detuvieron un momento y al que el chico insistió en cruzar.

–Espera un poco, ven conmigo –dijo el Mostacho–, que tengo que comprar tabaco.

Entraron a un bar próximo cargado de ambiente, saturado de un olor pegajoso a freidora y a grasa, con unas grandes cristaleras sobre las que se apoyaba la máquina expendedora de la que hizo uso el maestro.

Anduvo al principio medio embelesado, buscando en la fila de botones el logo del Winston, o del Marlboro como mal menor, y revolviendo con la mano en el bolsillo para agarrar las monedas necesarias. Una vez completa la operación, en ese instante fugaz en el que la máquina ejecuta la orden que recibe del cliente y después le da las gracias, el Mostacho se relajó, levantó la cabeza y a lo lejos descubrió una figura que le resultó familiar. Con un movimiento reflejo se frotó los ojos para guiñarlos después, medio cegado por el sol que acosaba intenso los cristales, y comprobar que aquella figura desaliñada y que se sostenía en pie por momentos era la del padre del chico. Y que colgado en lo alto de un tobogán, sin saber si arrastrase abajo o no, estaba el hermano pequeño de Álvaro, esbozando en su carita uno de esos gestos tan habituales en los niños que a punto están de romper a llorar.

—¿Vamos o qué? —le dijo el chico tirando de su chaqueta.

A Miguel le resultó extraña esta actitud del chico, que de pronto había perdido la vergüenza y que había asumido al maestro como alguien en quien poder confiar. Al menos eso quiso creer cuando se dio la vuelta para guiarle en la salida de aquel antro que les había impregnado las ropas de un tufo insoportable, adherido ya al olor habitual del chico. Salieron con paso decidido, aunque el Mostacho no había decidido cómo actuar una vez fuera. No encontraba alternativa al deseo de Álvaro de acercarse al parque ni tampoco era capaz de plantear una estrategia en caso de ser vistos por el padre, que por otro lado tampoco estaba para ver mucho más allá de la punta roja de su nariz. Pero Miguel siempre fue rápido de reflejos, quizás por la larga experiencia de trabajo con niños. Quizás se le agudizaron a base de leer esas novelas de gatillo fácil, de duelos fugaces y sombreros de cowboy.

—¡Tengo una idea! —exclamó el Mostacho agachándose en la puerta del bar y colocando su cara frente a la del chico, rozándole casi la nariz con el bigote—. Conozco una librería muy cerca de aquí, a dos manzanas, que tiene la mejor colección de cómics y tebeos de la ciudad. ¿La conoces? ¿No? Seguro que no. ¿Qué te parece? ¿Nos vamos para allá?

El chico asintió sin mucha convicción, aunque la idea le entusiasmaba. Lo que no le apetecía demasiado era ir hasta un sitio tan especial desparramando ese hedor que salía de su pantalón y que se iba haciendo más intenso a cada momento.

—Ya verás —le dijo el profesor—, conozco mucho al dueño... ¡vaya! Digamos que... es amigo mío, y podemos enseñarle tus trabajos. Seguro que le gustan. ¡Va! ¡A la librería!

Como ya era habitual, el chico siguió los pasos del maestro muy de cerca. Su ángulo de visión no abarcaba mucho más que el pantalón y los faldones de la americana de el Mostacho. Solo de vez en cuando bajaba la vista para escandalizarse —en la manera en que puede escandalizarse un niño— de aquellos zapatos rojos que, bajo el sol primaveral, expandían su brillo incluso a los adoquines de la acera.

Sabedor de que el chico no saldría de detrás de su espalda, Miguel se centró en atender a la figura del padre en los pocos metros de calle que le quedaban antes de dejar el parque a sus espaldas. El hombre, despeinado y con la cara empapada en sudor, apenas se sujetaba sobre los zapatos —aunque más sucios, bastante más presentables que los míos, por otra parte, pensó—. Con esa intención, seguramente, la de mantenerse erguido mientras pasaba un rato con el niño en el parque, el padre de Álvaro daba vueltas sobre sí, chocando incluso una vez con una señora que cruzaba la zona de recreo para recoger a una niña de coletas que bien podría ser su nieta. En ese lance, en aras de aparentar una dignidad que había perdido

mucho tiempo atrás, el padre de Álvaro se estiró y alzó la barbilla, para terminar cruzando su mirada con la de el Mostacho. El maestro nunca supo lo que pudo pasar por la cabeza de aquel hombre borracho y tambaleante, pero por la suya se cruzaron unos cuantos pensamientos que daban idea de los problemas que arrastraba Álvaro y contra los que, según Noe, él sería capaz de pelear hasta vencerlos. Enseguida se dio la vuelta, agarró al chico por los hombros y lo colocó a su lado, ajeno a cuanto sucedía en aquel parque, y giró en la esquina camino de la librería.

En el parque, entre el bullicio general, la señora que intentaba rescatar a su nieta lanzó un grito que despertó al padre de Álvaro de su letargo:

—¡Oiga! ¡Ese niño, se tira o no! ¡Que está formando cola y no deja de llorar!

CAPÍTULO

XI

Un cínico le habría encontrado su gracia al tema. Un optimista habría opinado que se encontraban un poco más cerca de saber realmente qué estaban haciendo, con qué estaban tratando. Un pesimista se habría conformado con dejar que se le erizasen los pelos de la nuca pensando: «¡Oh, vaya! ¡El mundo es cruel!»

Pero Miguel no era exactamente nada de eso. Y le constaba que Noe tampoco. Así que cuando la vio con las pupilas completamente dilatadas, señalando aquí y allá ciertos detalles de los dibujos, le asustó el extraño estado de excitación que parecía embargarla.

Cuando al fin la torrencera informativa cesó, ella mantenía sus enormes ojos rasgados clavándose en Miguel, a la espera de... ¿De qué? ¿Alguna respuesta concreta? ¿Alguna pregunta, tal vez? ¿Qué?

—¿Comprendes lo que quiero decir? —lo espoleó finalmente.

El Mostacho rumió un par de segundos.

—Que el chico lo está pasando mal, ¿no? Pero eso no es nuevo.

—No es solo que lo esté pasando mal. Esos trazos, esos ojos... lo que dicen es que observa algo a su alrededor. Es muy observador, ya sabes... ¡Y está aterrado! Algo en su vida lo tiene aterrizado. Tiene habilidades de sobra para afrontar los problemas, pero aun así algo escapa a su capacidad y lo asusta de un modo que ni te imaginas.

En ese momento, un resorte hizo clic en el cerebro del maestro. Y de pronto, todo encajó. Una idea que procuraba mantener alejada de su mente, pero que ahora no podía obviar. Algo que súbitamente hacía que todo cobrase sentido. Como lo cobró el cuchillo de cortar pan cuando el muchacho lo forró de celo entre el mango y el filo. También iba cargada de sentido la decisión de marcharse hasta aquella librería experta en cómics que el Mostacho recordó de inmediato y que pretendía impedir que Álvaro se topara, una vez más, con la cruda realidad de su casa.

—Quizás...

Atusándose el bigote con la mano izquierda y acariciando un cigarrillo con la derecha, el viejo profesor quiso aparentar cierta inseguridad que se reveló con una mera estrategia ante Noe, de la que admiraba la enorme certeza con que trabajaba siempre.

—¡Venga, dispara! —dijo ella poniéndose de pie y apoyando las dos manos sobre la mesa, venciendo el cuerpo sobre la cara de el Mostacho.

Este trató como pudo de obviar el suave olor de su compañera, centrándose a duras penas en lo que había descubierto.

–Verás, creo que el padre bebe. Bebe mucho. Hace unos días salimos de casa. Habíamos estado encuadrando unas viñetas. Ya te conté que la actividad parecía haberle gustado al chico, que por otro lado empezó a soltar ese olor tan particular que... ya sabes...

–No te enrolles, Miguel. Cuéntame qué viste.

–Bueno, pasamos por un parque cercano a casa y el chico quiso acercarse a jugar. Antes le pedí que me acompañara a comprar tabaco en un bar de por allí.

–Anda que ya te vale –dijo ella con una sonrisa cargada de sorna–. En menudos sitios me metes al chaval.

–En fin –cortó el maestro–. Que desde el bar pude ver al padre con un pedal que se caía. Iba muy borracho, demasiado. En uno de los tumbos se llevó a una mujer por delante, ¿sabes?

–No sé por qué me imaginaba algo así.

–Eso no es lo peor –dijo él–. El niño pequeño, el hermano de Álvaro, se quedó colgado de lo alto de un tobogán y no paraba de llorar. Y el padre, como si tal cosa, como si aquello no fuera con él.

Noe suspiró profundo. Recuperó la posición erguida, giró sobre sus pasos y miró por la ventana del despacho. El patio de recreo, que media hora antes se había llenado de seres menudos corriendo de aquí para allá, estaba absolutamente desierto y bañado de sol. Era una imagen un tanto desoladora, si se comparaba con la que había podido observar minutos antes, y que ahora solo rompía el conserje del colegio, atareado en la limpieza del patio con su escoba y su cubo de basura.

El Mostacho guardó silencio sobre la silla. Estaba tieso como un palo. El silencio lo atormentaba, no quería defraudar a Noe en este reto al que estaba empezando a cogerle el punto. Notó cómo le sudaba la frente, cómo le sudaban las manos y los pies. Vaya, los pies. Otra vez esos malditos zapatos rojos, se dijo, antes de colocarse entre los labios el cigarrillo que había estado sobando desde que se sentara en esa silla y de encenderlo con un mechero que guardaba en el bolsillo de la americana.

–¡Miguel, por favor! ¡Estamos en un colegio! –bufó ella desde la ventana.

–Perdona, es que... Bueno, que ya lo apago.

–No, deja, deja. No te preocupes –dijo ella, volviendo a ocupar su espacio de poder natural en el despacho y acercándose a la puerta para echar el pestillo.

Después regresó a la mesa, se sentó haciendo un gesto de cansancio, se pasó la mano por la cara y volvió

a mirar al maestro.

—Dame uno, anda.

El Mostacho arrojó el paquete de Winston sobre la mesa y ella empezó también a fumar. Abrió un cajón de su mesa y sacó un cenicero de plástico.

—Y el chico, ¿se enteró de algo?

—No, creo que no se percató de la escenita del parque. Intenté que no lo hiciera, vamos. Pero mucho me temo que las melopeas del padre son habituales en casa. Que el chico debe de estar acostumbrado a ver al padre borracho. Que el problema está ahí, y que no lo viera el otro día no impide que el chaval sea consciente del asunto. Se cagará encima, pero es un chico muy maduro, ¿sabes?

—¿Ah, sí?

—Sí, lo es.

Entonces, el Mostacho le explicó las habilidades del chico con los lápices de colores, la originalidad de las viñetas y la maña que se daba cuando se sentaban a encuadernar.

—Bueno, ya lo has visto tú misma. Son muy buenas.

—Sí que lo son, sí —dijo ella con cierta resignación.

El Mostacho no se quedó convencido. El chico era muy maduro, muy listo para su edad, aunque ella no lo creyera. Insistió entonces con la anécdota del cuchillo Bowie, con la historia de El Álamo, de la que algo había escuchado hablar, y con el rollo de celo y el cuchillo de cortar pan.

—Fíjate si es listo, que hasta me preguntó por mi mujer.

Mi mujer. Dos palabras. Un posesivo y un sustantivo que aniquilaron del todo al Mostacho. El bochorno le fue brotando aún más, de adentro hacia fuera, hasta el punto de que la cara que escondía debajo del bigotón se tornó del color de esos malditos zapatos de cordones amarillos.

—No sabía que... —dijo Noe con cierta sorpresa.

—En fin, sí, bueno, es una historia larga, ella... yo... mmmm... ¡Oye una cosa! He pensado en llevarme al chico a la excursión de primero. La de la sierra. ¿Cómo lo ves?

Noe rompió en una sonora carcajada que dejó mudo al Mostacho.

—¿No te gusta la idea? Creo que puede ser un buen momento para que el chico empiece a socializar.

—Sí, sí, sí. Si me parece genial. Adelante con la idea, pero cuida de que esos cafres no le amarguen la existencia durante el fin de semana —dijo la psicóloga, que no lograba contener la risa.

Con el OK de la jefa, el Mostacho apagó el cigarrillo en el cenicero y salió del despacho como una ex-

halación. Su mujer. Su maldita mujer. Tres palabras. Un posesivo, un adjetivo y un sustantivo. Su maldita mujer, la de la almena en el castillo, la de la foto sobre la mesita del salón, la que llamó la atención del chico más de lo que lo hizo la historia del cuchillo Bowie.

CAPÍTULO

XII

—¡Eh! ¡Tú! Sí, sí, es a ti.

El Mostacho había perdido la vergüenza a leer sus novelitas del *Far West* a la vista de todo el mundo. Y a la vista de aquella postura, podría decirse que había perdido también cierto sentido del decoro. Acostado en la silla, con los zapatos rojos sobre la mesa y la cabeza inclinada hacia el pecho, el profesor leía tan pancho en el aula durante sus horas libres, a la vista de cualquiera.

—Pero pasa hombre, no te quedes ahí.

Aquel chico parecía algo mayor que los demás. Lucía una camiseta muy ancha —«ahí deben haber tres como yo», pensó Miguel— una gorra de rejilla, de esas que ahora no se calan bien en la cabeza, a juego con unas zapatillas deportivas grandes, enormes, cuyas pisadas por el pasillo despertaron la atención del Mostacho. Además, mascaba chicle de forma machacona.

—Verá, es que yo debía estar afuera, en el patio, sí, pero...

—Deja, deja —le interrumpió el maestro de forma certera—. ¿Tú vas al campamento del fin de semana?

El Mostacho se recompuso sobre la silla, luego se puso de pie y, de arriba a abajo, miró fijamente al chico, que asintió con cierto aire de suficiencia. La reacción hizo temer al maestro por la pérdida de su autoridad, así que volvió a estirarse y le ordenó que cerrara la puerta.

—Y cuando la cierres, te sientas. Que tenemos que hablar.

Al chico le fueron bajando los humos y empezó a pensar en lo peor. Nada de excursión, claro, me habrán pillado en lo de la pintada de la puerta. Joder, se habrá enterado este bigotes, joder. Ya es mala suerte, sin excursión y... ¡Verás en casa! ¡Verás mis viejos! ¡Joder! Con su culo acomodado ya sobre la silla del primer pupitre, decidió que no estaba en condiciones de perder la dignidad.

—¿Tú conoces a Álvaro? —inquirió el Mostacho mientras se tocaba las puntas del bigote, al más puro estilo de Sherlock Holmes en las películas.

—¿Álvaro? No me suena —dijo el chico desafiante.

—Sí te suena, sí. Me da que lo conoces muy bien.

—¿Quién? ¿Yo?

—Sí, tú. Conmigo no te hagas el tonto, que no te va a servir de nada.

El Mostacho se llenó de aire después de esa frase tan de interrogatorio policial. Digamos que se creció,

que se vino arriba. Aquello marchaba, pensó, tenía al chico donde quería.

–Pues no me suena –dijo el chico sin bajar la guardia.

–Sí, hombre, sí. El de primero C, ese del que el otro día os mofabais en el patio. ¿Vas recuperando la memoria?

–¡Ah, sí! –exclamó el gorrilla–. ¡El Malhuele!

–¿Ves como no era tan difícil?

El chico empezó a moverse inquieto en la silla. El desafío del bigotes tenía cada vez menos gracia, sobre todo porque no tenía ni idea de lo que quería de él. Y mucho menos de lo que pintaba el Malhuele en todo aquello. Entre tanto, el Mostacho planteó una pausa que incomodara más al chaval. Sacó algunas cosas de su maletín de piel y las extendió sobre la mesa. Luego las fue colocando con cuidado. Cuadernos y libros en una esquina, en la otra los bolígrafos ordenados por tamaño y por colores. Con cada cosa en su sitio, deslizó la palma de su mano por la parte limpia del tablero y entonces se puso de pie y comenzó a pasear frente al encerado.

–Verás... El Malhuele, como tú lo llamas, también va de excursión con vosotros, ¿sabes?

–¿Y a mí qué? –soltó insolente, el chico del camión.

–Oye, chaval, ¿tú quién te crees aquí? –dijo el Mostacho deteniendo sus pasos frente a la pizarra y mirando al chico fijamente–. No vayas por ahí, que vas mal. Porque, además, Álvaro es amigo mío.

El chico se volvió a desinflar sobre la silla y decidió que lo mejor era escuchar al profesor y esperar a que la charla terminara pronto.

–Es amigo mío, sí. Y tiene un problema, sí, tiene un problema con los cafres como tú –Miguel notaba como le aumentaba la presión en la sien y en el pecho, y en las venas del cuello, lo que no denotaba más que el cariño que había cogido por Álvaro en los últimos días y la mala leche que le entraba cuando alguien osaba acechar al chico con cualquiera de las miserias propias de la pubertad– así que te va a tocar ayudarme.

Así de directo se mostró el Mostacho, consciente de que la perorata se le podía escapar por derroteros poco recomendables.

–¿Ayudarlo? ¿Yo? ¿En qué? –inquirió el chico con un hilo de voz.

–Necesito que lo protejas durante el fin de semana. Que no te separe de él, que le cuides de esos amiguitos tuyos y que, a ser posible, lo vayas integrando en la pandilla.

–Pero yo...

–Creo que esto no admite discusiones, chaval. O me ayudas o no tendré más remedio que creerme los rumores sobre quien hizo las pintadas. Así que elige, fin de semana en la sierra con Álvaro o sesiones de limpieza en el muro.

El chico se quitó la gorra, se pasó la mano por el pelo, luego por los ojos y por el mentón, para volverse a colocar la gorra con cuidado de no calarla demasiado en su cabeza.

–Oiga, don...

–Miguel.

–Eso, don Miguel. Menudo marrón, ¿no? ¿Por qué yo y no el delegado del curso? Vamos, digo yo...

Miguel se dio la vuelta y cogió de la mesa la novelita del Oeste que había estado leyendo minutos antes.

–¿Ves este libro? Es una novela, del oeste americano. Sí, es una de esas historias en las que se basaban los guiones de las películas de John Wayne. ¿Te suenan?

–Lo de las novelas no, pero alguna peli sí que he visto. A mi padre le gustan bastante.

–¿Ah, sí? –dijo el Mostacho en tono reflexivo–. Verás, uno de los principales protagonistas de estas novelas suele ser el sheriff. En el capítulo octavo, el que he interrumpido para poder hablar contigo, el sheriff acaba de detener a tres cacos que tres días antes habían asaltado una diligencia. Sí, ya sabes, uno de esos carromatos tirados por caballos en los que se transportaba el correo, algunas cosas de valor... todo eso.

El chico asentía con la cabeza, sin dejar de prestar atención al maestro.

–Bien, pues de eso se trata, de que ejerzas de sheriff con Álvaro, de que se convierta en el tesoro que transporta la diligencia y de que le libres de los cuatros.

–Oiga, profesor... –interrumpió el chaval–. En las pelis que yo he visto con mi padre siempre había recompensas. Bolsas llenas de dólares y todo eso.

–Así es –dijo el maestro–. ¿Qué quieres decir con eso?

–Que igual merezco alguna recompensa, hombre –el chico fue cogiendo confianza y comenzó a hablar de tú a tú al Mostacho –que uno tiene una reputación para pasarse el día pegado al Malhuele.

–De momento, vas a dejar de llamarle Malhuele y te vas a aprender su nombre. Álvaro, tu protegido se llama Álvaro. ¿Y de la recompensa, qué puedo decirte...? Que sí, que cuentes con ella, pero que no sabrás de qué se trata hasta que lleguemos al campamento. ¿De acuerdo?

El chico se levantó ufano, asintió con la cabeza y tendió la mano al maestro, que la estrechó fuerte con la suya.

El protector de Álvaro salió del aula como si tal cosa y el Mostacho volvió a su asiento con cierto orgullo,

no tanto por haber conseguido su propósito, sino por dar, de vez en cuando, con algún chico que entiende su afición y que sabe algo sobre ella. Que sabe de sheriffs y de cantinas, de diligencias y de recompensas, de fuertes y de comanches. «Qué buen argumento para el campamento, ¿no», pensó. «Mañana lo comento con Noe».

CAPÍTULO

XIII

Las papeletas para sacar fondos de cara a la excursión parecieron venderse solas. Si hubiera tenido que explicar su método, como de hecho le acabó pidiendo algún curioso, no habría sabido hacerlo. Simplemente parecía haber descubierto una extraña y cálida corriente entre él y los demás. Como si les pillase por sorpresa descubrirlo cerca sin apestar, hablando con una voz animada, en un tono normal, en lugar de los entrecortados y hoscos murmullos que solía emitir. Quizá incluso ese algo en su fisonomía, bastante cercano a lo que podría calificarse de sonrisa, le dotaba de cierto encanto. Cierta normalidad.

Sí, esa peculiar metamorfosis de la que él mismo no fue consciente hasta que parecía haberse completado, caló rápidamente en quienes lo rodeaban. Quizá sea cierto que las etiquetas, en particular las negativas, se otorgan rápidamente y pesan como una losa. Pero también resulta innegable que cuando una transformación tan drástica se planta ante los ojos del más negado, este no puede sino rendirse a la evidencia y sentirse seducido por la curiosidad. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo no me he dado cuenta? ¿Quién es este tío?

Por supuesto, el más sorprendido fue el propio Álvaro.

Aquel día, el sol daba una inusual tregua a los chaparrones que habían estado azotando al país. Era la temporada. Sin embargo, los titanes de la climatología parecían conjurarse para que el fin de semana todo fuera casi ideal.

Sonriendo ante la perspectiva, Álvaro se acomodó la mochila y salió del instituto, recorriendo las calles húmedas, en las que el sol deslumbraba al chocar con los charcos sobre el asfalto. Una indescriptible sensación que le oprimía el pecho le hizo respirar hondo, atrapar todo el olor de las calles mojadas, de la tierra húmeda y el ozono en sus pulmones. Y cuando saboreaba esa jugosa bocanada de vida, se detuvo en seco. Porque en ese preciso instante pareció reparar en algo que, a decir verdad, llevaba ya algún tiempo instalado en su vida. O más bien, la ausencia de algo. Dos cosas, para ser más precisos. O tres, ya que estamos.

Para empezar, echaba en falta cierto hormigueo por las piernas. Ese que le subía por el vientre, se instalaba en la garganta, con cierto incómodo ardor, y acababa por asentarse en sus sienes, pesando, oprimiendo. Doliendo. Podía ponerle muchos nombres, pero cuando uno experimenta algo así, ni necesita ni quiere llamarlo de ningún modo. Aunque para un observador externo se le podría poner la etiqueta de rabia, humillación y vergüenza. Algo complejo. Y completo.

¿Pero por qué ya no estaba ahí? ¿Qué lo había hecho desaparecer? En su lugar, ahora estaba esa sensación de que el mundo estallaba a su alrededor, pero no para hacerse añicos, sino para gritar en cada reflejo que estaba vivo, que se movía, que nada podía detenerlo.

Y de nuevo... ¿por qué?

Bien, eso lleva a la segunda ausencia. Plantado en mitad de la acera reverberante de señoras con niños, adolescentes gritones y transeúntes apresurados, Álvaro observó con gesto de sorpresa incontenible que faltaba algo. Algo habitual. La pieza del puzle que siempre había estado presente. La que ahora descolocaba el cuadro. Faltaban ellos. Sus compañeros. Los que cada día lo seguían a la salida de clase con su coro polifónico de insultos, risas y vejaciones.

Achinó los ojos para aguzar su vista, entorpecida por los cegadores destellos de los charcos. ¿De verdad habían desaparecido? No. No podía ser. De hecho, a lo lejos descubrió las habituales figuras. Quizá se habían retrasado. Sin embargo, echando la memoria atrás, descubrió que llevaban días sin torturarlo. Probablemente por eso un estremecimiento más cercano a la sorpresa que al miedo sacudió su menudo cuerpo bajo la ropa gastada dos tallas demasiado grande. El choque al encontrarse con esa mirada. La de uno de aquellos matones venidos a menos. En sus ojos había algo indescifrable. Raro. No era la burla habitual. El desprecio. No. Pero resultaba difícil saber qué era. Simplemente pareció que aquella mirada congelaba el tiempo unos instantes incalculables. La tensión volvió a los músculos de Álvaro. ¿Qué ocurriría después? El tipo entornó ligeramente los párpados, como si le costara apartar la vista, y finalmente, regresó al mundo de conversaciones trascendentales salpicadas de risas con sus compañeros. Álvaro había desaparecido de su lista de tareas pendientes. Y los críos, sencillamente, torcieron la esquina para seguir su camino a casa.

Por un momento, el chico experimentó una involuntaria sensación de abandono. Se notó casi desvalido sin todo aquello. Tomó aire, llenando sus pulmones una vez más con el cóctel revitalizante de una falsa primavera y entonces todo cambió. Fue tan súbito como definitivo. Supo que el mundo, en realidad, había cambiado. En su última vuelta, había puesto patas arriba todo cuando había sido normal. Y el alivio cayó a plomo sobre él, empapándolo. Por primera vez intuyó lo que debía ser la libertad. Y supo que ahora solo debía decidir cómo organizarla, cómo trazar el mapa de su nueva vida.

Porque aquella bocanada le recordó la tercera ausencia. La ausencia de ese olor. Ya no estaba. No sabía cómo ni cuándo había desaparecido, pero lo cierto era que ya no estaba ahí. Quién sabe, a lo mejor tenía que ver con el modo en que gran parte del miedo se había evaporado también, sin despedirse, algún tiempo atrás. O tal vez con que ahora empezaba a ver que la vida era algo más y estaba decidido a comprobarlo.

Avivó el paso. Todo aquello no podía nublar la otra cara de la realidad que permanecía, y permanecería, inalterable. Debía llegar a casa y preparar la comida antes de que llegara su padre.

Si bien su relación parecía haberse estancado en una especie de calma tensa, esto en parte se debía a que Álvaro se cuidaba mucho de dar excusas a su progenitor para medirle el lomo a palos. Mantenía el perfecto orden de todo en casa a pesar de dedicar parte de su tiempo a lo que el Mostacho le tuviera preparado. Seguía cuidando de su hermano, de modo que papá solo tenía que pasar cierto tiempo con él en el parque, lo cual no resultaba demasiada carga, ya que para tomarse unas cervezas, lo mismo daba allí que en cualquier otro sitio. Y, por supuesto, el no manchar su ropa interior con fugas indeseadas había equilibrado definitivamente la balanza, al tiempo que despertaba una desconocida curiosidad en el adulto.

Quizá por eso, y por las indudables dotes de persuasión de Noe, el hombre no hacía comentario alguno a la relación de su hijo con el profesor, a pesar de que seguía algo incómodo al respecto.

La última noticia en este sentido había despertado una vez más sus alarmas. Una maldita excursión de fin de semana a un albergue de la sierra con toda la clase.

En fin, por lo menos el mierda de crío ya no se cagaba. Lo cual era un consuelo, porque no lo dejaría en evidencia. Pero tampoco le hacía ni pizca de gracia tener que encargarse de viernes a domingo de Róberto. El niño no daba guerra, pero... ¿Y él? ¿Y sus necesidades? ¿Por qué tenía que pasarse tres días pegado al mocosito, mientras su hijo mayor se divertía con sus amigotes en la sierra, tocándose las narices? Era verdad que por lo menos le había salido gratis, vendiendo papeletas o no sé qué tonterías. Pero básicamente sabía que no se podía quejar. Lo sabía. La maldita psicóloga del instituto ya le había amenazado al respecto.

Sin embargo, esto no quedaría así. No, señor. Desde luego que no.

Cuando Álvaro llegó a casa, se puso manos a la obra inmediatamente. Había mucho que hacer y no demasiado tiempo. A la mañana siguiente saldrían para pasar tres días fuera de casa y tenía que prepararlo todo. Y claro, también debía dejar hecha comida y cena para la casa esos tres días. Bastante era que su padre no había puesto demasiadas pegadas, pero si no le facilitaba algo las cosas para el fin de semana, quizá todo se torciera un poco a su vuelta. Desde que le había cogido el tino a la olla, su vida se había simplificado bastante. Así que mientras preparaba unas lentejas que más tarde separaría en tapers, metía al horno el pescado que descongeló por la noche, con patatas, y empezaba a freír los filetes para cuando llegara su padre. Un poco con todo eso, tendría más que de sobra para pasar sin él.

Por lo que respectaba a Róber... vaya, eso ya era otro cantar. Su hermano era la mayor espina que se le clavaba en la conciencia de cara al viaje.

Llevaba toda la semana aleccionando al renacuajo sobre cómo debía portarse, cosa que quizá no era del todo necesaria. Róber llevaba ya algunas semanas pasando parte de la tarde con su padre en el parque y había aprendido rápido lo que debía y lo que no le convenía hacer.

Aun así, Álvaro no podía evitar preocuparse. ¿Y si papá empezaba a pagarlo todo con él? ¿Y si descubría que le divertía más pegar al pobre enanito? Desde que su hermano comenzara a pasar tiempo a solas con papá, Álvaro siempre lo inspeccionaba minuciosa y discretamente mientras lo duchaba, sin descubrir ninguna marca que no fuera debida a las típicas caídas de los niños de su edad. Pero, por supuesto, eso no quería decir que no pudiera comenzar todo en el momento más inesperado. Y ese fin de semana, con la carga de paciencia que requeriría, podría ser el detonante.

Con un sudor frío, el chico comenzó a arrepentirse de su egoísmo. Porque estaba convencido de que era así, se había cegado y había tomado una decisión tremendamente egoísta, dejando a Róber expuesto y desvalido con el monstruo. ¿O no era un monstruo? No, claro que no. Y eso era lo peor. En el fondo sabía que simplemente su padre estaba mal. Estaba hundido. Herido. Y ahora él también lo dejaba solo, cargado con una responsabilidad de la que muy posiblemente no fuera capaz.

Un hilo de angustia comenzó a estrangularlo. Pero cuando casi había cedido a las evidencias, algo dentro de él se rebeló. Golpeó con una fuerza desconocida la encimera, apretando los labios, y se dijo: «No». Sólo eso. No. Y ese «no» tuvo la fuerza de un huracán barriendo todo lo que encontraba a su paso. Recordó la sensación de libertad de aquella mañana y decidió que todo lo demás debería esperar, aunque fuera solo esos tres días. Y si a su padre se le ocurría tocar al niño... bueno, era mejor que no se le ocurriera hacerlo, porque entonces ya no habría consecuencias que pudieran asustarle.

Terminó la comida y la dividió en raciones diarias, cada una en un táper. Hizo la maleta, por fin con ropa que olía a limpio, y se sentó a esperar a su padre.

Los pasos en la escalera anunciaron la torpeza que temía. Por un momento, su fuerza comenzó a flaquear. Únicamente el recuerdo de esa mañana, de lo que había descubierto, lo mantuvo firme. Incluso cuando la puerta se abrió con dificultad y descubrió los ojos turbios, vidriosos de papá. Incluso cuando al día siguiente lo despidió con una extraña sonrisa y un «pásalo bien» que parecía una frase cortada a medias, a la que le faltaba la coletilla final. Una coletilla en la que trató de no pensar. «No». Porque, ocurriera lo que ocurriera, ese fin de semana era definitivamente suyo. Y no se lo podría arrebatar.

CAPÍTULO

XIV

Durante un par de meses, en el tablón del *hall* del instituto se podía ver una sección especial. El reportaje fotográfico del fin de semana en la sierra.

Las instantáneas se recogieron entre las que tomaron los profesores y las que también pusieron en común el grueso de los alumnos. Como resultado, cuatro cartulinas de colores se abarrotaban en un confuso mosaico de estampas curiosas, simpáticas, divertidas, entrañables... en fin, un recuerdo que acabaría por descolgarse con el siguiente evento de interés.

Si buceáramos entre el confuso batiburrillo de caras, paisajes y momentos congelados, podríamos encontrar algunas particularmente llamativas para un observador advertido. Para quien supiera de lo particular que contenían aquellas en las que aparecía un crío que jamás había ido a una salida de este tipo. O para quien lograra advertir cierta expresión poco usual en el tutor de bigote espeso.

Por ejemplo, en la fotografía de la cartulina azul, en el extremo superior derecho, quizá nadie encontraría nada particular en el chico de ropa dos tallas mayor que la suya, riendo como enloquecido en el momento previo a lanzarse por una tirolina. Ni en el rostro de otro muchacho tras él, mucho más alto, algo mayor, con gorra de rejilla sin ajustar, que parece observar atentamente al primero con gesto confuso. Como si luchara por no mostrar una expresión definida.

Aquella tarde, sin embargo, Álvaro apenas cabía en sí. No era solo que la sutil corriente de simpatía que había descubierto durante la venta de papeletas pareciera seguir fluyendo durante la excursión. Además, paradójicamente, no había momento en que estuviera solo. Pegado a él, como una sombra, estaba siempre Hugo, un chico un año mayor, repetidor, grandote, con una gorra tipo rapero permanentemente en equilibrio sobre su cabeza. El tipo no solo se había sentado con él en el autobús, sino que desde ese momento no se había separado de él.

Al principio le resultó raro, pero tampoco quiso protestar. Sin embargo, sí le llamó la atención algo difícil de explicar. Era como si al principio el tío estuviera con él obligado. Hosco, casi sin hablar. Al acabar la primera mañana, Hugo parecía mirarlo de otra forma, como si luchase entre dos sentimientos diferentes.

Si alguien le hubiera preguntado al matón, o si él mismo hubiera querido responder, habría tenido que admitir que luchaba por seguir sintiendo asco por Álvaro, pero no lo lograba. Le resultaba difícil. En su lugar, algo parecido a lo que se siente por un hermano pequeño le nublaba la vista cada vez que lo miraba.

Como en ese momento, el instante en el que el renacuajo estaba a punto de tirarse tirolina abajo. El chico se reía como un loco y gritaba excitado. El gorila se sorprendió estremeciéndose al descubrir la idea de que ese chico no parecía haberse divertido en su vida. Y la garganta se le cerró con la certeza. Maldito Mostacho...

Tampoco pasaría desapercibido a quien supiera mirar la foto de grupo en la cartulina verde, en la parte inferior.

En ella, en cambio, el crío aparecía notablemente más serio, y un vacío, como un hueco forzado, lo separaba del profesor de zapatos rojos acharolados. Podría decirse que ese hueco nació de un rumor. Un rumor tan cortante como una hoja de barbero de diez centímetros y olfa a urinario público y traición.

Álvaro había adquirido el hábito de acudir al servicio a horas concretas, obligándose a esperar a que sus movimientos peristálticos diesen fruto, para evitar de este modo fugas indeseadas en los momentos menos sospechados. De modo que en una de estas visitas protocolarias, encerrado en un cubículo de los servicios comunitarios del albergue montañés, escuchó de pronto la puerta del pasillo abrirse con estrépito.

«Vaya», pensó. El hecho es que necesitaba cierta calma y soledad para sus quehaceres intestinales. Así que trató de contener sus necesidades hasta que se largaran los intrusos. Estos, a juzgar por las voces, eran dos, y ciertamente su humor variaba de nuboso a tormentoso.

–¿Pero a qué cojones ha venido eso, tío? –vociferaba indignado uno de ellos.

–Na, ni puto caso. Si ese tío está amargado, ya lo sabes –respondía algo más calmado el otro.

–Por mí como si se la machaca con la tapa de un piano. Menuda bronca me ha echado por una sola colleja. Y además, se notaba que yo estaba de coña. Si quisiera haber hostiado al Fran, se habría notado.

–Pues ya está, no le des más vueltas. Si ya te digo que el tío está amargado desde lo de su mujer.

–¿El qué?

–Coño, no me digas que no sabes lo de la mujer de el Mostacho.

Súbitamente, la mención del profesor arrancó a Álvaro un extraño escalofrío. ¿Realmente estaban hablando de él? Y sobre todo, ¿realmente hablaban de su mujer? Ese tema había sido declarado tabú aquella tarde en su casa, entre el olor a cola de carpintero y papel. Y entre las grietas del mutismo en que se había encerrado Miguel, el chico creía haber intuido que ella estaba muerta. «Lo era», respondió cuando él había comentado que parecía simpática. ¿Por qué si no iba a hablar de ella en pasado? Sí, debía estar muerta. Sin embargo, la mención a cómo podía haber sucedido, cosa que parecía del dominio público, no podía sino atraer toda su atención.

–¿Por qué iba yo a saber lo de la mujer del menda? –vociferó de nuevo la voz airada.

–Joder, porque es buenísimo –comentó el otro entre risas–. Además, fue muy sonado, tío.

–Ni puta idea. ¿Qué coño pasó con su mujer?

–Pues que se lio con Ramiro, el profe de Química.

Las carcajadas estallaron al unísono, en tanto el cuerpecito acurrucado en el váter se quedó rígido, helado.

No podía ser. Simplemente no podía ser, se repetía a sí mismo.

–¡No jodas!

–Lo que te digo. El Mostacho tiene más cuernos que el papá de Bambi. Y claro, la cosa con el tiempo empezó a cuchichearse por todos lados. Ya sabes... Lo que pasa es que los dos acabaron pidiendo el traslado a otro insti.

Más carcajadas divertidas. Solo que para ese momento, Álvaro ya no las escuchaba. Una oleada de compasión lo envolvía. Compasión y rabia. ¿Por qué? En un primer momento pensó que era rabia ante las burlas y la mala suerte que su tutor debía haber soportado. Un dolor y una humillación quizá semejantes a las que él había arrastrado a diario. Sin embargo, luego comprendió que esa misma rabia era también debido a otro elemento. La traición. No acertaba a explicarse por qué, pero se sentía traicionado. Quizá simplemente porque se esperaba que él confiase y se abriera al Mostacho, mientras este seguía levantando un muro entre ambos compuesto por sus propios secretos.

Sabía que en realidad no era justo, que era normal que el hombre ocultase ciertas cosas, especialmente tan dolorosas como aquella. Pero la sensación estaba ahí. Le había mentido. O no. No exactamente, pero de forma deliberada le había inducido a una idea falsa.

De ahí que cuando tomaron la foto de grupo, un pequeño espacio, sutil y velado, se levantara entre ambos.

Ninguno sabía que eso era solo una parte de todo lo que aún estaba por venir. Porque al regresar, el mundo se vendría abajo.

CAPÍTULO

XV

El profesor no dejaba de dar vueltas por el salón de casa, cada día más sucio y desordenado. Las novelitas del Oeste, manoseadas y de tapa blanda, andaban esparcidas por el sofá sin orden ni concierto. El cable que conectaba la batería del ordenador a la corriente eléctrica se había acomodado en una postura extraña entre el suelo y el brazo del butacón favorito el Mostacho –aunque hoy es como si al sentarse descubriera un puñado de alfileres que se le clavaran en el culo–, hasta dar la sensación de ser un complemento más en la sobria decoración de aquella habitación. La pantalla del portátil seguía iluminada con fotos de borracheras, vídeos de gatitos y un muro de piedra pintado con un eslogan reivindicativo un día, romatición otro, pero distinto cada vez.

«¿Dónde estás? ¿No ves que te sigo esperando?», rezaba el muro de hoy. Lo que no terminaban de encenderse eran esas lucecitas verdes que eran la esperanza de Miguel para conectarse con el mundo. Se atusaba el bigote sin cesar, lo cepillaba con dos dedos desde el centro hasta el extremo izquierdo y luego hasta el derecho. Y fumaba, fumaba sin parar. El humo se iba acumulando en aquel cuarto que más parecía una mazmorra o el calabozo de una comisaría de finales de los setenta. ¡Mira que si le ha pasado algo! ¡Que si lo tiene la policía! Entonces intentaba recomponerse. Respiraba hondo y hacía esfuerzos por poner en orden sus ideas. Sin embargo, de inmediato corría hacia el ordenador, refrescaba la web, volvía sobre sus pasos y encendía otro cigarrillo.

Abría después la ventana de par en par para que saliera el humo, pero el frío y las sucias sensaciones que se le pasaban por la cabeza le helaban hasta la carne y entonces cerraba otra vez. Y echaba las cortinas, temeroso de ser espiado. Luego pensaba «¡Qué tontería!» y las descorría otra vez.

Hizo senda hasta la cocina. Allí abría la nevera buscando algo sólido pero siempre terminaba por dar un trago de agua a una botella de cocacola con la etiqueta descolorida. Lo cierto es que tampoco estaba en condiciones de comer nada. Tenía el estómago atenazado. Los pinchazos eran constantes y agudos en la boca del abdomen y en algunas ocasiones se extendían por un costado. Era como si acabara de recibir una paliza, el palizón de su vida, una tunda de palos que hubiera estado a punto de dejarlo cao. Y sin embargo, esta era una circunstancia más que improbable, porque el Mostacho llevaba tres días sin ver a nadie, y en ese amplio margen que ofrece la palabra nadie, se incluía también a Álvaro, del que dejó de tener noticias cuando volvió del campamento.

Era eso, sin duda alguna, lo que lo mantenía en un vilo. Era eso, y no otra cosa, lo que le producía tal desazón, lo que lo sumergía en un estanque profundo, muy profundo, tan hondo del que se veía incapaz de salir a la superficie. Era como si un puño de acero lo agarrara de la cabeza con fuerza y lo obligara a respirar bajo la lámina, a tragar agua sin denuedo, como si lo ahogara sin miramientos.

Entonces sus ojos se abrieron de par en par. Sus párpados se juntaban con sus cejas. ¡Una luz verde! ¡Semáforo abierto! Miguel corrió de la ventana, que hacía en esta ocasión de débil extractor de humos, hacia la mesita del portátil. Y sí, justo a la derecha, al lado de las fotos y los videos de gatitos, una luz verde. Alguien conectado al otro lado de la red. El Mostacho buscó sus gafas de cerca en el bolsillo de la camisa, se las puso del revés y luego del derecho, fijó la vista en el ordenador y ¡mierda! ¡No! ¡Ni rastro de Noe! «¡Maldita sea! ¡Otra vez ese jovencito con aires casuales, profesor de educación física! ¡Qué haces que no estás haciendo *footing*! ¡Maldito imbécil!» El Mostacho se sorprendió a sí mismo blasfemando en soledad, alzando la voz en una casa vacía en la que no había nadie que pudiera oírlo, cuanto menos escucharlo.

Entonces se recompuso y salió hacia el pasillo quitándose la ropa, arrojándola donde primero pillaba. Sobre el taquillón de roble cayó su vieja camisa de franela, a cuadritos blancos y marrones, y sobre los rincones del suelo hicieron lo propio esos malditos zapatos rojos que aún no había tirado a la basura sin saber muy bien por qué y sus pantalones vaqueros —mucho más clásicos de los que vestían sus compañeros de claustro—. Los calzoncillos, de tres días, fueron a parar al picaporte de la puerta del baño, al que entró ya listo para darse una ducha. Estaba decidido a salir a buscarlo, a encontrar a Álvaro, a saber dónde estaba, si estaba bien o no, si tenía problemas con su padre, con su hermano, o si lo habían devuelto sano y salvo esos pequeños salvajes que lo acompañaban a casa tras la excursión.

El agua caliente fue un bálsamo relajante para el Mostacho, que se sintió reconfortado bajo el chorro. Notaba cómo los pájaros negros huían de su mente, en la que se iban abriendo claros bastante reveladores. Salió de la bañera dando un salto, se secó muy por encima y se vistió con ropa limpia. Se calzó sus zapatos rojos, otra vez esos malditos zapatos rojos, y, ya en el pasillo, agarró el paquete de tabaco, el móvil y la cartera —antes comprobó que tuviera dinero, un hombre no puede andar por ahí sin un duro, le decía su padre cuando empezaba a vivir por sí mismo— y se echó a la calle.

En la puerta del portal sacó un cigarrillo. Tuvo que pedir fuego a un tipo que pasaba por allí, echando también humo del hocico. Caminó decidido calle abajo mientras sacaba el móvil del bolsillo derecho del pantalón.

–Ni lucecitas verdes ni hostias –reflexionó en voz alta, mirando a su alrededor un segundo después buscando a algún crío –. Esa boca, Miguel.

No tardó mucho en marcar y en llevarse el aparato a la oreja.

–Noe. Sí, soy Miguel. ¿Cómo estás?

Con el cigarrillo en la boca y el teléfono en la mano, caminando con esa determinación que le había surgido como de la nada, con ese bigotón y esos rasgos tan marcados en su rostro, el Mostacho daba la sensación de ser un detective o un machaca de la secreta. Quizás un sheriff del oeste recién aterrizado en el futuro.

–¿Tú tampoco sabes dónde anda?

La ira se iba haciendo hueco en sus gestos. Los ojos se le iban enrojeciendo, quizás por lo que escuchaba al otro lado del aparato, quizás por el humo del cigarrillo, que en apenas diez segundos había aterrizado en el suelo y había recibido el pisotón de unos zapatos bastante horrorosos.

–Sí, quizás sea lo mejor. Me voy a acercar a su casa. Igual es una gripe, ¿quién sabe? No quiero ponerme en lo peor. Gracias Noe, voy para allá.

Los pasos de el Mostacho sonaban contundentes sobre el asfalto. Dos calles lo separaban de su destino, un destino que se le antojaba extraño a pesar de la íntima relación que mantenía con el chico. Era un destino escondido detrás de una puerta, de una manta que cubría un secreto con muchas posibles variantes. Igual era una manta real, bajo la que el chico se recuperaba de un resfriado. Los campamentos en la sierra tienen estas cosas. Pero la manta podría ser la manta que cubre los asuntos más turbios, una manta oscura y temerosa, una manta de esas que se usan para envolver... cadáveres.

–¡Qué no, joder! –exclamó Miguel justo al doblar la esquina que desembocaba en la calle del chico. El exabrupto no impidió que el coraje de minutos antes se ralentizara al alcanzar aquel tramo del camino. Tuvo que pararse par sacar otro cigarrillo que no llegó a encender por falta de lumbre. Vaya por dios.

El portal estaba a apenas cincuenta metros. Quizás sesenta, no más. Ese era su cálculo, que salía de su cabeza, aún mojada, como en esos cómics que tanto le gustan al chico, en forma de números y signos ininteligibles. Entonces vio salir a un hombre del portal. El tipo en cuestión era algo más joven que él y apenas si lograba tenerse en pie. También fumaba. Bueno, también no, porque el Mostacho no tenía cerillas, ni mechero, ni nada de nada. El hombre cruzó la calle de forma temeraria y a punto estuvo de ser arrollado por un autobús urbano. El sonido del claxon, agudo y helador, detuvo el tiempo por un instante. Un corte

de manga, un exabrupto, y aquel borrachín siguió su camino. Al Mostacho no le quedaron dudas: era el padre de Álvaro, que había vuelto a las andadas. Quizás nunca las había abandonado.

El profesor recorrió entonces esos cincuenta metros, quizás sesenta, y entró al portal sin obstáculo alguno. La puerta estaba abierta y, evidentemente, en una finca tan humilde, ni rastro de portero ni de conserje ni de nada por el estilo. Los buzones del correo lo ayudaron a encontrar el piso del chico –segundo B– y hasta allí subió como una exhalación. Los golpes con el puño, los timbrazos, agudizaron más el silencio al otro de la puerta.

–¡Álvaro! ¡Álvaro! ¡Abre, soy yo! –gritó, nervioso, el profesor.

Al otro lado de la puerta comenzó a sonar el sollozo de un niño, que el Mostacho identificó enseguida con el hermano pequeño del chico.

–¡Álvaro, por Dios! ¡Abre!

El niño pareció calmarse. Miguel acercó entonces la oreja a la puerta y pudo escuchar unos pasos temblorosos, inseguros, que se acercaban al umbral.

–¿Eres tú, papá? ¿Estás ya mejor?

–¡No, Álvaro! ¡Soy Miguel! ¡Abre, por favor! –gritó de nuevo el Mostacho.

La puerta se abrió entonces. Muy despacio, precavida ante cualquier riesgo innecesario. Cuando el chico vio a Miguel soltó a su hermano en el suelo y entonces se abrazó a él. El abrazo fue intenso. Los dos apretaban con fuerza. Así estuvieron, el uno pegado al otro, durante varios segundos que parecieron horas. El hermano de Álvaro miraba la escena entre asombrado y aturdido. Después, Miguel separó al chico, lo agarró por los hombros y lo miró fijamente. Le limpió las lágrimas con el dorso de su mano, manchada ya por la edad.

–Vestfós. Rápido. Nos vamos al ambulatorio.

CAPÍTULO

XVI

Todo fue rápido. Muy rápido. Apenas un parpadeo. ¿O tal vez no? No, claro. Así es como lo recordaría, pero en aquel momento cada segundo se estiraba como una goma dolorosa, espesa. Cargada de pánico. Porque, a pesar de todo, de las palabras tranquilizadoras, las caricias y frases como «tranquilo, todo ha pasado, ya lo verás, se acabó para siempre», él sabía que no era así. No podía ser así. Papá no desaparecería simplemente chasqueando los dedos.

Aquello era su vida. Siempre había sido así. Al menos desde que recordaba ser él mismo. Quizá, simplemente, fuera eso al fin y al cabo lo que lo ataba. El miedo. Pero esta vez no al infierno que conocía, sino a la vida fuera de él. A lo desconocido. Puede que incluso a no merecer nada mejor.

Un nuevo parpadeo.

Las imágenes, las palabras e incluso los movimientos se iban sucediendo como en un sueño. Pasado el pánico notaba su cuerpo raro, ajeno, como forrado por una capa de goma que lo asfixiase. Era un sonámbulo sin voluntad y con la conciencia justa para no ser una planta. Ante sus ojos, cristalizados en una expresión neutra, lejana de todo aquello, desfilaba ese extraño espectáculo que años más tarde recordaría apenas como una sucesión de imágenes inconexas, flashes de sensaciones amortiguadas. Casi el delirio de un drogadicto.

Por sus pupilas pasaban calles como diapositivas en movimiento. Las puertas de urgencias. El tiempo solidificado en la estéril sala de espera. Y más rostros. Rostros cansados, tensados y vueltos a aflojar por la incertidumbre y el agotamiento. La entrada de Noe, algo despeinada y vestida al descuido con una sudadera vieja y unos vaqueros. Otros minutos cargados de frases tranquilizadoras con una carga eléctrica de preocupación. Miedo. El instinto lo encontraba por todas las grietas de la voz que se afanaba por calmarlo. Y los ojos. Ese brillo líquido en las pupilas de la psicóloga y el Mostacho destapaban una profunda inquietud.

Por eso, el dolor había quedado atrás, guardado en un cajón polvoriento de su mente a la espera de que la adrenalina se drenara en sus venas y el aturdimiento se fuera pasando.

Luego lo hicieron atravesar unas puertas batientes, como las de los salones del Oeste, pero en una versión aséptica, fría. La camilla. La exploración. Las manos gélidas del médico. Suspiros mal disimulados.

Preguntas.

Aunque más sereno y profesional, el rostro del facultativo lanzaba significativas miradas a la enfermera. La mujer, probablemente madre, no se quitaba la pátina de ofuscación y ternura, mientras parecía recordarse a sí misma que aquello era su trabajo. Quizá los moratones por toda la espalda o comprobar los rígidos movimientos de Álvaro, evitando tensionar las zonas hinchadas y luxadas, se lo ponían difícil a la mujer. Él lo sabía. Lo podía percibir. Porque aunque el chico estaba muy lejos de allí, su mente captaba y analizaba todo de forma automática. Con la calma de quien ve una película. Algo que no le está pasando a él.

De modo que cuando empezaron las preguntas, respondió fríamente, con calma, porque aquello no le estaba pasando a él. Era solo un sueño. Con que, ¿por qué no iba a hacerlo? ¿Qué sentido tenía ocultar nada? Solo había un «pero». Y es que si realmente aquello era del todo ajeno, ¿por qué notaba como si algo se vaciara dentro de él a medida que contestaba? Se trataba de una sensación extraña, que aflojaba su pecho, comprimido como estaba por una rigidez cercana a la asfixia. Y según iba resultando más fácil respirar, el sueño fue pareciendo menos sueño.

El médico salió y Álvaro se quedó solo con la enfermera. Entonces las preguntas cambiaron. «¿Te gusta esto o aquello? ¿Juegas al fútbol?...» Parloteó para relajarlo. O para tranquilizarse ella misma. Sí, en efecto, debía de ser madre. Él seguía viéndolo todo a través de la pantalla de sus pupilas cristalizadas. Solo una pregunta le hizo centrar su atención en algo diferente. Una que supo importante, porque le hizo descubrir cierto detalle que estaba pasando por alto.

—¿Quieres pasar al servicio a cambiarte?

Sí, el olor había vuelto.

Se limpió como pudo y se puso unos pantalones de pijama hospitalario. Cuando regresó al box, el médico había vuelto, acompañado por un tipo alto y pelirrojo, vestido de modo informal, y otro algo más menudo, con los ojos enmarcados en profundas ojeras.

Los dos tipos trajeron más preguntas. En su voz sí parecía percibir una calma de hábito. Profesionales. Profesionales de esas cosas. Y al pensar en «esas cosas» comenzó a tener una cierta noción de que todo estaba pasando realmente. Le estaba pasando a él. Aun así, sin salir del todo de su estupor, respondió a la extraña pareja como ya hiciera antes. No vio sentido a mentir a pesar de comenzar a sentirse espoleado por la certeza.

Porque ésta llegó. Tenía que llegar. Era solo cuestión de tiempo. Y le cayó a plomo, despertándolo de

golpe, atravesándolo como un cuchillo helado, cuando cruzó de nuevo las puertas batientes, con sus pantalones de pijama grandes, sin ropa interior, y lo vio. Asustado, acurrucado en un banco de plástico demasiado amplio para él, entre Miguel y Noe. Róber.

¿Qué había hecho? ¡Maldita sea! La culpa y la rabia arrasaron sus lacrimales y ya todo se desmoronó a su alrededor. La película había acabado. Ahora solo quedaba la realidad.

CAPÍTULO

XVII

Certeza es una palabra que apenas alcanza a dar una idea de su significado. Tomar conciencia es otro bonito eufemismo que tampoco le llega a la altura. Pero algo así es lo que podría definir, muy remotamente, el espumoso y lacerante torbellino que se asentaba en el cerebro de Álvaro.

Varios factores confluyeron para lograrlo. El primero, inmediato, claro y contradictorio, era una ausencia. Papá ya no estaba. Había desaparecido. Implicara lo que implicase. La huella de ese hueco, que dejaba un vacío inexplicable, llenándose de culpabilidad y alivio simultáneamente, sustituía el miedo; un miedo al que estaba tan acostumbrado como a su propia voz y su silencio, que ahora dejaba paso a otro nuevo. Uno más sutil y no menos aterrador que cabía en apenas dos frases. Dos preguntas. ¿Y ahora, qué? ¿He hecho bien?

El eco de esas dos preguntas rebotaba contra la imagen de Róber, devolviéndole sendas respuestas tan claras como desconcertantes. Sí y no.

Por un lado, con ello lo había protegido. Por otro, debido a sus actos, ahora estaban ahí, y resultaba difícil calibrar si eso era bueno o malo.

Otro factor lo conformaba el aterrizaje en su nuevo destino. Allí comenzó a solidificarse al menos un primer atisbo de certeza. Porque aunque quisiera convencerse de que todo era reversible, que su vida no era realmente aquello y que quizá el infierno que había conocido era más tolerable que la incomodidad de ser verdaderamente responsable de su vida y la de Róber, aquel maldito sitio, unido a nuevas preguntas, nuevas caras amables y el ver pasar los días, lo llevaron irremediablemente a una conclusión. Una certeza.

Sí, ahora aquella era su vida.

Se trataba de un centro de menores de primera acogida; un centro, por lo general, de corta-media estancia, donde chavales derivados de los servicios sociales permanecían un tiempo a la espera de retornar con sus familias o de ser trasladados a otros dispositivos de larga estancia. Por lo general, la segunda opción era bastante más frecuente.

A pesar de que los adultos eran, en su mayoría, gente amable, había algo que parecía alertar los sentidos de Álvaro. Un cierto aire cuartelario, quizá. Porque ni la amabilidad de aquellas personas podía mitigar del todo la sensación de los grandes cuartos con literas, la necesaria rigidez normativa, la comida masiva del comedor y la actitud lógica de los críos de conocer perfectamente los límites y saberse en un lugar

ajeno, uno que no era su casa. Y en muchos casos, el aire confuso e irritado de quien no sabe si esa casa era algo que debían olvidar o echar de menos.

Pero incluso en los educadores, trabajadores sociales y demás personal del centro, Álvaro detectaba cierto aire que le resultaba extrañamente familiar. Tardó un poco en comprenderlo, pero finalmente no le cupo duda. Ellos también eran personas heridas, al menos en cierto modo. Personas que compartían un mismo miedo con los críos a los que cuidaban. Porque, a fuerza de ver pasar tantos chavales, a los que debían mostrar cierto afecto, con el tiempo comprendían que con cada niño se iba una parte de ellos. De modo que se veían en una encrucijada. Mantener cierta distancia emocional para evitar desintegrarse por completo y, al mismo tiempo, seguir dando una porción de ellos a cada crío. Era su trabajo. No había otra forma de hacerlo.

El chico lo supo. Lo comprendió. Y, no obstante, le sorprendía descubrir que le daba igual. Todos ellos le daban igual. Porque eran parte de aquel juego en que quienes pretendían protegerlo, en realidad, se metían en su vida, lo desnudaban por completo, cumplían lo que debían hacer para mantener su conciencia en orden y después dejaban que las consecuencias barrieran su mundo. El de él. El de Álvaro. Porque el de ellos, al fin y al cabo, se mantenía intacto. Incluso remozado por cierta capa de altruismo.

Porque ya no le cabía duda. Eso era lo que habían hecho el Mostacho y Noe.

Y la idea cristalizó. No podía ser de otra manera.

Durante los primeros días en el centro, se sentía como en una especie de limbo. Mientras los demás niños iban al colegio, Róber y él permanecían allí a la espera de que les concediesen plaza. Aunque, en realidad, él tenía la impresión de encontrarse en algo así como una cámara de descompresión. Un lapso para acomodarse a su nueva situación. O al menos para hacerse a la idea.

Durante ese tiempo aprovechó para observar el entorno. Entre sus compañeros había un poco de todo. Críos que se acercaban por la novedad, otros que se mostraban huraños y algunos que se veían aún más claramente desorientados que él mismo.

Por las mañanas disfrutaba de un tiempo en exclusiva con el turno de educadores, ya que su hermano y él eran los únicos exentos de clase. Así confirmó que no eran mala gente; se acercaban tratando de que se abriera. Pero acababa logrando, como siempre, hacerse invisible para que dedicaran todas sus atenciones a Róber. Y para estudiarlos mejor. A esas alturas ya sabía que debía controlar discretamente su pequeño e inestable mundo, y eso incluía a los adultos que se movían en él.

Su hermano, mucho más consciente de todo de lo que los adultos podían pensar, se adaptaba en cambio con la naturalidad de un camaleón. Por más que tuviera una noción de cómo se iban sucediendo los acontecimientos, aún no había agarrado en él la semilla de la desconfianza profunda y absoluta. Al fin y al cabo, estaba con Álvaro, el único que siempre lo había cuidado. Y era todo lo que necesitaba saber. No en vano, su hermano seguía cuidándolo en silencio. Intentando ser invisible, pasar desapercibido para todos, menos para él. Róber sabía que estaba ahí. Y lo que hacía.

Y en tanto el hermano mayor calibraba el nuevo entorno, ráfagas dolorosas le sacudían el cerebro. Ráfagas que llevaban el nombre de Miguel.

Ahora comprendía que el profesor solo había cumplido con un deber. Una obligación. Había actuado correctamente, interpretado su papel. Había hecho lo que tenía que hacer y ya está. Misión cumplida. Y a otra cosa, mariposa. Lo había hecho con él como le podía haber tocado cualquier otro alumno. Y probablemente le habría importado básicamente lo mismo. Al fin y al cabo, ¿cuántos alumnos habría tenido en su carrera? Si él hubiera sido algo más, ¿no le habría abierto su confianza? ¿No le habría contado quién era, qué había pasado con su mujer, por ejemplo? Pero no. No lo había hecho. Porque él era solo uno más. Otro al que ayudó, sí. Pero solo uno más que tampoco significaba nada especial.

Los ojos le escocían, mientras su garganta se estrangulaba con cierto incómodo dolor.

¿Por qué? ¿Qué más daba? Pero no se podía engañar. Sí que le importaba. Porque aquel viejo profesor con su mostacho y sus ridículos zapatos rojos había sido el único que había hecho algo por él. Y descubrir que lo había hecho como quien rellena un formulario le hizo sentirse lo más bajo y pequeño del mundo.

Le importaba, sí. Por eso... y porque, a pesar de todo, lo apreciaba. Solo que, con la amargura y el despecho, aquel aprecio comenzaba a parecerse demasiado al odio.

De modo que la idea fue cristalizando.

En el mundo, a partir de entonces, solo estaban Róber y él. Protegería a su hermano como fuera.

Y sobre todo, jamás volvería a dejarse engañar. Jamás sería tan estúpido de volver a confiar.

CAPÍTULO

XVIII

Los días pasaban lentos, agravando así la situación, enconando más los ánimos, alejando por momentos, más si cabe, al chico del maestro. Álvaro, no sabía muy bien dónde. Él, encerrado en casa desde las cinco de la tarde, sin nada que hacer y sin nada en qué pensar que no fuera el chico. Así cada día. Más lentos y odiosos. Ya habían pasado varios, tardos, lánguidos. Y muchos, sobre todo muchos para el Mostacho, aunque se contaran con una fila del calendario.

A las cinco se sentaba en su sillón. Muchas veces se sorprendía mirando obnubilado al techo, ajeno a lo poco que le rodeaba. Apenas alguna de esas novelitas que tanto le gustaron y a las que no sabía ya ni por dónde meter mano. El portátil, casi siempre apagado. Nada le importaban ya las lucecitas verdes del chat del Facebook ni las insulsas historias que otros colgaban en su muro. Ni la cola ni el hilo de encuadernar. Unos zapatos rojos y horrorosos, que se quitaba al llegar a casa y que soltaba de una patada allí donde cayeran. Aquel sillón fue convirtiéndose, poco a poco, en una caja de pino para un muerto en vida.

Notaba que tenía los músculos como entumecidos. En algunos momentos, no tenía fuerzas ni para levantarse. Al principio no le dio importancia, era todo achacable a la melancolía que le producía el repentino alejamiento de Álvaro, el no saber qué estaba siendo de él, por más que estuviera tratando de obtener permisos para verlo. A eso y no a otra cosa achacaba la debilidad sobrevenida. Y también los fuertes dolores de cabeza y algunas taquicardias que trataba de minimizar con un cigarrillo, y luego con otro, y con otro, y otro más.

Su adicción a la nicotina se multiplicó por tres durante aquellos días lentos como el invierno, como las colas del súper, como un reloj que atrasa la hora. Lentos como los días que lo tuvieron postrado en la cama de un hospital durante casi veinte días, tras un colapso total que los médicos diagnosticaron como «ictus» y que al Mostacho no le pareció más que la consecuencia de su inmovilismo, de su falta de carácter para poner fin a una situación en la que le iba la vida.

En esos días recordaría aquella primera entrevista con Noe, aquella propuesta que le resultó descabellada de inicio y que le fue atrapando de aquella manera. Su cerebro, bastante atrofiado ya a esas alturas, tuvo capacidad, sin embargo, para asociar aquel encuentro con la psicóloga «¿Dónde estará esa maldita psicóloga?», pensó con unos zapatos de color rojo que le resultaban inquietantes. Esos zapatos eran un enigma sin resolver en la cama de aquel hospital, de la que no se podía mover más que con la ayuda de dos

auxiliares vestidas de amarillo pollo, bastante grandes y rotundas, que lo movían para lavarlo y evitarle las escaras en la espalda y en el culo.

Todo ocurrió en una tarde de sábado, anodina y larga, más si cabe que la de los lunes, los martes o los malditos jueves. Cuando se levantó del sillón ya tuvo dificultades, pero solo fue consciente de que algo le estaba pasando, y de que ya no tenía que ver con esa melancolía que arrastraba desde hacía días, cuando intentó alcanzar un vaso del armario alto de la cocina. El brazo le pesaba más de lo normal y, pese a que logró agarrarlo con esfuerzo, sus dedos, débiles y blandos, lo dejaron caer contra el suelo. El siguiente en chocar contra el piso fue él, justo después de sentir cómo la gravedad y la pesadez se apropiaban de sus piernas. Aquellos minutos sobre el suelo lleno de cristales minúsculos y brillantes pudieron haber resultado letales, según le explicaron después los médicos. Suerte que alguien, al otro lado de la puerta, seguramente algún vecino que subía, o quizás bajaba, escucho el golpetazo del cuerpo del Mostacho contra el suelo y se decidió a llamar a la puerta. Con un hilo de voz, el profesor pudo comunicarse con él y al cabo de un rato, que al profesor se le hizo interminable, alguien forzó la puerta y en la cocina aparecieron varios tipos vestidos con pantalones muy anchos y unos polos de color azul y amarillo chillón, cargados de cables y de botellas de oxígeno. Pronto habían estabilizado al enfermo, lo habían colocado sobre una camilla y lo bajaron por la escalera hasta la ambulancia.

El Mostacho perdió las ganas de comer, de beber y de fumar. Esto último fue celebrado por los médicos. Tampoco le apetecía respirar y de vez en cuando se arrancaba con la mano derecha esas gafitas de goma por las que le entraba el oxígeno en los pulmones. Al rato se daba cuenta de que aquello daba igual, de que seguía respirando por sí mismo, de que aquel artefacto no dejaba de ser mera precaución. Peor que eso fue la sensación de ausencia en la mitad izquierda de su cuerpo. El brazo y la pierna inertes, ajenos al dolor y a las cosquillas, desconocidos para el resto del cuerpo. Apelmazados, condensados... muertos. Alguien venía cada mañana para intentar reanimarlos con ejercicios que en los primeros días le parecían inútiles. Tuvieron que pasar varios días para volver a sentir la sangre, la vida, corriendo por las venas de sus extremidades izquierdas. Lo que más le avergonzaba era tener que hablar con alguien. Las palabras se le trababan y un hilillo de baba le colgaba de la comisura izquierda del labio, escorado también a la siniestra, tan pesaroso como el brazo y como la pierna.

Apenas si podía comer –aunque no tuviera interés alguno en hacerlo– con aquella lengua atrofiada de la

que se ayudaba para sorber por una pajita los líquidos que le proporcionaban las enfermeras. Don Miguel tenía encima la sensación de la derrota y del miedo al futuro, en el que no divisaba más que a un hombre al que la vejez había sorprendido jugando a ser padre y en el que no quedaba rastro de Álvaro, la única persona que había sido capaz de cubrir, o más bien de hacerse un hueco importante en su vida.

CAPÍTULO

XIX

El cambio de centro no tardó demasiado en llegar. Nueva despedida sin lágrimas ni la sensación de dejar nada atrás. Al fin y al cabo, aquel era un sitio para quemar una vida y empezar otra. Nada más.

Su nuevo destino consistía en una pequeña casita, un chalé, en el que convivirían con otros cuatro chavales. Se enclavaba en un pequeño pueblecito a unos cuarenta kilómetros de la ciudad, cerca de las montañas, que se intuían entre protectoras y amenazantes tras las curvas de la carretera de entrada y bosquesillos dispersos. Quizá estos detalles, unidos al olor de los pinos nada más bajar las ventanillas de la furgoneta que los trasladaba, aturdieran momentáneamente a Álvaro. Pero pronto volvió en sí, recobrando las alertas de un instinto que se había ido afilando las últimas semanas. Por muy tentado que se sintiera de engañarse y fingir que aquello era un pequeño paraíso, un remanso de paz, lo cierto es que no hay paraíso sin serpiente.

Solo que ahora sabía protegerse de cualquier cosa. A él mismo y a Róber.

La casita constaba de dos plantas. La de arriba para los cuartos y la de abajo dedicada a espacios comunes —salón, comedor, cocina y un baño—. Sus paredes blancas mezclaban incongruentes detalles alegres e infantiles con marcos que parecían contener las láminas con que salieron de la tienda de chinos. Muebles viejos combinados con otros más modernos, de Ikea, en un estado lamentable por el uso. Por suerte, contaba también con un patio delantero donde los días de sol podían comer en la mesa de plástico, haciendo la fotosíntesis, y uno trasero de baldosas de terrazo con una canasta baja que solía contemplar desairada cómo los críos optaban por partidos de fútbol, en tan reducido espacio. De no ser por las escasas horas que iluminaban este espacio, sería ahí donde giraría la vida de los habitantes, en busca de un espacio para gritar y correr.

Álvaro aterrizó en este pequeño hogar de locos con la misma premisa que se había autoimpuesto como disciplina. Observar. Conocer. Controlar el entorno. Y no le resultó difícil sacar la radiografía del lugar. Los otros cuatro niños con los que les había tocado en suerte convivir, eran dos hermanos de carácter cambiante pero predecible y dos hermanas que vivían a la sombra de estos. El menor de los chicos, Jorge, paseaba su cuerpecito menudo de apenas nueve años con gesto desconfiado; no obstante, su gracioso rostro, unido a su veteranía en la casa, le hacían algo así como el príncipe de aquel sitio. Cuando se

relajaba, habiendo dejado bien claro que él, y no ningún recién llegado como Róber, era el depositario de las mayores atenciones, comenzó su rol de anfitrión y protector del hermano pequeño de Álvaro. En cambio el mayor, Quique, nunca parecía completamente satisfecho con sus demostraciones de poder. De cara a los educadores, empleaba sus trece primaveras a modo de chico responsable y serio, en tanto a sus espaldas no se cansaba de derrochar humillaciones, discretas patadas y tortazos a las niñas. Quizá fuera que aún no tenía del todo calibrado a su nuevo competidor, pero lo cierto era que aún no lo había atacado directamente. Se contentaba con lanzarle miradas cargadas de intención tras cada agresión a las niñas. Estas, María y Clara, de diez años la primera y siete la segunda, se contentaban con no provocar las iras de la bestia, aceptando sumisamente su lugar y cerrando la boca ante los adultos, por miedo a las represalias de Quique.

A pesar de haberse jurado que no sentiría apego por nadie fuera de su vínculo con Róber, a Álvaro le hacía gracia el modo en que María trataba de ser coqueta con sus ropas más bien poco favorecedoras y su figura regordeta. Siempre pedía que le compraran una falda, pero esta nunca llegaba. En cambio, su hermana Clara, llorona e histérica, le sacaba de quicio. Formaba un eslabón más de la cadena de tensión que le suponía estar allí. No obstante, era donde había caído, y debía adaptarse. No sabía el tiempo que estaría en ese maldito sitio, pero tenía que hacerlo llevadero para él y para el enano.

Por suerte, los educadores en parte facilitaban las cosas. La coordinadora era Rosa, una mujer cuarentona, menuda y de expresión viva, quizá algo desdibujada por los años de servicio. Por sus manos pasaban todas las cuestiones económicas de la casa, de modo que no era de extrañar que, merced a la nada disimulada predilección que mostraba por los dos hermanos, Quique y Jorge, se negase repetidas veces a la consabida petición de una falda para María. De hecho, parecía participar y casi fomentar la represión de sus protegidos hacia las niñas. No en vano, cuanto más trataba de arreglarse la cría con sus prendas poco vistosas y francamente poco favorecedoras, más se empeñaba ella en proporcionarle otras aún menos lucidas.

¿La ventaja? Que era previsible. Álvaro no tardó en comprender que si se mantenía al margen de esta guerra civil y seguía siendo apenas una sombra en la casa, sin resultar competencia alguna para Quique, la mujer lo dejaría tranquilo.

Sandra, en cambio, era harina de otro costal. Joven, dinámica, irónica y cariñosa, se saltaba a la torera las distinciones de Rosa. Esto le había supuesto algún que otro disgusto y tirón de orejas, pero le daba igual. Ya estaba más que curtida y sabía bandear bien esas situaciones. Por eso, muy a su pesar, Álvaro

sintió muy pronto una profunda oleada de simpatía por ella que le costaba reprimir. Sabía que no podía dejarse llevar.

En realidad, sus emociones se revolvían con ambas mujeres. No era tan ingenuo como para no darse cuenta de que, en cierto modo, ocupaban ese hueco que dejó su madre. El que marcó el inicio del infierno. Y le resultaba difícil concretar si la barrera que levantaba ante ellas debido a eso era por rencor –al fin y al cabo, ella los dejó a merced de aquello en lo que habría de convertirse papá– o por no permitir que ocuparan su lugar. Al fin y al cabo, la ausencia mitifica.

O, tal vez, simplemente, no las dejase llegar a él porque eran parte de todo aquello. Aquel mundo del que debía resguardarse.

Por eso, sus emociones se confundían aún más con Óscar, el tercer educador del equipo. Porque los hombres que habían de cuidar de él, desde su padre al Mostacho, al final habían sido quienes forzaron su situación.

El tipo era tranquilo, divertido a su manera, con un sentido del humor bastante particular que solía hacer reír más a Sandra que a nadie. Quizá era la única que lo pillaba.

A Álvaro, tan bajito y menudo, Óscar, con su metro ochenta, le parecía un gigante. Sus ojos negros, que generalmente brillaban con cierto toque de inteligencia discreta y aguda, solían mirarlo directamente, sin tapujos. Y eso le incomodaba. En parte porque le incitaba a una confianza que no deseaba sentir. Y sin embargo, el tipo no se daba por vencido. Solía llevarlo a la biblioteca del pueblo a él solo, en especial cuando las niñas tenían visita –único privilegio que las diferenciaba de los veteranos hermanos–, y pasaban la tarde viendo cómics. Óscar lo dejaba tranquilo, en silencio. Simplemente compartía aquellos momentos con él sin meterse en nada.

Únicamente una tarde, al salir del recinto municipal, se atrevió a preguntarle:

–¿Cuánto tiempo tienes pensado estar así?

El chico no comprendió a qué se refería exactamente, de modo que le devolvió involuntariamente un gesto interrogativo. ¿Por qué? No deseaba iniciar ninguna conversación que se pareciera a esa. Pero lo hizo.

–Está guay lo de intentar pasar desapercibido, ¿sabes? –prosiguió el educador– Pero no te va a valer de nada. Yo sé que existes. Tampoco es que haya que ser un genio. Pero el caso es que lo sé.

–¿Y? –se limitó a musitar el chico.

–Nada. Solo eso –respondió con aire indiferente–. Que cuando te apetezca salir de tu cueva y estar vivo, yo seguiré estando aquí.

No contestó. ¿Qué podía decir? No es que creyera que su estrategia era sutil ni nada por el estilo, pero al menos sí pensaba que a nadie le importaría demasiado.

—No es que quiera que confíes en mí porque sí. Yo tampoco lo haría, la verdad. Y, desde luego, no me apetece que me pongas a prueba —arrancó de nuevo Óscar—. Pero verás, yo sé que no eres tonto. Y sé que tarde o temprano, aunque no lo creas, necesitarás a alguien. La coraza que llevas te servirá solo un tiempo. Luego ya te pesará demasiado y no podrás con ella. Y entonces, yo también seguiré aquí.

Caminaban por las calles casi desiertas del pequeño pueblo. El chico luchaba contra la sensación cálida que le transmitía el tipo. La contrarrestaba con una profunda rabia. Porque la última persona que le había hecho confiar, al final le había demostrado que no significaba nada para él. Al menos esa certeza sí que quedaba. Pétreo, perfecta. Inalterable.

¿O no?

Óscar se detuvo en seco. Miró al suelo y suspiró ruidosamente. Luego, soltando una bocanada de duda, fijó sus oscuros ojos en él y le espetó:

—¿Puedo yo confiar en ti?

Álvaro quedó congelado ante esa pregunta a quemarropa. Así que, cogido por sorpresa, se limitó a encogerse de hombros.

—Verás, hay algo... algo que en realidad no debería decirte —comenzó, mezclando cierta ironía ante la pasividad del chico. Aun así, un atisbo de interés en este le hizo ver que había dado en el blanco—. Si alguien se entera de que te lo he contado, se me caerá el pelo, así que necesito que me digas si puedo confiar en ti.

Ahora sí. Por alguna extraña razón, como movido por un impulso del que apenas fue consciente, el chaval asintió en silencio con la cabeza, mientras sus ojos hablaban más que sus labios con una mirada que delataba algo más.

—Hay una persona que estuvo tratando de contactar contigo. Un profesor tuyo.

La frase restalló como un latigazo de hielo. Los párpados del chico se tensaron, crispados por una sensación de vértigo.

—Cursó la solicitud en servicios sociales, y esas cosas tardan un poco. El caso es... que ahora no logran dar con él.

Las pupilas cedieron su dilatación excitada por una contracción debida a la nueva decepción. Quizá. Quizá el Mostacho se hubiera interesado. Pero no lo suficiente. Se cansó. Sin embargo, Óscar, que parecía estar en racha, o que tal vez antes de hablar con él ya tenía previstas todas las consecuencias de cada

palabra, atajó cierto fatalismo del chico.

–El caso es que es raro, porque el hombre estuvo insistiendo, dando la coña a base de bien. Que si podía visitarte, sacarte a pasar el día... o por lo menos llamarte.

–Sí, pero ya dejó de hacerlo, ¿no? –se limitó a contestar.

–Es posible que alguien le aconsejara hacerlo, que le dijeran que si seguía así le iban a denegar hasta las llamadas –terció el educador–. O puede que haya pasado algo que no sabemos. Lo que quería es... pedirte permiso para... En fin, no sé. Si lo localizara, ¿tú querrías verlo, hablar con él?

Una sombra de duda e inquietud nubló el rostro de Álvaro. Por la posibilidad de volver a verlo... y por la de que algo hubiera pasado. Se mordió el labio, incapaz de tomar una decisión, con el corazón latiendo a un ritmo desaforado y un nuevo nudo en la garganta.

–Piénsalo, ¿vale? No hace falta que me lo digas ahora. Solo una cosa –remarcó Óscar–. Ni una palabra de esto a nadie, ¿eh? He confiado en ti.

Cuando regresaron a la casa, el cerebro de Álvaro hervía como hacía tiempo que no lo hacía. El tumulto emocional y de ideas que le sacudían amenazaba con volverlo loco si no tomaba las riendas y estabilizaba de nuevo el mundo que se había sacudido a sus pies. Por eso, dos detalles le pasaron por alto.

En primer lugar, que las fugas fecales, que habían vuelto a aparecer, pero que creía mantener ocultas, de nuevo hacían estragos en él. Y la segunda, que esta vez se encontraba delante Quique.

El chico creía encontrarse a salvo en su cuarto, pero el veterano había acudido allí con un firme propósito, sin sospechar que se llevaría una grata sorpresa.

–Empiezo a estar hasta los huevos de tu juegucito con Óscar, ¿sabes? –espetó Quique con voz estudiantemente modulada para que no le oyeran abajo–. ¿Quién coño te has creído que eres? Por si no te has dado cuenta, como vas de rarito y eso, pasa la tarde contigo y mientras, los demás, por tu culpa, no podemos salir a hacer nada.

Álvaro sabía que aquello no era cierto. Al fin y al cabo, Quique tenía edad para salir solo, y los peques podían hacerlo con la otra educadora que estuviera en casa. Pero se negó a entrar al trapo. Un sudor frío comenzó a recorrerle en cuerpo, cruzando los dedos por que el chico no entrara, no descubriera lo que le había pasado. No lo olierá.

–¡Eh, tú, tarado! ¡Que te estoy hablando!

Y entonces ocurrió. Quique dio un par de pasos hasta situarse frente a él, pero en el momento en que

iba a empujarlo, se detuvo en seco. Miró a su alrededor, como buscando algo. Olfateando. Y finalmente lo miró, con los ojos desmesuradamente abiertos, asombrado, mientras una mueca divertida crecía en sus labios.

– ¡No me jodas, que te has cagado! –dijo un instante antes de retorcerse en una sibilante risa descontrolada, mientras se tapaba la nariz y agitaba la mano a modo de exagerada diversión–. ¡Ya verás cuando se lo cuente a los demás! –concluyó encaminándose a la puerta.

Sin embargo, algo ocurrió. Álvaro apenas fue consciente de que su cerebro y su propio cuerpo habían adquirido voluntad y vida propias. Así que se interpuso entre el chaval y la puerta, con un chisporroteo peligroso y decidido en los ojos. Una mirada que apenas hizo dudar un instante a Quique.

–No –se limitó a decir con voz queda y ronca.

El veterano torció la cabeza, con gesto interrogante y divertido a la vez.

–¿No, qué?

–Que no vas a decir nada.

–Ah, ¿no? ¿Y eso? ¿Cómo me lo vas a impedir? ¿Me vas a pegar, cagón?

La risa se heló en la garganta de Quique al comprobar que la gélida mirada de Álvaro se tornaba un tanto divertida. Amenazadoramente irónica.

–No lo harás, porque entonces contaré lo que le haces a las niñas.

Balas de fogueo, pensó Quique, mostrando una mueca triunfal.

–¿Sabes qué? –prosiguió Álvaro– te contaré lo que va a pasar. Le diré, muy tímido y acojonado a Sandra que tú me contaste lo que les haces y me enseñaste como trofeo unas bragas de las niñas, manchadas, que tienes escondidas.

–¿Pero qué...? ¡Yo no he hecho eso! –balbuceó apenas por el pánico, intuyendo por dónde iban los tiros– Además, yo no tengo escondidas bragas...

–¿Seguro? –lo atajó frío y peligroso un Álvaro desconocido–. ¿Estás seguro de que no hay ninguna escondida en ningún sitio de tu cuarto? ¿En ningún sitio que te apunte a ti?

Los labios de Quique se crisparon, y en tan solo un segundo, sus puños reaccionaron solos. Pero antes de que descargara el golpe, se detuvo en seco al oír:

–Tócame y todos sabrán el hijo de puta enfermo que eres. O que yo les haré saber que eres –ambos se quedaron congelados–. Y hoy no está Rosa para taparlo. Además, ¿sabes qué pasará? Que cuando pregunten a las niñas si les has hecho algo, si les has hecho daño, ellas, para vengarse o bien creyendo que

les preguntan por cuando las pegas, dirán que sí. Y estarás muy, pero que muy jodido. Con un billete en la boca para un centro cerrado o uno para locos.

Quique fue dejando caer lentamente las manos, que ya no se cerraban en crispados puños, sino en desmadejados conjuntos de dedos. Todo había acabado. Su reinado se había acabado. Pero por si su obtuso cerebro no se había hecho a la idea, Álvaro remachó:

–Vuelve a tocarlas un pelo, o intenta algo contra mi hermano y contra mí, y ya sabes qué es lo que te pasará. Al fin y al cabo, soy más listo que tú, y esto es solo una prueba de lo que puedo hacer.

CAPÍTULO

XX

Quien dijo que las aguas siempre vuelven a su cauce olvidó un pequeño detalle. En ocasiones, los ríos cambian espontáneamente su curso.

Nada, nunca, volvería a ser igual. Ni siquiera a pesar del regreso de los fantasmas. Aunque las sombras de un pasado que parecía a años luz se plantaran delante de sus narices, como intentando forzarle a ver que su vida anterior había sido real.

De modo que Álvaro trató de forzar los engranajes de su cerebro para encajar esa idea. Parpadeó en el silencio incómodo y se obligó a mirarlo. Al fin y al cabo, esperar a que dijera algo no parecía dar resultado. Quizá así le espoleara a hablar. Porque lo cierto era que él no tenía ni idea de qué se suponía que debía hacer, cómo reaccionar.

A su lado, el otro chico se removía inquieto. Hugo. Quien se erigiera en su guardaespaldas la pasada excursión con su antiguo instituto. A una vida de distancia de allí.

En realidad, ni el mismo Hugo sabía por qué había ido allí a ver al Malhuele. A decir verdad, no eran amigos. Nunca lo habían sido. Por eso le resultaba tan difícil comprender el revoltijo de emociones que experimentó al ir conociendo al esmirriado apestoso aquel fin de semana en la sierra. Y el modo en que le impactó enterarse de lo ocurrido cuando regresaron.

Fue raro. Como un mareo, pero sin marearse. Un vacío en el estómago. Un peso en el pecho. ¿Por qué? Ni idea.

Él tenía su vida, sus colegas y algún tonteo prometedor que le ponía sonrisa de idiota. Pero, por alguna razón, el vértigo lo acechaba cuando menos lo esperaba, mientras lo asaltaba la imagen de Álvaro en las tirolinas, riendo como un loco. Y, ahora ya estaba seguro, sintiéndose por primera vez en su vida alegre y despreocupado.

«¡Puto Malhuele!», se decía. Y aun así, no lograba arrancarlo de su cabeza ni frenar su imaginación acerca de lo que ese enano habría pasado. Solo conseguía reforzar esa rara ternura que le inspiraba.

El caso es que no tenía muy claro qué le fastidiaba más, si sentir aquello o no saber por qué lo sentía. Tal vez, de reojo, comprendía que había también un repunte de remordimientos. Al fin y al cabo, había sido como todos. Se había cachondeado a lo grande de él.

Solo que todo eso fue antes de conocerle. Antes de empezar a descubrirlo bajo su peste.

«En fin», se había dicho, «ya se pasará».

Otro incauto que se dejaba engañar por lo del agua, el cauce y esas cosas. O tal vez no, quién sabe. A lo mejor lo habría conseguido. «El tiempo todo lo cura», asegura otra perla de sabiduría engañosa. En definitiva, aquella no era su herida.

El problema era que algo parecía confabularse en su contra.

Cuando se enteró del jamacuco que le había dado al Mostacho, un nuevo peso pareció caerle encima. «¿Y ahora por qué?», se preguntó de nuevo. Y una vez más, las respuestas se le escurrían entre los dedos.

El tío había sido un borde con él, así que, ¿qué más le daba lo que le pasara o dejara de pasar?

Pero nada. El peso seguía ahí.

A lo mejor era porque, en definitiva, fue él quien le había obligado a conocer a Álvaro, y ahora todo parecía conectarse en una especie de cadena «chungu» que le incomodaba. Le incomodaba mucho. Tanto como no comprender por qué era así.

«A ver si me voy a estar amariconando...»

Pero las cosas pasaron de castaño a oscuro poco después, cuando por fin Clara, a la que venía «currándose» ya un tiempo, decidió por fin darle una oportunidad.

Hugo se había duchado con tal esmero que a punto estuvo de arrancarse la piel a tiras. Se perfumó, marchitando geranios en un radio de cuatro manzanas, y se engominó el pelo crespo. Mejor pasar de la gorra.

Cuando concluyó todo el proceso, se miró en el espejo y, súbitamente, en lugar de sentirse satisfecho, una dolorosa punzada le atravesó la garganta. «Un bajón». Sin dar con el motivo, se sintió un traidor. Porque allí estaba él, de punta en blanco, preparado para disfrutar como un enano, pasando de la mierda que se había comido y, probablemente, se seguiría tragando Álvaro. Pasando del puto borde del Mostacho, al que el jamacuco le habría dado por lo del Malhuele; así que al final iba a resultar que el profesor no era tan capullo. Al menos, lo sería mucho menos que él, que ahí estaba, pasando olímpicamente de todo y haciendo su vida como si nada.

El espejo le devolvió su imagen con los ojos enrojecidos. «No, no... no me jodas. Llorar, no». Tarde. Dos lágrimas despuntaron en sus ojos.

Resopló y mando un whatsapp a Clara. Así no podía presentarse. Y de excusas está lleno el mundo.

Cuando apretó el botón de «enviar», una última idea cruzó su mente: «estos dos cabrones me van a joder la vida».

Así que ahí estaba. Tampoco ahora le había parecido apropiada la gorra. La gomina y la colonia resultaban más... serias. A fin de cuentas, con el permiso que le había tenido que pedir Noe y todas las gestiones entre medias, la cosa debía ser más oficial.

Ahora que se encontraba cara a cara con Álvaro, en cambio, se sentía nervioso, confuso. Por un lado, no tenía muy claro qué hacer por él. Quizá solo verlo. Apoyarlo. Por otro, había algo diferente en él. Algo que no acertaba a describir. Una mirada más dura, más fría. Una actitud más erguida, como dejando de esconderse del mundo.

Hugo tomó aire. No sabía qué debía hacer, pero si no hacía nada, esa espina seguiría enquistada, fastidiándole la vida.

—¿Cómo estás? —arrancó. De alguna manera había que empezar. Y aquella parecía la más lógica.

Álvaro se encogió de hombros y apenas murmuró «bien», mirando hacia otro lado.

Estaban en uno de los parquecitos del pueblo. Columpios y toboganes de colores, bancos de madera y hierro, suelo de tierra y baldosas de piedra. Más allá arrancaban las laderas boscosas de la montaña.

—¿Cómo es esto? —lo intentó de nuevo Hugo—. Estar en este sitio, ya sabes.

Álvaro repitió el mismo gesto. ¿A qué venía eso? ¿Qué hacía él allí? ¿Le habrían mandado Noe o el Mostacho? Lo dudaba. El interés de ellos parecía haberse desvanecido súbitamente. ¿Entonces, por qué? ¿Por qué había ido a verlo? Sabía que no era fácil, así que si había tenido la paciencia suficiente para conseguirlo, debía haber algún motivo. Y no acertaba a dar con cuál podría ser.

Esa duda que le roía la cabeza debió clavarse en sus ojos, porque cuando volvió a posarlos sobre Hugo, éste parpadeó perplejo, resopló y asintió lentamente.

—Oye... verás... —comenzó a balbucear—. Sólo quería decirte una cosa, pero prométeme que no me vas a tomar por un moñas ni nada así, ¿vale?

—Vale —respondió interesado Álvaro, mientras una sonrisa divertida se insinuaba en sus labios.

—Guay. Esto... yo... siento mucho lo que te ha pasado, ¿sabes? —vomitó las palabras, inundándose al instante de una indescriptible sensación de alivio. Probablemente eso lo espoleó a seguir más allá de lo que tenía pensado—. Lo digo en serio. Y... no sé, me gustaría... ya sabes, echarte una mano.

El rostro del Malhuele se contorsionó en un gesto de desconcierto. Después, muy lentamente, volvió a sonreír, pero de un modo extraño. Apartó la mirada y quedó contemplando el bosque, más allá de los columpios.

—No me digas que te doy pena —respondió irónico.

–¡Pero qué coño...! –prorrumpió el otro–. Pues no, imbécil, no es eso. No me das pena. Es que...

Se detuvo, apretando los labios y abriendo las aletas de la nariz. Luchaba por vencer la vergüenza y encontrar una explicación. Y el enano no lo ayudaba en absoluto.

–Mira, cuando la excursión –comenzó, no muy seguro de si era buena idea contarle todo. Pero no encontraba otra forma de aclararse él mismo–, fue el Mostacho quien me pidió que me encargara de ti, de que nadie te tocara los huevos.

Una risa nasal, solo una risa, sacudió a Álvaro. Una mentira más. Aunque, en el fondo, le cuadraba. Lo veía lógico. Sacudió divertido la cabeza, preguntándose cómo no se dio cuenta en su momento.

–¿Y entonces qué haces aquí? ¿A qué has venido? –preguntó más curioso que ofendido–. ¿Te ha mandado el Mostacho?

–¿Qué? ¡No, joder! –respondió Hugo–. Mira, la verdad es... y te insisto, no me tomes por moñas, pero... pues eso, que... joé, que me pareciste un tío de puta madre.

De nuevo el ceño fruncido de Álvaro dio cuenta de su sorpresa. ¿Qué era eso?

–Y yo qué sé, tío. Al volver me habría molado quedar para hacer algo, pero la movida es que desapareciste –continuó sin dar opción a interrumpirlo–. Joder, desde que me enteré de lo que había pasado, no me lo podía sacar de la cabeza. He estado rayado a tope. Así que... pues eso, que quería ver cómo estabas.

La perplejidad de Álvaro parecía haberlo petrificado. No entendía. No podía comprender nada de eso. Cerró la boca, que se le había abierto de par en par, y a trancas y barrancas apenas acertó a balbucir:

–¿Entonces no te ha mandado nadie? ¿Has venido... porque querías ver si estaba bien?

–Pues dicho así, suena un poco raro; pero sí.

En los ojos del crío se había desvanecido la frialdad de los últimos tiempos. En su lugar, una cierta humedad que no lograba ocultar hizo su aparición.

–No, no, no. No me jodas –espetó Hugo–. No empieces con mariconadas, o no vuelvo.

Ambos rompieron en carcajadas, con una sensación agradable que les hizo relajarse al fin. Y Hugo encontró de nuevo al chico que gritaba como un loco en las tirolinas.

En un respiro, el grandullón añadió:

–¿Y quién coño me iba a mandar? Al Mostacho no se le ha vuelto a ver desde que le dio el jamacuco.

–¿Qué? –se alarmó súbitamente el crío.

–¿No lo sabías?

–¿Hace cuánto fue eso?

–Un mes, creo que me dijeron –respondió el educador.

–¿Hace un mes que dejó de insistir en servicios sociales? –preguntó el chico con una avidez impropia de él.

–Sí, ¿por? ¿Pasa algo?

Casi pudo escucharse un clac cuando todas las piezas encajaron en su cabeza. Y lo hicieron de un modo que minutos antes ni siquiera se habría atrevido a tomar en cuenta.

–¿Puedo pedirte un favor? –preguntó al fin.

El educador, pillado por sorpresa, descubrió una mirada distinta en el chico, que parecía empezar a abrirse.

–Claro, dime.

–Es que... yo tengo paga, ¿no?

–Ya sabes que sí.

–¿Y la puedo gastar en lo que quiera?

–Mientras sea legal...

Una sonrisa cómplice, que no parecía cuadrar en él, iluminó el rostro del chaval.

–Había pensado que, como dentro de poco es el cumpleaños de María, me gustaría comprarle una falda. Pero aquí no hay casi nada.

–¿Quieres que le compre una falda de tu parte?

–Sí... si no te importa, vamos.

Oscar comenzó a reír. Aquello debía parecerle realmente divertido, captando ciertos matices del regalo que Álvaro conocía perfectamente. Era saltarse las restricciones sin sentido y no escritas que Rosa le imponía a la niña. Por eso, el educador contestó justo lo que él esperaba.

–Creo que será mejor que digamos que es de parte de los dos. Si fuera solo tuyo, a alguien podría sentarle mal.

–Ya. Y...

–¿Y?

–Pues que ese es solo uno de los dos favores.

–No habías dicho que fueran dos.

–Este es más fácil. Y más importante.

–Dispara.

Álvaro sonrió de nuevo. Parecía que esta vez Óscar le había leído los pensamientos.

CAPÍTULO

XXI

El mismo olor a asepsia que en su día los invadió en aquella cafetería en la que mantuvieron su primer encuentro, fue con el que se topó el maestro cuando despertó en la cama de aquel hospital, de paredes desconchadas y grandes ventanales. Olía a lejía y a penicilina a partes iguales. El sepulcral silencio de aquella estancia hacía más intenso un aroma que lo impregnaba todo. Como un perrillo después de una reyerta callejera, el Mostacho trató de olfatearse la piel de los brazos, rastreó con la nariz las sábanas que le cubrían el cuerpo inerte en su mitad izquierda y respiró profundo para terminar dando una arcada casi muda.

Una enfermera de pelo cano y con varios kilos de más lo sobresaltó al abrir la puerta. Traía en la mano una bolsa grande de líquido transparente –algún analgésico, o algo así, pensó el profesor– que enchufó con destreza al gotero del paciente.

–¡Vaya! Parece que se encuentra mejor, ¿no?

Miguel titubeó en su respuesta. Hacía muchos días que no hablaba con nadie y, aunque en sus últimos días en casa había hablado mucho en soledad, no le resultó fácil interactuar y entablar conversación.

–Eh..., sí, eso parece –dijo con dificultad.

–Enseguida vendrá el médico a verlo –dijo la enfermera, vestida con un radiante pijama azul celeste que por un momento ubicó al Mostacho a las puertas de San Pedro.

Cuando ella había salido, el viejo profesor volvió a recorrer la habitación con la mirada. Los tonos fríos de la estancia, entre el blanco y un celeste similar al del traje de la enfermera, le daban a todo un aspecto bastante homogéneo. Solo un punto rojo, bastante llamativo, rompía la serenidad del bodegón. Enseguida reconoció aquellos zapatos rojos, de cordones amarillos, que compró cuando se hizo cargo del chico, aunque todavía no sabía muy bien por qué. Con los dedos de la mano derecha comprobó después que su bigote seguía ahí, intacto, aunque un poco descuidado y confundido con una barba de varios días que le raspaba las yemas.

La enfermera volvió a sorprender al Mostacho en el momento en el que intentaba recomponer la situación.

–Don Miguel, tiene visita.

Noe entró en la sala con su habitual *look* juvenil y también con esa mueca sarcástica que irritaba y embaucaba a

la vez al maestro. Vestía unos vaqueros ajustados con una camiseta negra y lisa, cubierta con una americana entallada de color claro. Al cuello, un pañuelo que la cubría del frío de la calle y que se quitó enseguida. La temperatura de los hospitales siempre suele ser excesiva. Unas botas de piel y tacón alto, con un bolso a juego, remataban el conjunto. Miguel sonrió casi sin ganas, aunque por dentro sentía la sensación de reencontrarse con el mundo.

—¿Cómo estás?

—¿Tú qué crees? —respondió sarcástico, buscando entrar en el juego en el que ambos disfrutaban cuando hablaban del chico.

—Pues yo tampoco te veo tan mal —dijo ella.

—Será que me ves con buenos ojos.

Ella giró despacio sobre sus pasos y emprendió la misma acción que había emprendido él minutos antes. Repasó con la vista la habitación y enseguida disparó de nuevo:

—Algún día me contarás dónde compraste estos zapatos. Lo digo por irme a otra zapatería.

—¡Ja! —dijo irónico el Mostacho.

El silencio se apoderó entonces de la habitación. Solo lo interrumpió un suspiro de Miguel, que sucedió a la sensación de que algo grave le estaba sucediendo. Apenas podía mover el cuello, tenía dificultades al hablar —notaba incluso como un hilillo de saliva se le caía por la comisura cuando lo intentaba— y no sentía ni el brazo ni la pierna izquierdas.

—No me gusta que me veas así —dijo el Mostacho intentando no torcer la boca.

—Pues te va a dar lo mismo —respondió la psicóloga, que se acercó a la mesilla de noche.

—¿En qué momento entre el ictus y la llegada de la ambulancia te dio tiempo a coger este libro? Veo que hay cosas que nunca cambian.

—¿Qué libro? Te advierto de que no estoy para bromas.

Ella le acercó el volumen hasta la cama. Era una de esas novelitas del Oeste que tanto le gustaban y que andaban siempre esparcidas por el salón de su casa. Aunque esta tenía pinta de nueva. La cubierta sin los picos arrugados, con colores brillantes y cuerpos tipográficos grandes y rotundos, anunciando un título revelador del momento: *La dama y el recuerdo*, de Silver Kane.

—Ese libro no es mío —dijo el maestro con el grado de seguridad que le concedían la cama de un hospital y uno de esos camisones con el culo al descubierto.

Noe le echó una ojeada rápida, leyó la contraportada —más de lo mismo, musitó sarcástica— y abrió la primera página para descubrir una dedicatoria.

–¿Puedes cogerla?

Miguel sacó el brazo derecho, el único móvil hasta el momento, y tras hacer la misma operación que segundos antes había llevado Noe a cabo, se decidió a leer la dedicatoria. Tuvo que releerla varias veces, a juzgar por el tiempo que empleó en ello. Después le devolvió el libro a la psicóloga, que lo dejó de nuevo en la mesilla.

Segundos después, Noe rebuscó un pañuelo en su bolso y secó las lágrimas del tipo duro que leía novelas del Oeste y que hablaba a solas con la fotografía de su mujer.

–¿Me harías un último favor?

La pregunta sonó ahogada en la garganta del maestro.

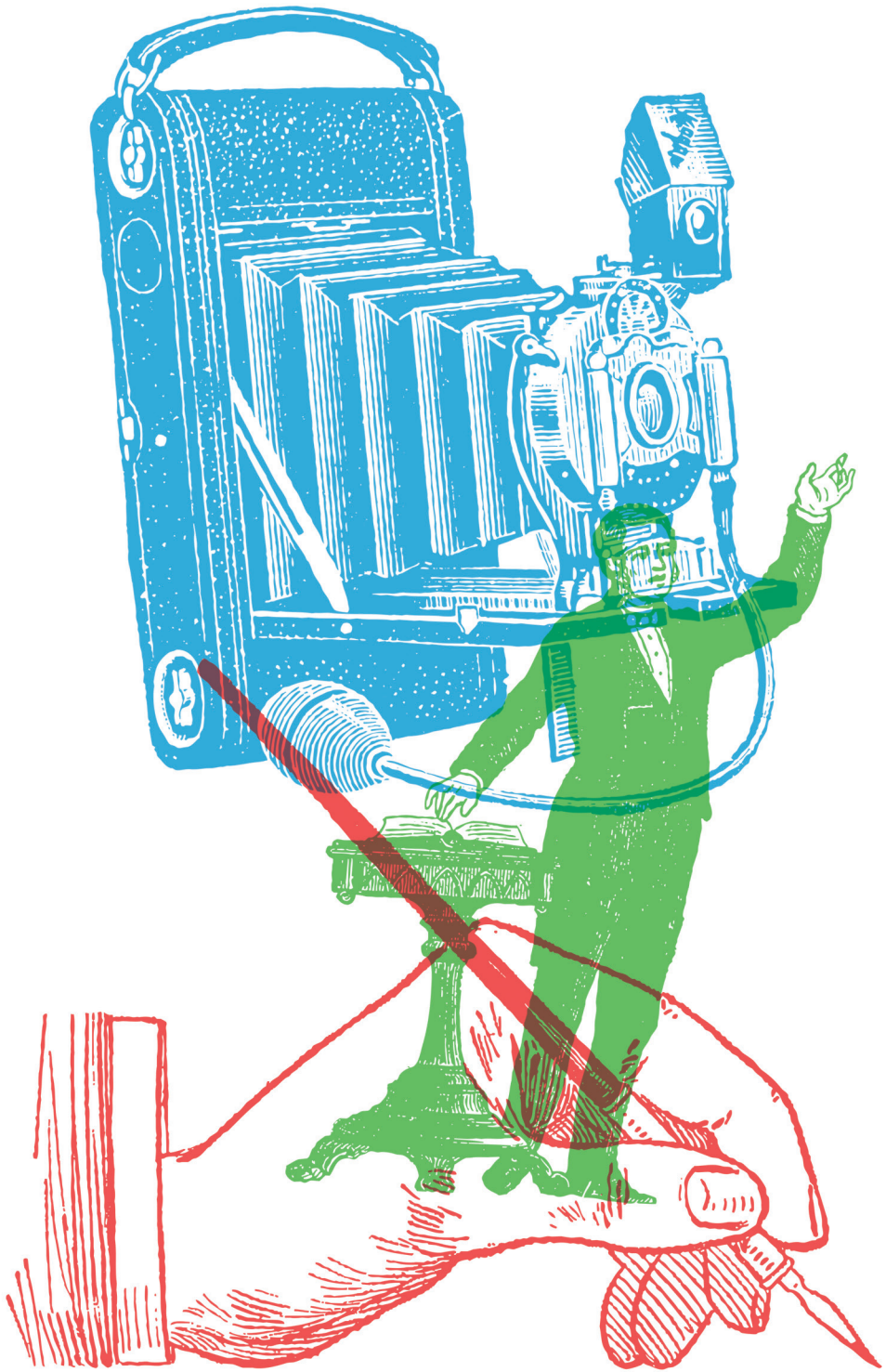
–Dispara –dijo ella socarrona.

–Recoge esos zapatos y tiralos a la basura. Y baja a comprarme unos. Ya te pagaré cuando salga de aquí.

Uso un 43.

–¿Estás seguro?

–Jamás confíe en nadie tanto como en ti. Por favor, tira esos zapatos.



Fotografía - Primer premio:

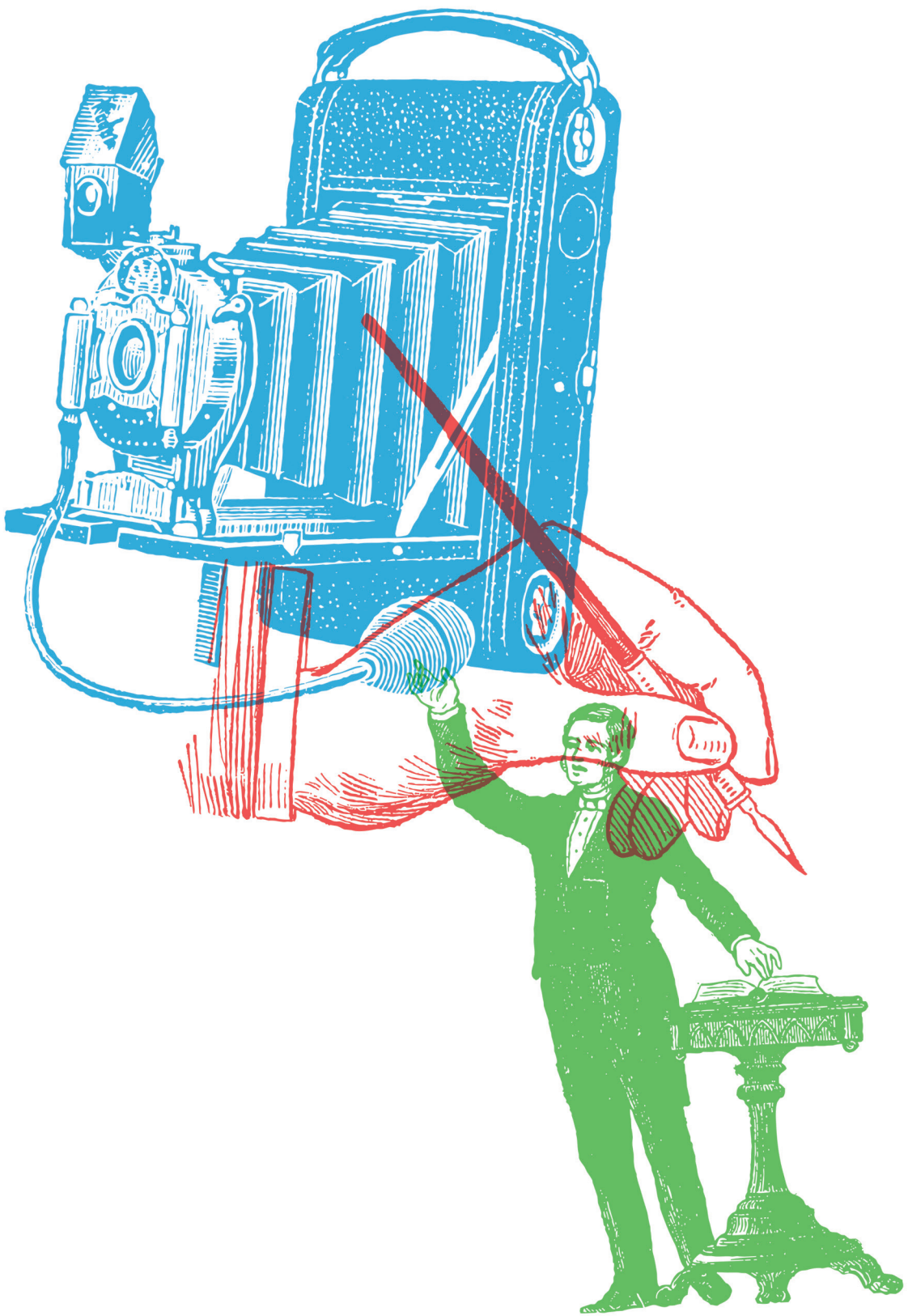
Tamuke

Ignacio Pérez Crespo









Poesía - Primer premio:

Fiat pax

Antonia Álvarez Álvarez

Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!
Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... ¡Yo no sé!

César Vallejo

Era de noche; había
en la mojada acera
reflejo de otra luna, como si los azahares
hubieran florecido bajo un enero insomne
en los acantilados más fríos y cortantes.

Era de noche; el mundo
estaba ya nacido
desde hace muchos siglos, en partos siderales,
tiniebla tras tiniebla, para alumbrar la aurora
que con rosados dedos rasgó la piel del aire.
Ya había germinado, antigua, la semilla,
los peces se mecían profundos en los mares,
y el primer hombre, breve, temblaba estremecido
con el dolor primero que lo hizo vulnerable.

Volaron las palomas

como banderas blancas

por un cielo infinito de azules sin celajes,
y alzó la primavera su trino incandescente
desde el blancor de nieve con que se cubre el valle.

Brotaron las palabras, quizá el amor primero
del que se forma el uno desde otras dos mitades,
y el musgo de los besos acarició la roca,
y se hizo vida el gozo nacido en los parajes
primeros, donde el sueño de serse en lo imposible
prendió la entraña entera del alma en los amantes.

Y fueron infinitos los seres y el respiro,
las fuentes, las tormentas, los pétalos, las aves,
rodaron los momentos por lustros de locura,
en torbellinos roncós, hacia una playa de ámbar
donde el latido inquieto se sosegó en la arena
que un sol de mediodía templó bajo la carne
de dos seres humanos recién amanecidos,
que poco a poco dicen y aprenden a mirarse.

Llegados al ahora,

estar, sentirse vivos

en un milagro largo de abril inacabable,
tejer el tiempo mágico de tantas noches lentas,
acariciar la seda del oro de las tardes,
cantar la nana dulce que un día muy lejano
cantó sobre tu cuna su corazón de madre,

medir con paso leve las tablas de la alcoba

para velar al niño que duerme un sueño suave,
romper cadenas, sogas que aprietan sin sosiego
las manos inocentes, rezar, abrir las cárceles
donde unas almas blancas son presas de la furia
nacida de otras almas más negras y cobardes.
Acariciar la cara tan tierna de la infancia
y dar la mano al triste, al otro, al más distante,
pedir perdón, dolerse del grito de la tierra
desde lo más profundo de nuestras soledades.

Porque tan poco somos
que apenas nos movemos
de un punto de partida que hacia la nada parte,
tan poco, que, despiertos, soñamos que soñamos,
sin distinguir si somos mentiras o verdades.
Pero en la vida incierta donde el momento expira,
cabén la dicha, el llanto, el universo; cabén
las fantasías todas y todos los colores,
las formas más extrañas, la voz de lo inefable,
que existe si queremos, siquiera en nuestra mente,
con solo el pensamiento.

Vivimos un instante
brotado del misterio, nacidos de unos astros
de luz desconocida, de un cielo donde el antes
se hizo presente siempre, sin soles ni crepúsculos,

desiertos de silencio. Vinieron luego graves
gritos de sed y angustia que el mal sembró en el hombre.

El bien y el mal y el mundo: uróboros gigante
que se devora insomne en infinitos círculos
de tiempo que no cesa, eterno e implacable.
Si solo somos sombra, si el sufrimiento viene
de mares que nos tragan, de tierras que se abren,
si el ciclo de la vida conduce hacia la muerte
en un destino cierto, si se apodera el hambre
de tantos, tantos niños, y las serpientes matan,
y el fuego quema vidas, y braman los volcanes...,
por qué, por qué, por qué

el odio corre ciego

hacia un corazón limpio que no hizo daño a nadie,
por qué la paz del cielo se quiebra en mil pedazos
y el mar solloza inmenso su pena inconsolable,
por qué se ajan las flores mojadas por la lluvia
en un terrible llanto que troncha hasta los árboles,
por qué quedan los niños con la mirada triste,
tan huérfanos de besos, de risas y de padres.

Por qué se apaga el trino cuando un disparo pone
punto final al tiempo.

Qué negro horror se expande
veloz sobre los puentes de amor y de esperanza,

y contamina ríos, mañanas y ciudades,
hace chocar las noches con lunas mortecinas,
empuja al precipicio los pecios de las naves,
encierra la mirada en cárceles oscuras
y tiñe de negrura el rojo de la sangre.

Llora el jazmín, el luto
envuelve los claveles,
apaga las farolas y cierra los portales,
la faz del mundo llora mil lágrimas amargas,
se secan los sembrados en largos estiajes,
y en los Campos Llorosos, asfódelos cerrados
inclinan la cabeza ante un dolor que nace
de la raíz más honda y triste de la tierra,
y tiembla el cielo todo, y se enrarece el aire;
el agua de la fuente suena a canción que llora,
llora el gorrión sin nido inviernos que no saben
abrirse en primaveras, porque un frío de acero
ha congelado el viento y asesinado a un ángel.

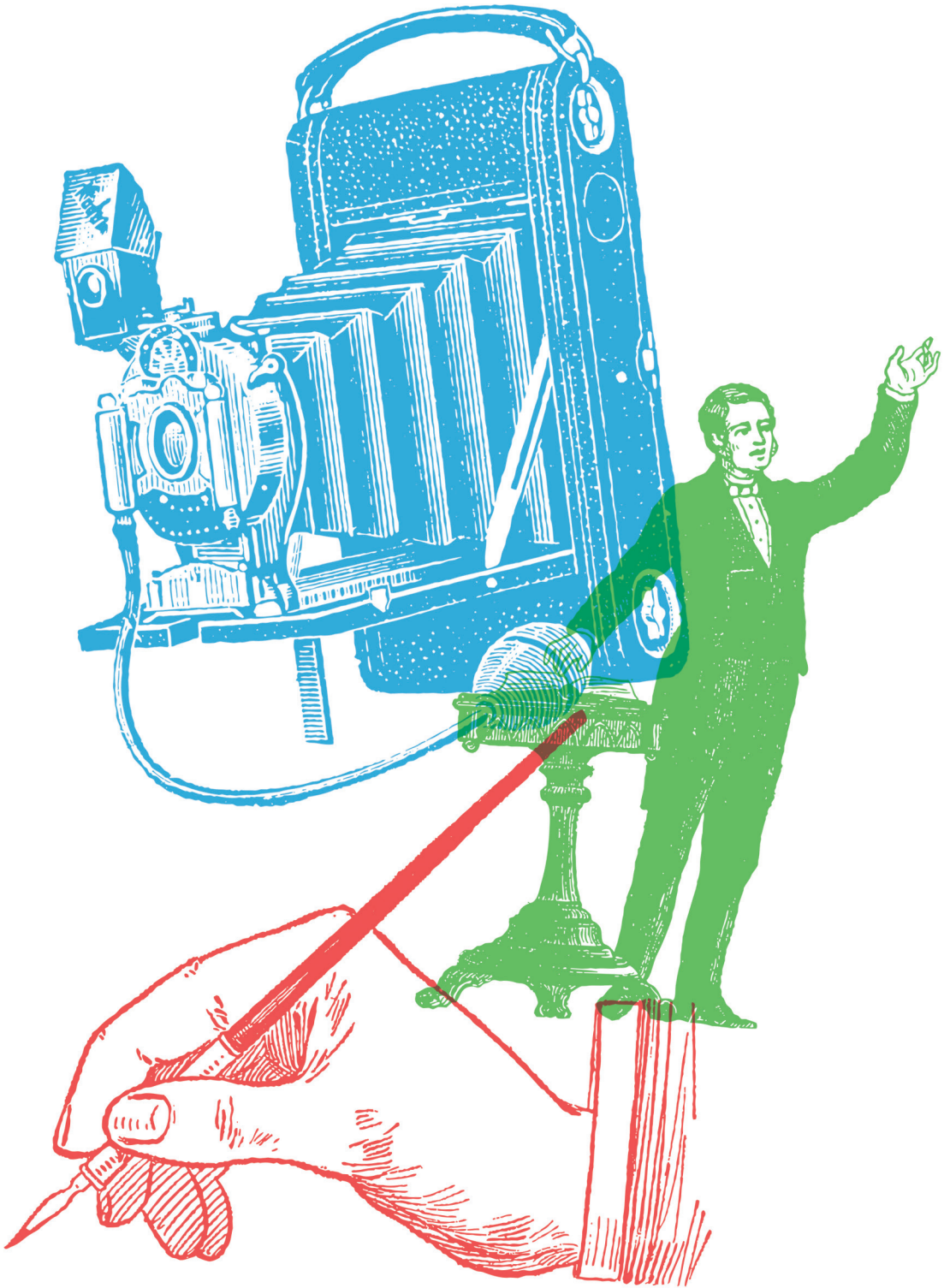
Se agosta el trigo verde sangrado de amapolas
en medio de los surcos, y exhalan los rosales
un raro olor marchito, dejando sobre el suelo
regueros que son sombras y heridas palpitantes.

Toda la pena queda pegada a las paredes,
pegada a las aceras, pegada a los cristales,
la noche y el martirio embrean el silencio
de un magma pegajoso que mana incontrolable.

El odio lleva fuego
de muerte entre los ojos,
aprieta los gatillos, afila los puñales,
encierra al inocente en jaulas de leones,
y mata con palabras, y ahoga las verdades.

Piedad, piedad. Lloremos
los unos por los otros,
pues solo somos barro, y como el barro, frágiles,
sabiendo que la vida es breve por ser vida,
y nace ya en la muerte, y es breve por ser grande.

Piedad, piedad. Alcemos
las manos hacia el cielo
en un canto de gracias, en la oración unánimes,
y que la PAZ despliegue palabras de ternura
sobre los corazones del hombre suplicante.



Poesía - Accésit:

Minúsculos desastres

Antonio San Miguel Roldán

«...les han tirado carne y vino
hasta dejarlos bestialmente
envilecidos y olvidados.»

Pablo Neruda

Estos poemas fueron posibles en tiempo y forma, estructura y medida, libertad y canto, gracias a las brazadas poéticas de Vicente A. Magaña, al paseo protector de Victoria Fernández-Salinero, y al vuelo ortográfico de Guillermo Suazo. En deuda siempre que aspiro estos poemas.

A los niños y niñas que un día dejaron de serlo porque la guerra se encaprichó de su futuro.

I. EL HORROR Y SU CORRUPTO AROMA

Mayúsculos desastres, minúsculas siluetas,
más desnudas que el agua cuando es nube.
Desterrados de sí, sus anhelos se vuelven
extranjeros al cuerpo que los lleva,
como el polvo se adhiere a las sandalias jóvenes,
son claridades de una
forma incompleta, no gozada, inerte.
Los despojos se cubren de despojos...

¡Qué razón la tuya que, cuando alcanza
un sufrimiento, acorta misterioso
el paso que lo mueve!

Atrás se queda el niño, ya el hombre se aventura
entre difuntas sombras...

NIÑO ÁRBOL

Árbol a cuyas ramas,
de cuidadoso ramaje y de ásperas maderas
trepé para alcanzar la altura necesaria.
Era mi ruta en fin, dejaba el suelo
abajo, los arbustos que viera como cimas,
cubrían por doquier mi pecho erguido,
más tarde, con los años fui dándoles mi sombra,
cobijo algunas veces, otras tantas dolor,
también la sepultura. Pensaba que los dioses decidían
el modo, la medida,
el signo de las cosas, que eran ellas,
aquellas lanzas débiles, las que menguaban forma,
ajaban su contorno
como una barca herida en su vorágine...
No podía engañarme, era yo quien crecía.

Mentí, nacieron frutos, busqué de entre los días
un sol desnudo y ocre, amenazante hilera
de rayos sometidos, y la fuerza del agua,
quizás solo quería
acercarme a la copa con la desnuda mano,
helechos de esta carne alzándose en mi tronco,
como si el daño no hubiese existido,
y fungido al amor, haberme convertido,
más bien, en otro niño, olvidando la trágica
cadencia de un desastre.

Mas todo era cristal, delicada materia
que pelagra al acercarse la pasión impuesta
con los años,
y acaba prolongando las hogueras,
haciéndome crujir entre dolores...

Incluso las pacientes raíces que me afirman
son áspides, mordiscos, arenas movedizas,
dentelladas de horror bajo mis piernas.

NIÑA EN FLOR

Era la flor que crece y luego cubre
su rastro de caídas,
era el tallo sin luz marcado por los signos
del hambre y de la guerra. No podemos amarla.
No sabremos buscar su perfil bueno
cuando, hallado y disuelto el rastro de la sangre,
aparezca de nuevo entre los muertos.

NIÑO LLUVIA

Eres muy poco, eres la lluvia exangüe
que no desaparece
y escrita está bajo el telón del cielo,
y luego puede entrar directa al hueso
y percibir como la carne abierta
se siente violentada,
y tras sus grietas, dentro, sentir como
los ríos van formándose de tierra.

No te deseo el triunfo
efímero del líquido en que palpitas, cuerpo,
y en que sin ti, maullaban incrédulas las dunas
de un desierto de madres.

Pensar, sufrir, tenerte miedo...

NIÑO CON RAYO

Entre la oscura luz que el miedo edificaba
en sucios dormitorios, el horror se vistió
con su traje de fiebres enfermizas...

Después un arrebato brotó con la textura
que da la furia en carne desatada,
igual tu palpito homicida asciende
hasta abrasar los párpados
de un niño que te mira y no sabe qué quieres...

Luminoso cabalgas en las crines del trueno,
y no procede andar bajo los árboles.

SUS MANOS

I

Si lo que quiere un niño es conocerse,
dejémosle sentir. No cubramos sus dedos,
no impidamos que el puño se suelte con violencia
sobre todo lo nuevo, no rompamos las hélices
que juegan codiciadas tras la caricia extrema,
estéril injusticia para la débil mano
que no puede agarrar aquello que desea.

Cicatrices de amor que se han creado a golpes
tras los años baldíos de la guerra.

II

El infierno es el amo de la guerra,
las manos, sus espejos. Diez dedos van cerrándose
y unánimes al daño, se embelesan de furia
cuando encuentran y rompen con violencia
la vida de la carne.

Quizá los ve, los mira el acero terrible
como si fueran cráneos despojados del cuerpo,
un cementerio abierto, una rasgada lámpara,
la habitación confusa de un suicida.

NIÑO DE PLUMA

Si fueras una pluma que se mueve despacio.

Si fueras una arista de esa pluma,
si vistieras la dicha de las aves celestes,
si pudieras sentir el desorden que crean,
la inmensa libertad que han conocido
con su frágil temblor en aleteos,
llevadas por un aire de música en las alas...

Dolor que sientes dentro como el sabor punzante
de lo infinito y breve.

Dolor, tan insistente,
dolor, tan hondamente repetido.

Corre,
trota, huye del hombre,
no permitas que nadie
te haga sentir tus propios
golpes, marcha,
acaba tu niñez, no seas hombre,
corre, vuela, galopa,
huye aun de ser hombre...

II. ACUARELAS DE BARRO

Ejército de niños, emboscada de mocos,
mataderos de un dios alicaído,
dejándose arrasar sobre desiertas mentes,
entre la pobre escoria de unos ángeles
que fuman cigarrillos
y disparan con los ojos cerrados.

Los agrietados labios de un rostro parecido
a cien mil rostros, unas frentes ásperas
que de sudor se embriagan, la invisible caricia,
la inexpresiva mano que no acaricia, ruina
total de un mundo herido por los hombres.

Ojos de cal que hicieron,
de espaldas al amor, su inmenso río, un próximo
horizonte que nunca se abarcaba.

La muerte es un vagón para los jóvenes,
un hospital para las madres solas...

Una boca comida por el miedo,
unas sonrisas negras con su antifaz
bordado en hambre, una paliza a cuestras
que utiliza el deseo
para coger sus trozos, uno a uno,
y no desfallecer, como se asoma un niño,
postrado en su hermosura,
así callado pasa, así se hace.

Las pasiones me asaltan ante este matadero
donde unidas están todas las cosas míseras
sobre el bisel nocturno de los difuntos cielos,

de estos infantes mudos, delicada pasión
que se ha perdido, tanta vida
entre la luz deshecha,
juntos el sol desordenado y todos
sus rayos, los perfumes, su estruendo constante
sobre este mapa, en el que la milicia
ha educado a guerreros con la rabia en la boca.

Miedo diurno donde todo sale.

LA NIÑA VIOLADA

Di, ¿cuántos quedan vivos?, cuántos ríos de sangre
fueron hombres, cascadas, cumplidos manantiales,
cuántas mujeres, sombras de mujeres,
vaginas de un placer
violentemente asido por la fuerza,
cuántas niñas sin rostro, cuántos horrores juntos,
cuánta visión de ultraje, cuánta mierda
floreciendo este hedor de líneas sin imagen,
de treguas que no han sido respetadas,
¡ya te viene el jadeo sobre tu grito estéril!,
¡ya tu cuerpo se cubre, ya te alcanza el desastre,
el vómito y el asco!

No has podido escuchar
el movimiento suave de la rama,
la gota que caía, el techo que caía
mortal contra tu vientre, el estremecimiento,
las paredes que ardían con su daño,
las ventanas de un ciego resplandor
adolecido...

La víctima sin fe, ceremonia del llanto
tras la acechada carne, en esta hora cónclave
sin Dios, sin fe, sin nada.

EL NIÑO OLVIDADO

Niño olvidado, duerme,
jamás te vi tan tierno en mis pecados.

Era esta destrucción la música que oías
ante la débil risa que se come
tu boca como un juicio.

Suenan voces tan próximas al humo,
son himnos militares salidos del infierno,
es esa larga pena que produces
como por un desierto vallado que me ahoga.

Yo oigo las piernas, su emoción, su cántico,
solo así Dios se puede concebir
sin enigmas de fe.

Su voz hace creer que nace el día.

EL NIÑO TULLIDO

Hay una luz pequeña,
deshecha entre hormigón, quiebros y rampas;
un retorcido hierro sobre el que torpemente
se mueven unos hombros: un hombre de seis años.
Sus piernas sin color son rígidos alambres,
maldicen las distancias
como el soplo de viento que acarician.

¡Odio pisar la tierra en que camino,
el privilegio alado que proveen dos piernas!,
¡ya no se alcanza nada
que no tenga la altura de una calle!

¿Te puedes ver?, ¿recuerdas cuando andabas
y al tocar con los dedos la tierra resbalaba
como una lámina de barro dulce?

¡Qué infinito el mar cuando se sueña lejos!

EL NIÑO MUERTO

Tumbado, no sentado, inmune al ruido,
sin apenas saber si ha llegado la noche
cargada de silencio.

La gente va pasando,
vuelto los ojos hacia el cielo claro,
tan solo se preocupan
de no arrastrar del suelo lo que pisan.
Y él, desechado así como si fuera un perro,
inmutado contempla
lo que, desde ese sitio y posición,
sus grandes ojos crean.

Ay, que fatalidad de cuento sin historia.
Una mina minó, bajo tus piernas,
el murmullo de luz que da la vida,
la claridad y el día que preparas,
la soledad sin voz en que me traes la noche.

LA NIÑA REPUDIADA

*Apagada la brisa que da el tono a la mirada,
expirado el alivio de una buena comida.*

Pulmón que asfixia el aire, la luz que duele a chorros,
nos sacuden la paz, aquellos ojos
donde una flor golpea como un árbol.

Vende tu cuerpo niña,
que violado no sirve al casamiento.

*Cuando todo parece germinar
la semilla se pudre hacia sí misma.*

Te repudian tus padres,
te repudia tu tío que solo te penetra,
te repudia esa amiga por no contar los hechos
cuando se hicieron carne.

Te repudia la raza que te hace sentir paria
en tus propios dolores.

Te repudia el espacio, el dormitorio,
ajeno a ti de todas las tareas,
se ha encriptado en la forma de un himen ultrajado.

Estás tan quieta bajo el trazo tibio
del reposo, pensando quizás en tu futuro
tan cargado de trémulos abismos

y macilentas voces.

Porque terca y cruel, y no solo un instante
sino toda la vida,
será esa cicatriz de insaciable dolor,
esa invisible cárcel tan presente en tu piel
como la flor que en el estiércol nace
y luego entre el furor, se hace de escombros.

LA MADRE MUERTA

–Mujer, ¿quién te ha pegado?

¿Quién te tapó la boca?

¿Quién desangró tu vulva hasta matarte?

*Su silencio es confuso como el musgo salvaje
de un peldaño roto...*

En el patio de casa, yace al fin, la mujer
que pagaba la tierra cogida de su huerto,
bajo un bancal lleno de piedras,
desconocidas, hoy, para sus hijos.

EL NIÑO ELEGIDO

El mar está anegado por la muerte.
Podía suceder, así pasó,
escrito estaba el libro de los hechos.

Sucedió como no podía ser
de otra manera. Un grupo de soldados,
(arrebataada furia que los mueve),
un grupo de soldados
dominan por el miedo a seres semejantes.
Ultranjan, hieren, violan, poco importa la edad,
eso es todo, sucede
lo que antes, su niñez, había padecido.

*¡Qué simple se hace el mundo
cuando lo escribe un lánguido tormento!*

Te escogieron y punto.
Te escogieron sin verte, tan solo perseguían
tu sexo masculino. Porque andabas tan libre,
porque andabas sumido en la miseria,
porque andabas repleto, porque andabas tan pobre,
porque nunca tuviste juguetes por el suelo,
porque andabas la tierra...
Por eso te escogieron, de entre tantos
iguales, de entre tantos,
porque andabas en paz como los árboles,
y no eras invisible,

porque andabas con ruido, eras un niño,
porque andabas de amor la selva entera,
porque andabas impúdico de prisas,
desnudo de vergüenza.

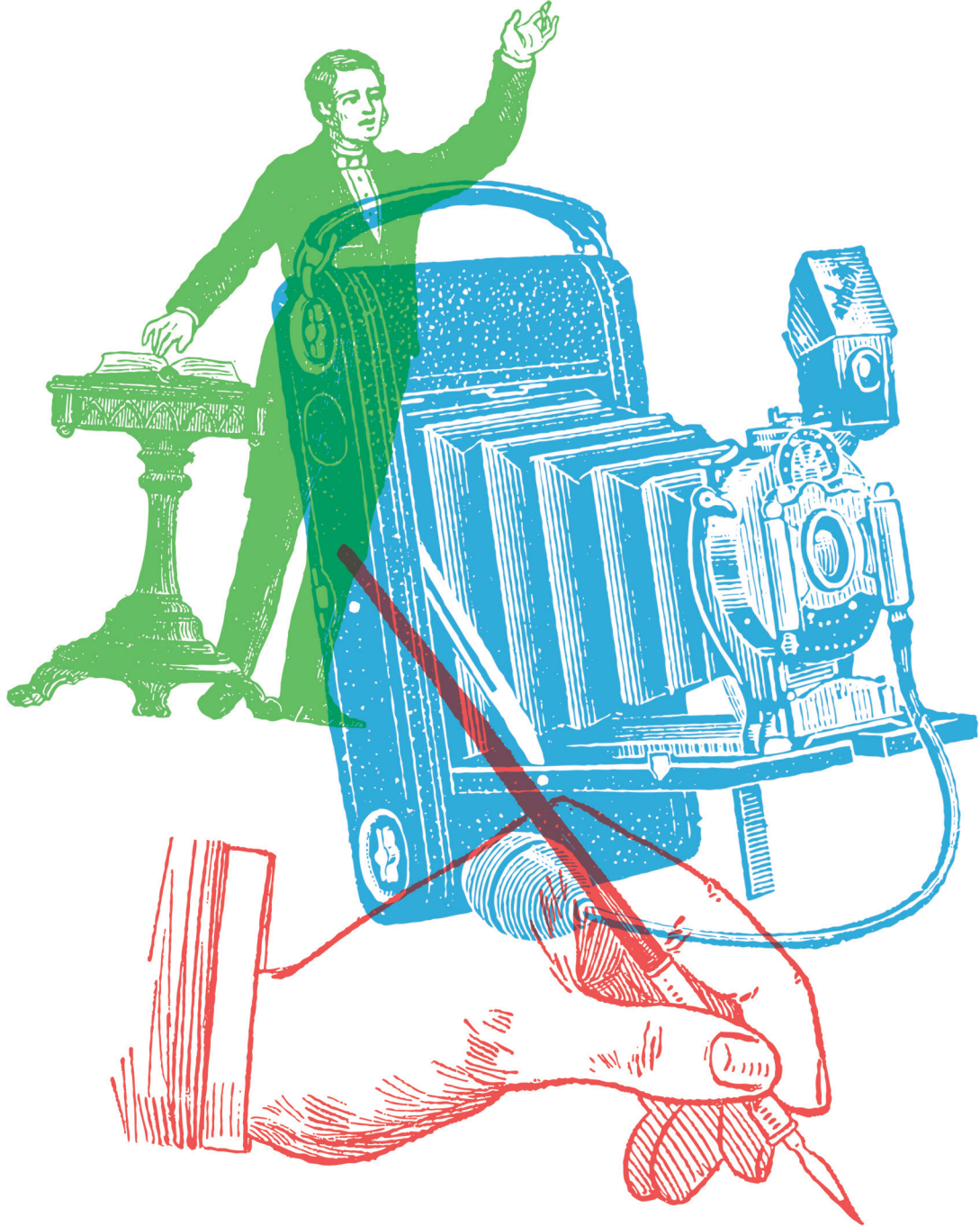
Porque andabas...

¡Qué pena!,
ya caminas deforme, una mina te impuso,
una muleta entre las manos llevas.

III. EPÍLOGO

Perdonen la indolencia que destruye,
la ruina o la apatía,
la victoria del hambre, el triunfo de lo efímero,
el éxito del llanto y la arrogancia excelsa
de quien, sobre el mantel, tiene la mesa huida,
la destrucción de todo lo que han visto
sobre esta inmensa tierra que sufre y se evapora.

Hay golpes en las aguas, su obstinación es lenta,
perdonen el dolor si no lo han visto
filtrarse entre los huesos,
el ruidoso quebranto de umbilical madera
que destruye los árboles del bosque, que calcina
la dócil juventud de ese semblante anclado,
avivando su grito, profunda sencillez
que encuentra un niño en quien antes no fue
sino otro ser con otra forma, roca y puñal,
que os atraviesan,
como al silencio, el celo de la noche.



La Fundación

Nuestra motivación

El 30 de enero de 1998, la banda terrorista ETA, asesinó en Sevilla, al Concejal y Teniente de Alcalde Alberto Jiménez-Becerril Barrio y a su esposa Ascensión García Ortiz, licenciada en Derecho y Procuradora de los Tribunales de Sevilla. El Ayuntamiento de Sevilla, reunido en Pleno y por unanimidad, crea ese mismo año la Fundación contra el Terrorismo y la Violencia Alberto Jiménez-Becerril, comprometiéndose con ello el permanente homenaje de los sevillanos al matrimonio formado por Alberto y Ascensión, a su obra, a su trabajo, a sus vidas.

A esta iniciativa se sumaron, de forma inmediata, constituyendo el Patronato de la Fundación, el Senado de España, el Parlamento de Andalucía, la Universidad de Sevilla, el Colegio de Abogados y el de Procuradores, las dos cajas de ahorro sevillanas, y, finalmente, la Diputación Provincial de Sevilla, así como una representación de la propia familia de los asesinados.

Principios que nos empujan

Entendemos que la violencia, especialmente la que se practica como forma de extorsión política mediante el terror, es moralmente aborrecible y radicalmente incompatible con el ejercicio de la democracia y la libertad, y quienes la practican solo merecen la condena y el desprecio de todos. Nuestra Fundación es una institución de defensa y recuerdo de las víctimas, y también, de defensa de valores y principios tales como educar y formar en el comportamiento pacífico, promoviendo una sociedad plural basada en el respeto a los derechos ajenos.

Queremos comprometernos en la tarea de propiciar conductas no violentas, en alentar y promover el rechazo a tales actitudes de forma activa, por ello, el fomento de un espíritu participativo de los ciudadanos así como despertar el interés por los fines pacíficos y las acciones solidarias, son criterios fundamentales de nuestra actividad.

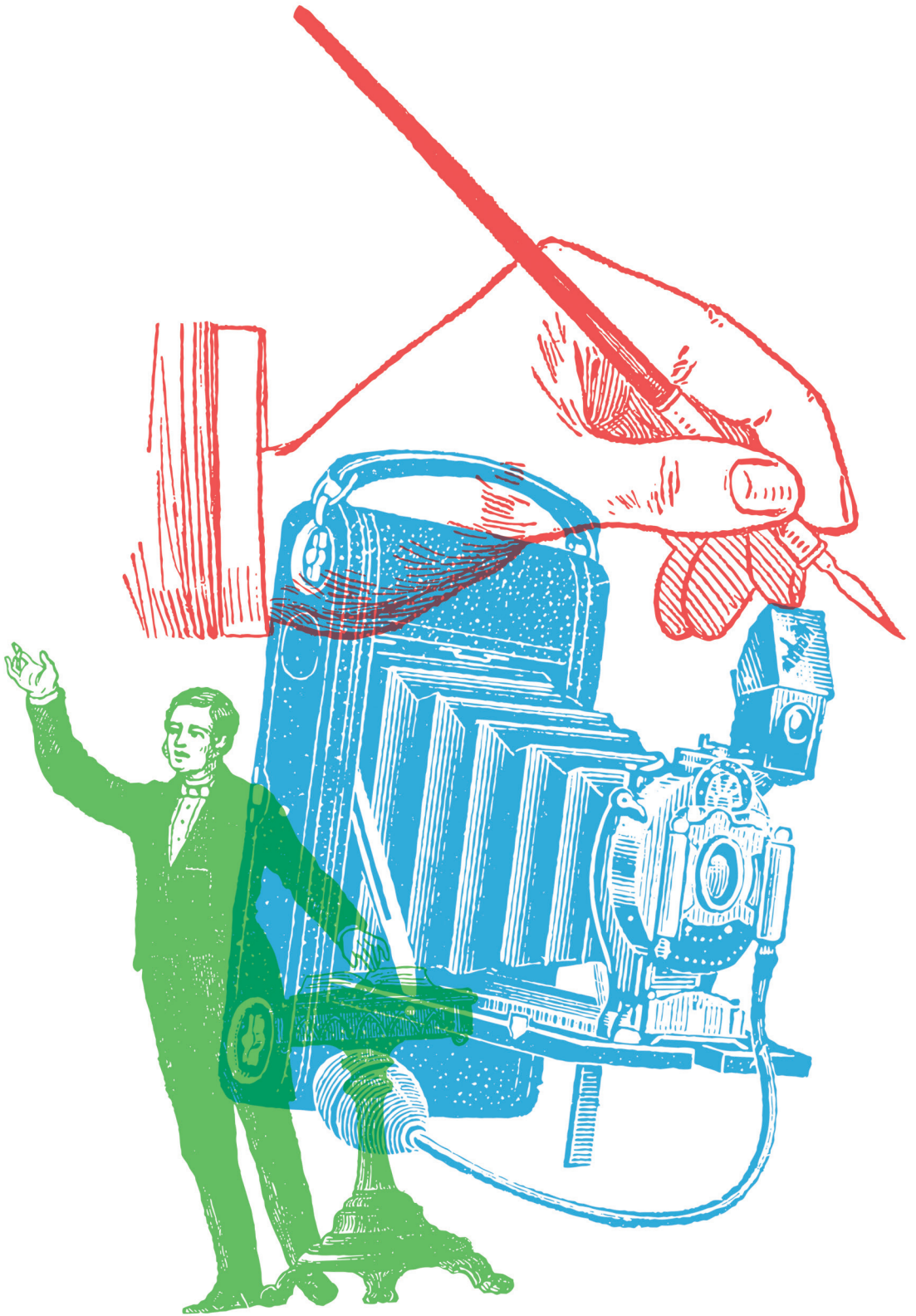
Objetivos que perseguimos

Por ello, son plenamente vigentes los objetivos marcados en nuestra declaración fundacional:

- La educación y la formación, especialmente de los jóvenes, en los valores del comportamiento pacífico de los ciudadanos y la promoción de una sociedad plural, basada en el respeto a los derechos ajenos.
- El estudio y la difusión de las raíces de los comportamientos violentos y terroristas, así como el análisis de las circunstancias en las que nacen y se desarrollan, con el fin de combatir sus raíces culturales, sociales e ideológicas.
- Queremos despertar el interés de los ciudadanos, muy especialmente de los jóvenes, en acciones, comportamientos y movimientos de carácter pacífico que tiendan a la consecución de conductas no violentas.
- Alentaremos y promoveremos, a través del conocimiento, el rechazo a las actitudes violentas y a todas aquellas que supongan agresiones o transgresiones de los derechos fundamentales de las personas.
- Fomentaremos el espíritu de participación y procuraremos despertar el interés de los ciudadanos en las organizaciones gubernamentales y no gubernamentales de fines pacíficos y de acciones solidarias.
- Promoveremos, buscando para ello la colaboración con otras instituciones de carácter nacional o internacional, estudios y análisis que tengan como objetivo los fines antes señalados, así como seminarios, conferencias, actos públicos, premios, becas y otras acciones de carácter científico, divulgativo y participativo.

Por todo ello

La Fundación contra el Terrorismo y la Violencia Alberto Jiménez–Becerril, en su empeño por contribuir a la construcción de un mundo en el que la violencia, en cualquiera de sus formas, ocupe el menor lugar que sea posible, desarrollará sus programas y actividades, fiel a sus preceptos estatutarios, y se mantiene firme como una institución de defensa de los valores de libertad y respeto al pluralismo, la convivencia y la tolerancia, junto a las personas que se comprometen claramente cada día por un mundo mejor.





Fundación

Alberto
Jiménez-
Becerril

«La ignorancia produce miedo, el miedo odio y el odio violencia»

La publicación de este volumen dedicado al IX Certamen de Creadores por la Libertad y la Paz es un acto por la inteligencia, contra la ignorancia, y, por tanto, contra el odio y la violencia. Es una gota de memoria viva en la batalla por el relato, especialmente el que cuenta toda la verdad sobre el terror que intentó imponer ETA en nuestro país hasta que, fruto de la actuación de los demócratas, tuvo que dejar de matar hace ya cuatro años. Los que hemos conocido a lo largo de nuestra historia las consecuencias del odio y el totalitarismo debemos ser la vanguardia de una respuesta acorde y proporcionada a las amenazas que pretenden imponernos, y que por desgracia ya conocemos, sin olvidar la esencia de los valores que nos identifican: el respeto al otro, la libertad, la igualdad y la justicia. Ningún grupo terrorista, en nombre de ninguna ideología, podrá doblegar el Estado de Derecho, ni podrá poner en cuestión el marco de libertades democráticas que es nuestra seña de identidad como españoles y europeos. Renovamos hoy, con esta edición, nuestro compromiso con la libertad, con la convivencia entre culturas, con el respeto ante lo diverso. Nadie nos podrá robar la esencia de lo que somos, la riqueza de nuestro multiculturalismo, aquello que realmente nos hace reivindicarnos como personas inteligentes.

Desde estas páginas, contando con la complicidad de los que han participado con sus obras, hacemos un llamamiento a la unidad a toda la sociedad civil para, por un lado seguir generando espacios de debate, diálogo, encuentro y convivencia entre culturas y religiones, que siempre nos han enriquecido; y por otro para mantenernos firmes en la lucha frente al terrorismo desde la defensa de nuestros valores democráticos. No nos dejemos llevar por el odio para restringirnos y restringir las libertades públicas que tanto tiempo nos han costado conquistar.

